

CRUZANDO EL JORDÁN

Bases y principios bíblicos de la vida en abundancia

PRÓLOGO – por Miguel Rois Dios.

Introducción del autor.

CAPÍTULO 1.- El paralelo alegórico del buen y mal lado del Jordán.

CAPÍTULO 2.- Orden, reposo y los dos contrastes.

CAPÍTULO 3.- La fuerza vital del amor.

CAPÍTULO 4.- La hermosura de la santidad.

CAPÍTULO 5.- Más sobre la santidad.

CAPÍTULO 6.- El libro sin igual.

CAPÍTULO 7.- Las piedras revocadas con cal.

CAPÍTULO 8.- Una vida de batalla y de victoria.

CAPÍTULO 9.- Siervo, santo, guerrero y caballero.

CAPÍTULO 10.- Caleb, el octogenario con el reloj detenido por 45 años.

CAPÍTULO 11.- El reposo de la vida en abundancia.

CAPÍTULO 12.- Una vida de fruto, gratitud, regocijo, alabanza y adoración.

CAPÍTULO 13.- Las riquezas y deleites de la buena tierra.

CAPÍTULO 14.- El gran triángulo decisivo.

INTRODUCCIÓN

Hablando a Sus discípulos Jesús les dijo en San Juan 10:10:

“...yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”.

Son palabras muy bien conocidas, y citadas a menudo en casi todas las vertientes de la iglesia universal. Pero no por eso dejamos de hacer de ellas nuestro punto de partida en esta breve introducción.

En primer lugar, esta declaración de Jesús hecha a los Suyos expresa uno de los propósitos principales que animaba Su venida a este mundo. A diferencia de tantos otros ladrones y salteadores, venidos para hurtar, matar y destruir, Él vino

con un fin diametralmente opuesto, noble y elevado: *dar vida y darla en abundancia*.

¿En qué consiste realmente esa vida en abundancia?

¿Cómo y en qué manera Él la imparte?

¿Quiénes son los que verdaderamente la disfrutan?

Estas preguntas y muchas más son las que nos proponemos contestar en este libro, valiéndonos, claro está, de los parámetros y claros lineamientos que encontramos en la palabra de Dios.

No obstante, antes de entrar en materia, queremos referirnos brevemente a la situación de crisis que se está viviendo en muchas esferas del cristianismo actual.

En algunas de ellas, esto se debe a un estado de apatía y desgano, originado por diversas causas, tales como el materialismo de una sociedad altamente consumista, el desaliento por la falta de los resultados que se desean, y otra serie de causas afines, que no viene al caso enumerar.

En muchas otras partes, en cambio, la crisis se debe a una razón muy distinta: prevalece un espíritu triunfalista, con un sentir de que se están viviendo días de gran bendición y a un alto nivel espiritual, cuando la cruda realidad es otra.

Reconocemos desde luego que en muchas partes del mundo están aconteciendo cosas muy dignas y positivas, y que llevan el sello de algo auténticamente de Dios. Pero en cambio, en muchas otras, quien ha alcanzado verdadera madurez y discernimiento no puede menos que percibir que se está transitando por senderos de irrealidad. En efecto: la supuesta gran bendición que se cree estar experimentando no es tal, sino una apariencia bastante ilusoria, que de ninguna manera responde a la verdad bíblica y de la historia de la iglesia, en cuanto a lo que en realidad constituye una obra real de Dios, viva y duradera, tanto en la vida individual como a nivel colectivo.

Así pues, en muchos casos nos encontramos, casi desde el principio de las reuniones, con expresiones de una euforia triunfalista que parece denotar que se están viviendo grandes sensaciones de la presencia de Dios. A menudo se pronuncian profecías predictivas de cosas grandiosas que se avecinan, o bien otras que pretenden solucionar todos los problemas; jóvenes incautos e inexpertos prorrumpen en gritos ordenando a los demonios, al “hombre fuerte” de la zona, y aun al mismo Satanás, que se marchen de la comarca o del país entero; se cuentan visiones de supuestas sanidades o bien se las proclama como un hecho consumado, para luego comprobarse que no ha habido nada de eso; a veces, se hacen repartos de títulos a quienes a todas luces demuestran muy poco del espíritu y de la talla del verdadero siervo de Dios; y con frecuencia mucho de esto se rubrica y festeja con canciones celebratorias, repetidas con mucha insistencia y entusiasmo, pero con una falta evidente de esa auténtica y santa unción del Espíritu que caracteriza a lo que genuinamente viene de lo alto.

Por cierto, no es que seamos contrarios de ninguna forma a exteriorizaciones de fervor y júbilo, siempre y cuando sean auténticas y no una rutina repetitiva, hueca y carente de verdadero fundamento. También creemos en la vigencia actual del auténtico don de profecía y de la sanidad, como así también del ministerio apostólico y profético, si bien no compartimos la inquietud que se advierte en algunas partes por ostentar los títulos. En fin, que creemos totalmente en todas estas cosas, pero funcionando en forma genuina y no espúrea.

Tal vez el lector se preguntará qué es lo que nos mueve a pensar que mucho de lo que se está viendo es irreal y ficticio. Pues nada más ni nada menos que la clara vara de medir que Jesús nos ha dado:

“Por sus frutos los conoceréis”.

La verdad, triste y contradictoria, de que muchos de los creyentes de iglesias muy dadas a esas manifestaciones no viven en forma consecuente, es algo fácilmente comprobable. Aparte de la reunión del día Domingo – sea de mañana o de tarde – el resto del tiempo se invierte en su gran mayoría en quehaceres mundanos y materialistas, y la vida a nivel de testimonio, responsabilidad y estabilidad espiritual deja mucho que desear.

De otras partes, nos llegan ecos de que el número de nuevos convertidos es muy reducido, y que la mayoría de ellos no tienen la solidez ni la perseverancia que veíamos unas décadas atrás.

Por otra parte, no debemos ni queremos desmerecer de ninguna forma el trabajo noble y sacrificado de no pocos siervos y siervas del Señor en esa misma gran ciudad y en muchas otras partes. Sabemos que los hay y en buen número, y en muchos casos su labor, aunque escondida o pasando desapercibida para muchos, no deja de ser muy valiosa, digna y eficaz.

Lo malo es que paralelamente a ello tenemos lo otro: una operación muy cuestionable, sutilmente enmascarada, que presenta la apariencia de ser de mucha bendición, pero que a la hora de la verdad deja resultados francamente malos y contradictorios.

Pero no piense el lector que ocuparnos de esta grave incoherencia ha de ser la tónica de este libro. Muy por el contrario, tal vez volveremos muy poco o nada sobre el particular.

En cambio, buscando la guía e inspiración divina, hemos de señalar según consta en el subtítulo, las bases y principios bíblicos de la verdadera vida en abundancia que prometió Jesucristo y que Él vino a dar a los verdaderamente Suyos. Creemos que estas bases y estos principios hablarán claramente de por sí, y no hará falta hacer más referencias a lo aparente e irreal que se presenta en tantos lugares.

Como se irá viendo, presentaremos las cosas a través del prisma del rico contenido alegórico del cruce del Jordán y todo lo que representa, de acuerdo con el título del libro. Pero desde luego, en el trazado de cada símbolo o paralelo que efectuemos, se advertirá una clara concordancia y armonía con la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el tema, sin lo cual evidentemente podríamos caer en el terreno de la fantasía o aun del error.

Con esto como introducción, animamos al lector a que antes de comenzar el primer capítulo, se disponga en oración para poder recibir verdadero provecho y edificación.

- - - - - () - - - - -

CAPÍTULO 1 – El paralelo alegórico del buen y mal lado del Jordán

Para comenzar, lo más lógico es definir en qué consiste esa *vida en abundancia* que Jesús dijo que vino a dar a los Suyos.

Si se me hubiese hecho la pregunta al año de estar convertido, probablemente habría contestado que consistía en ganar muchas almas para Cristo. Para muchos podrá parecer el éxito en el servicio al Señor, como por ejemplo estar al frente de una congregación numerosa, ser muy usado en

milagros y sanidades, o bien tener un ministerio reconocido nacional o internacionalmente.

Desde luego que sería impropio descartar todo esto por completo, pues una vida abundante en Cristo no puede de ninguna manera ser estéril ni falta de resultados prácticos, y mucho menos por supuesto, terminar en un fracaso.

No obstante, hemos de comprender que estas cosas que hemos señalado, y otras tal vez menos notorias o llamativas, pero igualmente útiles y provechosas, no constituyen *en sí* la vida abundante prometida. En cambio, hemos de verlas *generalmente* como resultados o productos derivados, si cabe la expresión, de una vida interior verdaderamente sana y bien enraizada en Cristo.

Y hemos puesto *generalmente*, porque como bien sabemos, se han dado y se dan casos de muchos resultados en términos de conversiones, o sanidades o éxito en algún sentido u otro, que más tarde, lamentablemente, han desembocado en caídas estrepitosas y profundos desengaños.

En la parábola de los talentos que se nos consigna en Mateo 25:14-30, vemos que tanto al que ganó cinco para añadir a los cinco recibidos de su Señor, como al que teniendo dos ganó solamente otros dos, el Señor los premió con las mismas palabras de aprobación:

“...Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor”. (versículos 21 y 23)

Esto nos lleva a la sencilla pero clarísima conclusión de que en la estimación del Señor el siervo *bueno y fiel* es lo que verdaderamente Él valora, y esto por encima de los resultados numéricos. Y así podemos afirmar que es la calidad de vida lo que cuenta con Dios, cosa que por otra parte está ampliamente confirmada en muchos otros pasajes de las Escrituras.

Resumiendo pues, digamos que una vida en la abundancia prometida por Jesús, será una que en sí misma es rica en Dios y todos los tesoros y virtudes que ello supone. Estos últimos han de formar parte de lo que Jesús condensó en esos dos términos: *bueno y fiel*.

El criterio que prava en todo esto es, como ya se ha dicho, el de la calidad de vida, aunque sin duda la misma tendrá repercusiones y resultados fructíferos. Estos podrán ser en mayor o menor cantidad, y al mismo tiempo, no necesariamente de notoriedad pública, pues como se sabe, Dios muchas veces elige hacer cosas hermosas y de valor eterno de forma tal, que pasen desapercibidas para la mayoría.

Ahora bien, la definición que hemos dado generaliza, diciéndonos que es *el nivel de vida en sí*, y no particulariza, dándonos solamente la base de las dos palabras usadas por Jesús en la parábola a que nos hemos referido: *bueno y fiel*.

Y es sobre eso – particularizar sobre las virtudes y los tesoros necesariamente contenidos en la verdadera vida en abundancia, que ahora pasamos a ocuparnos.

“Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros...”

“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros”. (I Corintios 10: 6 y 11)

A lo largo del historial del Antiguo Testamento, además de la enseñanza directa o literal que contiene, tenemos todo un rico contenido simbólico, que ilustra admirablemente muchas de las grandes verdades de la vida cristiana. Como a menudo señalamos en nuestra prédica oral, el Antiguo Testamento

nos habla en muchísimas ocasiones a través de lo *externo*, de lo *interno* y *eterno* del Nuevo.

Mucho de ese simbolismo apunta a la persona misma de Cristo. En Hebreos 7:1-4 tenemos un precioso trazado de la eternidad de Cristo y Su sacerdocio y reinado de justicia y de paz. El autor deriva el mismo del relato que encontramos en Génesis 14:18-20 del encuentro de Melquisedec con Abram, cuando volvía de haber derrotado a varios reyes en una importante batalla.

Con visión certera, del hecho de que nada se dice ni de antepasados ni de descendientes de Melquisedec, el sacerdote del Dios altísimo, se afirma que *“ni tiene principio de días ni fin de vida”*, sino que es semejante al Hijo de Dios y permanece como sacerdote para siempre.

De esta forma, se nos presenta un impecable paralelo de la eternidad de Cristo y de otras facetas de Su persona, sacerdocio y reinado. *Pero notemos que todas éstas están expresa y ampliamente confirmadas en otras Escrituras* – ninguna de ellas se encuentra solamente en el trazado de este simbolismo. Esto es muy importante, y lo hemos consignado para reforzar lo dicho anteriormente: *que toda alegoría del Antiguo Testamento debe estar convalidada por otras Escrituras, que presenten en forma clara y directa la misma verdad que se está puntualizando.*

Siempre que observemos esta regla, estaremos pisando tierra firme. Además, lo haremos corroborados por el hecho de que dentro del mismo marco del Nuevo Testamento, inspirados por el Espíritu Santo, Jesús, Pablo, Pedro y otros hicieron buen uso de este recurso alegórico, y por cierto que para mucho provecho y enriquecimiento general.

Gran parte del simbolismo del Antiguo Testamento también ilustra verdades, no sólo de la persona y obra de Cristo, sino también de la vida espiritual dentro de la dispensación presente.

Un caso típico es el de la esclava Agar con su hijo Ismael, en contraste con Sara e Isaac, según se lo presenta en Gálatas 4:21-31. No entramos más en detalles sobre este caso particular. Solamente lo mencionamos a los fines de sentar una base bíblica, clara y firme a la vez, para fundamentar toda la presentación de verdades y principios que habremos de efectuar, valiéndonos de la vía alegórica señalada. Aunque por supuesto, no todo será por esa vía, sino que, como se verá, buena parte también se derivará de lo que las Escrituras nos dan en forma expresa y directa.

La salida de Egipto, la peregrinación por el desierto y la entrada a Canaán.-

Mucho de lo que todo esto representa figurativamente es bien conocido. Así por ejemplo, la esclavitud en Egipto bajo la tiranía de Faraón, señala nuestra esclavitud bajo el pecado mientras estábamos sin Cristo, perdidos en el mundo y bajo el dominio de Satanás.

Después del cruce del Mar Rojo y de la muerte de los egipcios ahogados en las aguas, Israel lo celebró con mucho regocijo. Después del cántico de Moisés, en Éxodo 15 se nos cuenta cómo María tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas.

Fue una celebración jubilosa, pero muy pronto empezaron a surgir contrariedades y pruebas, tales como la falta de agua, el cansancio por la larga marcha por el desierto y demás. Todo eso sirvió para demostrar palpablemente la verdadera condición interior del pueblo de Israel, que se

manifestó con quejas, murmuraciones, rebeldías y complots contra Moisés y Aarón, y finalmente desembocó en la horrible decisión:

“Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto”. (Números 14:4)

En esa coyuntura, el Señor se encontró ante un problema que parecía insoluble. Por una parte, estaba Su palabra que había pronunciado prometiendo introducirlos en la tierra de Canaán. Siendo el Dios que es, absolutamente fiel a la palabra empeñada, de ninguna forma podía volverse atrás y dejarla sin cumplir.

Pero por el otro lado, ahora se encontraba con este pueblo obstinado y rebelde que en forma categórica había expresado que no quería entrar en esa tierra, sino volver a Egipto. Y aquí y en esto había un escollo insalvable, pues uno de Sus principios inamovibles es que nunca viola la libre voluntad del ser humano, forzándole a hacer lo que no quiere.

Fue entonces que el genio divino dio con la respuesta ideal y exacta a lo que se presentaba como un dilema imposible. Y no sólo eso, sino que en esa misma respuesta nos ha brindado, para nuestro deleite y enriquecimiento, un paralelismo precioso y que en realidad constituye la base y la clave de toda la rica enseñanza que se deriva de esta parte de la historia de Israel.

La decisión que el Señor tomó fue que, con las únicas excepciones de Josué y Caleb, todos los demás que habían salido morirían en el desierto y ninguno de ellos entraría en la buena tierra. En cambio, sí lo harían sus hijos, es decir la segunda generación compuesta de los que, o bien habían salido de Egipto como niños, o si no, habían nacido en el desierto.

De esta manera, la palabra empeñada no quedaba sin cumplirse, y al mismo tiempo no se violaba la voluntad de todos los adultos que, como ya dijimos, no querían en ninguna forma ir a Canaán a luchar contra los antiguos habitantes de la tierra.

El simbolismo de esto es muy claro, y por su gran importancia, nos abre vastos horizontes para una mejor comprensión de muchas cosas fundamentales.

Esa primer generación – contumaz y rebelde a más no poder – nos habla de *nuestra primer generación*, recibida de nuestros padres carnales, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y, en última instancia, de Adán nuestro primer padre. Se trata de la naturaleza carnal que todos tenemos por nuestro primer nacimiento, también llamada *adánica*. Aunque en muchos casos puede presentarse como humilde, recta, altruista y bondadosa, a la hora de la verdad y sobre todo en situaciones determinadas, bajo presiones o contrariedades, muestra lo que verdaderamente es: carne, cuyos designios no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden. (Romanos 8:7)

No obstante, al nacer de nuevo recibimos del Espíritu Santo una *segunda generación* que en el Nuevo Testamento se llama *el nuevo hombre o la nueva criatura*. A diferencia de la primera, y debido a su procedencia celestial, ésta sí que comprende, valora el camino del Espíritu y de la voluntad de Dios, y se brinda a ellos en todo lo que encierran.

Y así vemos que hubo una larga etapa de unos 38 años, a partir de esa coyuntura a que nos hemos referido, en que se estaba desarrollando un proceso doble. En efecto: por una parte, esa primer generación, tanto por muerte natural como por plagas y otros severos juicios de Dios, iba extinguiéndose, hasta no quedar de todos ellos más que Josué y Caleb, como ya dijimos. Por la otra, la segunda generación, compuesta de hombres y

mujeres más jóvenes, se iba formando y desarrollando, para, llegada la hora oportuna, entrar en la plena herencia prometida.

La comparación no puede ser más clara ni más significativa.

“...la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios...” se nos dice en 1ª Corintios 15:50.

Aunque el contexto de estas palabras se refiere a la resurrección y la vida futura en el más allá, resulta indudable e innegable que también se aplican a nuestra vivencia cristiana presente. Quien ande según los deseos y designios carnales, regido en su vida y conducta por la naturaleza adánica recibida en su primer nacimiento - el natural - nunca podrá entrar a disfrutar de la vida en abundancia prometida por Jesús.

Por el contrario, solamente podrá hacerlo cuando renuncie a esa forma de vivir, aceptando la sentencia de muerte dictada por Dios sobre ella en el Calvario. Y para esto se habrá de valer del crecimiento y desarrollo hacia madurez de esa segunda generación, recibida en su renacimiento al entrar en vida nueva en Cristo Jesús.

Por supuesto que el tiempo que se tarda en lograr esta meta no ha de poder fijarse en forma expresa, desde luego ni en los 38 años que le llevó a Israel, ni en ningún otro período concreto de tiempo, ya sea de años, meses o días.

Por cierto, hay creyentes que en toda una larga vida de décadas y décadas, lamentablemente nunca llegan a alcanzarla. Otros en cambio, bien dispuestos y decididos desde un principio, podrán lograrla en un plazo más breve. Como decimos, no hay regla fija.

Del mal lado y del buen lado del Jordán.-

Aquí tenemos otro punto muy importante: el de la clara divisoria del Río Jordán. El lado derecho, situado al Este, nos señala la vida de peregrinación por el desierto, fuera del Canaán prometido. El izquierdo – mirando el mapa en su posición normal, se entiende – situado al Oeste, nos indica el buen lado, es decir dentro de la plena herencia que era el propósito de Dios que Israel disfrutase, y que representa la vida en abundancia que Cristo vino a darnos.

Esta divisoria la hemos de ver reflejada en más de una oportunidad en los capítulos que siguen, y conviene que por anticipado la tengamos claramente visualizada.

La descripción que Moisés hace de la buena tierra, sobre todo en el libro de Deuteronomio, se presta maravillosamente para representar las virtudes y los valores de la verdadera vida en abundancia.

Desde luego que no presentamos esto como quien piensa haber descubierto la pólvora. Sabemos que muchos ya han expuesto, de una forma u otra, sobre el tema general de la vida en abundancia, tanto en predicaciones como por escrito. Sin embargo, creemos que el lector lo encontrará enfocado desde una perspectiva particular que podemos calificar como algo de nuestra propia cosecha, aunque es posible que algunos detalles o matices ya hayan sido vistos y señalados por otros anteriormente, sin que tengamos conocimiento de ello.

CAPÍTULO 2- Orden, reposo y los dos contrastes.-

Así pasamos ahora a examinar las características de la vida en abundancia – del otro lado del Jordán, es decir del bueno - situado al Oeste.

Orden y armonía.-

“No haréis como todo lo que hacemos nosotros aquí ahora, cada uno lo que bien le parece, porque hasta ahora no habéis entrado al reposo y a la heredad que os da Jehová vuestro Dios”. (Deuteronomio 12:8-9)

La enseñanza que nos da el Señor en Su palabra a menudo se basa en el contraste, que constituye una forma muy efectiva de poner claramente de relieve lo que es bueno y provechoso, en contraste con lo malo y perjudicial.

Aquí vemos puntualizado algo que es indiscutible y muy práctico a la vez. En la vida cristiana sub-normal, es decir andando en la carne y viviendo del mal lado del Jordán, uno está regido por sus propios criterios y su parecer personal. Esto inevitablemente lo lleva a una mala relación con el Señor, y con frecuencia también con sus hermanos en Cristo y con las autoridades de la iglesia.

El resultado siempre será una vida en que impera el desorden. Éste podrá reflejarse en estar desencajado con los demás, a menudo como una nota discordante que rompe la armonía. Pero frecuentemente habrá además importantes lagunas en el carácter, como una falta de puntualidad crónica, desacuerdos con los pastores y quejas contra ellos, falta de verdadero compromiso dentro de la iglesia, y a veces problemas e incoherencias en el terreno de la economía, etc.

Todos éstos no serán sino síntomas externos de un estado interno de carnalidad, reflejado a veces en un espíritu arrogante, independiente y hasta rebelde. Sintetizando: una vida en la que reina el desorden, que a veces llega al caos completo.

Por el contrario, la auténtica vida en abundancia se caracteriza por ser una de orden y armonía. El orden en sí no estará fijado necesariamente por observar una disciplina estricta, si bien por supuesto que siempre debe haber una sana disciplina. Pero la misma no estará fijada por los caprichos o el antojo personal, sino por el señorío del Espíritu, que le enseña a uno lo que es bueno y provechoso para cada ocasión, ya sea en el plano seglar como en el espiritual, y en el aspecto privado como en el de convivencia con nuestros hermanos y semejantes.

Así tendremos una vida que, sin estar reglamentada por ningún legalismo, tradición ni las costumbres de otros, ostentará una hermosa armonía, viva y flexible. Y esto no será necesariamente por ser uno en sí una persona ordenada y bien organizada, sino por estar regido por el Espíritu divino, que siempre le confiere a la vida que se deja gobernar por Él, el sello del buen orden, sencillo, pero a la vez vivo y hermoso.

Del desorden, y a veces del caos mismo, al buen orden de Dios – ésta es una de las diferencias importantes entre las dos clases de vida.

Este buen orden, como todo lo demás que nos da el Señor, es susceptible de desarrollo, crecimiento y aumento, hasta alcanzar plena madurez. Y la consecuencia directa que acarreará, será la que nos señala el siguiente subtítulo.

El reposo de la vida en abundancia.-

“Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que Jehová vuestro Dios os hace heredar; y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor y habitaréis seguros”. (Deuteronomio 12:10)

Así como el estado de desorden necesariamente trae turbación, falta de paz y muchas veces agotamiento físico, psíquico y nervioso, el del buen orden de Dios nos hace entrar en un reposo muy saludable y bendito.

Este tema del verdadero reposo espiritual reviste singular importancia, y por eso lo hemos de tratar con mayor amplitud más adelante. Pero por ahora lo

consignamos por venir escalonado con el punto anterior, confiando además que esto lo haga – por ser algo tan apetecible y digno de buscarse - un estímulo para que el lector persevere con interés y ahinco en la lectura y estudio cuidadoso de cada capítulo.

El contraste entre los espías de la 1ª. generación y los de la 2ª.-

En los capítulos 13 y 14 del libro de Números, se nos narra la misión de los doce espías enviados a reconocer la tierra prometida y el mal informe que trajeron. Vieron que efectivamente era tierra buena en la que fluían leche y miel, y había muy buenos frutos, entre ellos uvas, granadas e higos, los cuales trajeron consigo. Pero vieron que las ciudades eran amuralladas y se encontraban rodeadas de fortalezas, y además que entre sus habitantes había verdaderos gigantes, y esto los desanimó por completo.

Habían tenido muchas pruebas palpables del poder milagroso de Dios, y además, contaban con la promesa del Señor, reiterada varias veces, de que Él lucharía a favor de ellos, de manera que ninguno de los enemigos les podría resistir.

Sin embargo, no creyeron en la palabra de Dios, y al mirar el esfuerzo y los peligros que tendrían que afrontar, se echaron atrás y no llegaron nunca a entrar en la buena tierra preparada para ellos.

Así es la óptica de la carne – nuestra primer generación. Podrá ver ventajas y beneficios en servir al Señor, pero cuando se trata de ir adelante, aun en medio de sacrificios, dificultades y la guerra que nos dan nuestros enemigos espirituales, retrocede y se retira a cuarteles de invierno, o si no se vuelca abiertamente al pecado y al mundo.

En el capítulo 2 de Josué tenemos el polo opuesto. Ahora son dos espías de la segunda generación, que después de reconocer la tierra y a Jericó, vuelven con el siguiente informe:

“Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos; y también todos los moradores del país desmayan delante de nosotros” (2:24)

¡Qué contraste tremendo! Se puede mirar la misma situación, pero según el estado del corazón, verla o muy mala o muy buena.

Nuestra segunda generación, esa nueva criatura brotada de la palabra de Dios y de las entrañas de Cristo, valora debidamente la buena tierra, a diferencia de la primera, que la desprecia, y como Israel en ese entonces, tiende a volver al mundo del cual había sido rescatada.

Esa debida valoración hace que, a pesar de los escollos, las luchas y dificultades que sabe que tendrá que afrontar, se apoye en la palabra y las promesas del Señor para seguir adelante. Sabe bien que su verdadero destino está en poseer la plena herencia del Canaán espiritual, de la vida en abundancia que Cristo vino a darle. Por consiguiente, volverse atrás y resignarse a una vida mediocre, peregrinando por el desierto y del mal lado del Jordán, le resulta un contrasentido totalmente inaceptable, que equivaldría a traicionar a su Dios y negar su propia razón de ser.

Que al leer estos párrafos brote en lo profundo de tu ser, querido lector, un eco y un amén claro y categórico. Y que te dispongas a alinearte firmemente con los varones y las mujeres de la estirpe de Caleb y Josué, dispuesto a no quedarte del otro lado, sino a cruzar el Jordán, dar batalla a los antiguos habitantes de la tierra, y conquistarla con todos los tesoros y las glorias que encierra.

El contraste entre las dos actitudes ante los siervos del Señor.-

Éste es otro contraste muy importante y aleccionador por cierto.

La primer generación se caracterizó por sus reiteradas rebeldías, contra Moisés especialmente, y también contra Aarón, su hermano mayor, elegido por el Señor como el primer Sumo Sacerdote.

Veza tras veza se quejaban, protestaban contra ellos, y en algunas ocasiones hasta llegaron a la abierta rebeldía, amotinándose contra ellos, como en el caso de Coré, Datán y Abiram.

Todo esto no era sino un síntoma elocuente de su rebeldía contra el Señor mismo, a Quien desobedecieron una y diez veces, a pesar de Sus muchos favores y misericordias para con ellos.

En Josué 1:16-18 se nos presenta un panorama totalmente distinto en cuanto a la segunda generación.

“Entonces respondieron a Josué, diciendo: Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos adondequiera que nos mandes. De la manera que obedecemos a Moisés en todas las cosas, (ellos, los jóvenes de la 2ª. generación, no los adultos de la 1ª.) así te obedeceremos a ti, solamente que Jehová tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés.”

“Cualquiera que fuere rebelde a tu mandamiento, y no obedeciere a tus palabras en todas las cosas que le mandes, que muera; solamente que te esfuerces y seas valiente”.

Aquí tenemos una claridad de visión que es importante tener presente. Ellos veían que para que la empresa de conquistar la tierra en que se estaban embarcando tuviera éxito, un requisito indispensable era el respeto y apoyo total al siervo que Dios había levantado como líder. Todo cuanto hicieran en ese sentido iba a redundar no solo para favorecer el buen resultado de la empresa, sino también en beneficio de ellos mismos.

Por el contrario, cuanto se pudiera hacer en el sentido contrario de desobedecer y rebelarse, no solo iría en contra de la conquista de la tierra, sino que también sería para el propio perjuicio de ellos.

Esto es algo muy aplicable, tanto dentro del ámbito de la iglesia local, como en el del hogar y el matrimonio. Cada integrante de una asamblea o congregación, como así también de cada hogar, por así decirlo está a bordo del mismo barco que los demás miembros de la iglesia o el hogar, según el caso. Lo que signifique ayuda y apoyo al liderazgo en el primer caso, o a los padres en el segundo, será para el bien de todos los demás que están a bordo. Inversamente, lo que vaya en contra para debilitarlos y socavar su autoridad y dañarlos, hará también lo propio para con todos los demás.

Muchos no comprenden esto: que al rebelarse contra un siervo de Dios o contra sus padres, quienes lo hacen se están dañando a sí mismos, y al hacerlo además están sembrando una mala semilla, que a su tiempo les ha de traer mucho dolor y quebranto a ellos mismos.

Claro está que dentro de la iglesia puede haber situaciones en que a un creyente no le sea fácil acompañar con su apoyo total al liderazgo que la preside. No todos los casos han de entenderse como de crasa rebeldía. A veces puede tratarse de incompatibilidad por proceder de un trasfondo distinto, o por no estar uno ubicado en el verdadero lugar que le corresponde dentro del Cuerpo de Cristo, o por otras causas diversas. Pero no podemos extendernos más sobre el particular porque sería desviarnos de nuestro tema principal

Solo redondeamos diciendo que quienes andan en oposición e insumisión a las autoridades puestas por Dios – tanto en la iglesia, como en el hogar o en la esfera cívica del país o la región en que residen – están del mal lado del Jordán, viviendo en la carne y causando problemas a los demás y a sí mismos.

El cruce del Jordán para entrar en la vida en abundancia, siempre traerá como uno de sus resultados prácticos el poner fin a situaciones de esta índole, es decir de rebeldía o de estar desencajado. Uno de los efectos saludables será el pasar a estar bien ubicado y en armonía y debida sujeción en todos los órdenes.

CAPITULO 3 – LA FUERZA VITAL DEL AMOR

“...para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel...”

“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”. (Deuteronomio 6:3 y 5)

No podemos demorar más en señalar esto como algo absolutamente fundamental, y pasar a tratarlo con cierta extensión. Por supuesto que el tema del amor es tan conocido, y se ha hablado y escrito tanto sobre él, que para algunos habrá la tentación de saltar ya al capítulo siguiente, pensando que aquí no hallará nada nuevo, pues esto ya lo sabe muy bien, y tal vez desde hace mucho tiempo.

Señalamos entonces y en primer lugar, que no se trata de saber sobre el amor, sino de vivir y experimentarlo, y no sólo eso, sino también de renovarse continuamente en él.

Jesús puso bien de relieve la importancia primordial del amor, declarando que de ese mandamiento de amar al Señor con todas nuestras fuerzas, y al prójimo como a uno mismo, depende toda la ley y los profetas (Mateo 22:35-40). Asimismo, en mucha de Su enseñanza a Sus discípulos, les enfatizó y reiteró el mandamiento de amarse los unos a los otros, así como Él los había amado.

Además, en el bien conocido capítulo clásico del amor – I Corintios 13 – Pablo nos dice con tanto peso, que *“si no tengo amor, nada soy”*, y que cuanto haga sin la fuerza propulsora del amor, *“de nada me sirve”* (versículos 2 y 3).

La vida del buen lado del Jordán indudablemente tiene como principal característica el verdadero amor, noble y desinteresado, que en ese mismo capítulo se nos describe en algo de toda su gama multifacética.

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad.”

“Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser”... (versículos 4 a 8).

Esta descripción no deja ningún lugar para el egoísmo, el protagonismo que busca promocionar la propia imagen, la auto-alabanza, la segunda intención, ni la ventaja personal que se puede obtener con el servicio a otros.

Es por eso que cuando se busca lo llamativo y la vía fácil, se le tiene cierta alergia a este pasaje, en el cual claramente se hacen resaltar, entre otras cosas, el negarse a uno mismo, buscar el bien de los demás y no el propio, y no querer figurar uno en primera plana.

Como tantas veces se ha puntualizado, en el ritmo acelerado y casi vertiginoso de la vida en estos tiempos, es tan fácil sumergirse en un activismo febril, aun en las cosas atinentes a la iglesia, el pastorado o el ministerio en cualquiera de sus ramas. Y de esa forma, se es muy propenso a caer en algo mecánico y profesional, carente de la inspiración y motivación del verdadero amor.

Por sus fuertes demandas sobre nuestro tiempo y nuestras fuerzas, esa actividad constante y a menudo excesiva, nos privará precisamente de tiempo y fuerzas para ponernos sosegadamente cada día ante el Trono de la Gracia, que es la verdadera y única fuente que nos puede mantener en el precioso amor de Dios.

Las virtudes de este amor por cierto que embellecen y realzan la vida de un hijo de Dios, y demuestran que de veras está viviendo en la vida en abundancia que Jesús vino a darnos.

Damos a continuación algunos ejemplos de distintas expresiones del verdadero amor.

Un siervo de Dios, cuyo ministerio está siendo muy bendecido por el Señor de un tiempo a esta parte, en sus predicaciones y en la exposición temática de la palabra, a menudo usa interesantes anécdotas y experiencias para ilustrarlas. Lo que se advierte es que cuando son de algo que él ha experimentado, generalmente son casos en que él se ha equivocado o fallado y ha sido corregido por el Señor de alguna forma. En cambio, cuando los participantes o protagonistas de lo que está contando son otros siervos o siervas, casi siempre son casos muy hermosos en que Dios ha dado Su bendición sobre ellos y sus labores.

En esto vemos una agradable combinación de verdadera humildad, junto con la virtud de reconocer gustosamente la gracia de Dios en otros. Agregamos de paso que el mismo siervo muy bien podría contar muchas preciosas experiencias en las que él mismo ha sido muy usado por el Señor, pero por buen gusto, y seguramente que muy consciente de la exhortación de Proverbios 27:2a - *“Alábetse el extraño y no tu propia boca”*, casi siempre se abstiene de hacerlo.

Otro siervo de Dios, antes de ser llamado al ministerio a tiempo pleno, tenía un buen cargo en un trabajo seglar. A su tiempo lo dejó para darse de lleno al servicio del Señor. Unos buenos años más tarde, unos hermanos en Cristo adquirieron un pasaje transatlántico en avión para ese siervo y su esposa, a fin de que pudieran realizar una gira ministerial en su país. Se dio la casualidad de que el empleado que efectuó el cobro de los pasajes había conocido de cerca a ese siervo de Dios, pues habían trabajado juntos en la misma empresa. Al dársele el nombre a cuyo favor se debían emitir los pasajes, en seguida lo reconoció como un compañero de trabajo de varios años en el pasado. No era creyente, pero habiendo advertido siempre rasgos de bondad, rectitud y suma corrección en ese siervo del Señor, dijo algo así:

“Si hay un Dios, y si hay alguien que en la otra vida merecerá sentarse a Su lado, ése será sin duda esa persona” (dando el nombre del siervo en cuestión).

Lo bueno es que este siervo, que solo se enteró a posteriori, jamás se habría imaginado que alguien pudiera tenerlo en tal alto concepto, y por supuesto que de ninguna manera consideraba merecerlo.

Un tercer caso es el de un pastor, relativamente joven, que reside en una importante ciudad de España. Hace poco más de diez años, al enterarse que una mujer, madre de varios hijos, estaba gravemente enferma de cáncer, se presentó en su hogar para ofrecer sus servicios en cuanto pudiera ser de utilidad.

Fue muy bien recibido por la familia, y muchas veces, con un noble espíritu de sacrificio, permaneció hasta bien pasada la medianoche, aconsejando y alentándolos, a la par que orando por la enferma. La mujer no se sanó, pero antes de fallecer entró en una profunda paz al acogerse al Señor Jesús como su Salvador, merced al testimonio de este pastor.

Uno de los hijos, movido por el grave estado de su madre, y esperando un milagro de sanidad para ella, comenzó a asistir a las reuniones de la iglesia que pastoreaba este siervo. Posteriormente, al no darse el milagro que él esperaba, perdió todo interés y dejó de asistir.

No obstante, el amor y la bondad de ese siervo dejaron una semilla en su corazón, y mantuvo cierta amistad con él, aunque sólo se veían fugazmente y muy de tanto en tanto.

Por fin, recientemente, pasados unos diez años de la muerte de la madre, se volvieron a encontrar, pero esta vez fue distinto. Comenzó a asistir de nuevo a las reuniones y a poco se operó una auténtica y hermosa conversión, no sólo de él sino de su esposa, y los dos ahora están disfrutando del gozo del Señor.

Un ejemplo hermoso del amor sincero, manifestado en una forma práctica y real, negándose a sí mismo con esas repetidas traspasadas para llevar consuelo y la palabra de Dios a esa familia atribulada. Y vemos cómo recibió la bendita recompensa de llevar esas almas al Señor de forma tan inequívoca.

En nuestra obra anterior “Hora de Volver a Dios”, Segunda Parte, hemos comentado la importancia fundamental de poner el amor al Señor como motivación primordial de nuestra vida y servicio cristiano.

Tantas veces se han visto casos de personas que han abrazado el ministerio, y tristemente, en años posteriores o bien lo han abandonado, o han quedado y terminado muy mal parados. Aunque no es posible generalizar en cuanto a las causas, pues seguramente que habrá una gran variedad, sin embargo sí podemos afirmar que casi siempre habrá una razón principal *de fondo*. Ella no podrá ser otra que el hecho de que el móvil que los impulsó a entrar en el ministerio, no fue el verdadero amor, noble, puro y desinteresado, hacia el Señor de la gloria.

Es posible empezar a seguirle y servirle por una gran diversidad de motivos. Entre ellos podemos citar el deseo de ser útiles en la vida, el de hacer bien a los demás, o bien el de sentirnos realizados en la vida al hacer algo bueno.

Aparte de estos tres, que muy bien podemos clasificar como buenos, puede haber otros menos sanos y encomiables, pero que pueden yacer debajo de la superficie, a veces inadvertida o sutilmente disfrazados. Algunos de ellos podrían ser el deseo del éxito, el de tener una buena imagen ante los demás, o bien poder desempeñarse en la flexibilidad y libertad que se piensa tener sirviendo al Señor, en vez de tener que cumplir estrictamente con un horario de trabajo desempeñando una labor seglar.

La verdad es que ni los tres de la primera lista, con ser buenos y loables, ni los demás que hemos citado, sirven para dar la base sólida y correcta que se necesita. Cualquiera de esas cosas que hemos listado – aun las buenas y desde luego también las malas – en cualquier coyuntura nos pueden dejar insatisfechos y hasta profundamente defraudados. Así, muy bien puede suceder que lo que se edificó sobre ellas se desmorona por completo, y al final, no quedan más que frustración y desengaño.

Se dice de Napoleón Bonaparte que al estar exilado en la Isla de Santa Elena hacia el final de su vida, seguramente que por el testimonio de cristianos fieles que en alguna manera habrán tratado de hablarle de las cosas eternas, llegó a comprender algo o bastante del camino cristiano. También se dice que a esas alturas llegó a formular declaraciones que iban más o menos en la siguiente línea:

“Yo, al igual que muchos otros, he tratado de establecer un imperio y un reino duradero. Y al igual que muchos otros me he encontrado con que mi reino no ha permanecido. La razón ha sido que, al igual que los demás, lo he tratado de levantar sobre la base de la fuerza y el poder.”

“Pero hace muchos siglos, hubo uno que fundó un reino y ese reino sigue en pie hasta el día de hoy. Ése fue Jesucristo y la razón ha sido que, a diferencia de todos los demás, Él lo fundó sobre la base del amor”.

Palabras sencillas pero de un peso contundente, brotadas de quien aprendió, por el desencanto de su fracaso, y también por el buen testimonio de fieles testigos cristianos, que sólo es el verdadero amor lo que le da auténtica sustancia, durabilidad y razón de ser a las empresas que uno pueda acometer en la vida.

El autor le da gracias a Dios que muchos años atrás, cuando como estudiante en un colegio bíblico anhelaba profundamente poder cruzar el Jordán y entrar en el Canaán espiritual de la tierra prometida, el Espíritu Santo le guió expresamente a poner el amor al Señor por encima de toda otra consideración, como el móvil principal para seguirle y servirle.

En efecto: después de buscar a Dios por un buen tiempo y con mucha sinceridad, con el deseo de tener el poder del Espíritu para ganar almas para Cristo, se encontró con que no lo había logrado. Al expresar su desencanto al Señor y preguntarle por qué su búsqueda había resultado infructuosa, tuvo una pronta respuesta.

La misma le hacía comprender que esa búsqueda y anhelo suyos estaban encaminados hacia el tener poder, pero que había algo más importante que debía tener como su motivación – algo que estaba muy por encima de tener poder para ganar almas: el amor personal e íntimo hacia Él – su Salvador y el Señor de su vida.

Esto le hizo comprender que, si bien lo había amado hasta entonces, era algo así como la devoción de un siervo, empeñado en seguirle y servirle. En cambio, Él deseaba y buscaba más que eso: un amor, como se ha dicho, personal e íntimo, que lo llevara a una relación mucho más estrecha con Él, y lo pusiera a Él mismo como la razón y el móvil que lo impulsaran a cuanto hacía en Su servicio.

De ahí en más se puso a buscar ese amor, y bien pronto descubrió que no podía alcanzarlo – que estaba más allá de sus recursos y posibilidades. Así, por la experiencia de varios meses, cayó en la cuenta de que la única fuente del verdadero amor está en Dios mismo, viendo que sus mejores esfuerzos, sus oraciones y esperanzas resultaban inútiles – no podía lograrlo.

Por fin, casi al concluir los ocho meses de su segundo año lectivo, una noche, al inclinarse y postrarse de rodillas en oración junto a su cama en su habitación, con la Biblia abierta delante, le brotaron desde el fondo del ser, con el acento más entrañable, estas tres sencillas palabras:

“Te amo, Señor”.

Nunca antes las había podido pronunciar de esa forma – tan límpida, clara y de la profundidad de su espíritu.

De ahí en más entró en un período de verdadero enamoramiento de Él, y mientras otros se ocupaban en conversaciones triviales o sencillamente en sus quehaceres normales, aprovechaba cualquier oportunidad propicia para apartarse y estar a solas con su Señor. Allí buscaba derramar su amor ante Él, abrazarlo y decirle que ahora lo amaba tiernamente y más que nunca antes, y que quería hacer de ese amor a Él la fuerza que lo impulsase en cuanto acción – pequeña o grande, secreta o pública – pudiera emprender en su servicio para Él.

Aquí es donde debemos subrayar la importancia muy significativa de las palabras de Jesús a Pedro contenidas en Juan 13:7:

“Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después”.

Como sucede tantas veces, por ese entonces su comprensión del verdadero alcance de lo que el Señor estaba haciendo era sólo parcial y muy estrecha. Años más tarde, quien esto escribe llegó a entender y valorarlo debidamente: el Señor estaba poniendo para su futuro el fundamento sólido e imprescindible del verdadero amor hacia Él.

Hoy día da muchas gracias a Dios por ese fundamento, que le ha valido tanto a través de los años, para ayudarlo a capear muchos temporales y situaciones difíciles, y seguir en la brecha por la gracia divina.

Es el mismo fundamento que Jesús puso en la vida de Simón Pedro, al preguntarle tres veces si le amaba en el conocidísimo pasaje de Juan 21:15-19.

Amado lector que desees servir al Señor, o ya lo estás haciendo – asegúrate que el móvil que te impulsa a hacerlo es el amor hacia Su persona, puro y desinteresado, y no ningún otro, por bueno que sea o parezca. Así tendrás una base sólida y firme, sobre la cual podrás edificar con seguridad y confianza. Y habrás escogido como María *la buena parte, la cual no te será quitada. Amén.*

----- () -----

CAPÍTULO 4 – LA HERMOSURA DE LA SANTIDAD

“Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios”... (Deuteronomio 7:6)

Pasamos ahora a otra faceta inconfundible de la vida en abundancia: la verdadera santidad. En realidad, no puede haber de ninguna forma una auténtica vida en abundancia, sin una santidad real y práctica como ingrediente principalísimo.

Cuando se habla de ella desde el púlpito o bien a través de la página escrita, casi siempre nos encontramos con que se le da un asentimiento general y sin reservas. Pero resulta triste comprobar que, en muchos casos, esa aprobación posteriormente ha quedado totalmente contradicha por faltas y fallos muy gruesos y graves, que de ninguna forma pueden ni deben tolerarse, ni siquiera con el espíritu más tierno y benévolo.

La enseñanza de la santidad debe traducirse en una vivencia y conducta acordes con ella en todos los aspectos.

En libros anteriores nos hemos extendido bastante sobre el tema del amor, por lo cual, en el capítulo anterior, que trata del mismo, nos ha parecido bien ser más bien breves.

En cambio, como en ninguna obra anterior hemos dedicado un capítulo entero exclusivamente a la santidad, en éste sí que hemos de hacerlo, y con cierta extensión, aunque sin excedernos.

En primer lugar, debemos tenerlo muy claro que el mal y el pecado en sus muchas expresiones, tales como la mentira, la inmundicia, la mundanalidad, el ocultismo en cualquiera de sus ramas, la mirada o el gesto burlón, el odio, el rencor y la amargura y envidia, la trampa, la arrogancia, etc. etc., constituyen un terreno que le pertenece a Satanás y a sus malos espíritus.

Dios le reconoce ese terreno, y cada creyente que entra y permanece en él, lo hace con las debidas consecuencias. Estas últimas varían en gravedad según el caso, pero aun en aquéllos en que la misma no sea extrema, el solo hecho de saber con claridad de qué se trata – *de haberle dado cabida al enemigo declarado de nuestras almas* – debería impulsar a quien lo ha hecho a ponerse a cuentas con Dios de inmediato, y a disponerse a no reincidir nunca más.

Muchos no saben ni entienden lo que acabamos de explicar. Otros sí lo saben, pero a menudo acallan sus conciencias con razonamientos tales como:

“Si al final de cuentas, tantos lo hacen *y no pasa nada.*”

“Nadie es perfecto, y el que más y el que menos, todos siempre pecan de una manera u otra.”

“No creo que el Señor, que es tan misericordioso, me vaya a condenar por eso.”

La misma naturaleza de estos razonamientos, y de muchos otros semejantes, muestra una actitud completamente incorrecta ante el Señor de la vida.

Sabiendo que Él tuvo que pagar un precio infinitamente alto y doloroso para poder otorgarnos el perdón por todas nuestras culpas pasadas, y que toda manifestación de pecado va en contra de Su carácter y Su misma persona, y que le desagrada profundamente – eso solo de por sí, debería predisponernos en todo sentido a procurar con el mayor empeño posible, no pecar ni desobedecerle en lo más mínimo.

Medios de gracia para santificarnos.-

Muchos son los medios de gracia que el Señor ha puesto a nuestra disposición para purificar y santificar nuestras vidas.

Veamos algunos de ellos:

La oración en profundidad y en el Espíritu.-

“...subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente”.(Lucas 9:28-29)

No hemos de pensar que por tratarse de Jesús en la ocasión especial de la transfiguración, este pasaje no es igualmente aplicable a nosotros.

Desde luego que no estamos hablando de la oración normal y corriente, que casi llamaríamos de rutina, que muchas veces se hace, por ejemplo, en el devocional diario.

Tal como lo indica el subtítulo, estamos apuntando a esa oración ferviente en la cual nos acercamos al Trono de la Gracia para buscar de lleno el rostro del Señor y derramar nuestra alma ante Él. Al hacerlo, por la operación del Espíritu que mora en nosotros, tocamos al Señor de una manera muy real, e igualmente Él nos toca a nosotros.

Eso de por sí inevitablemente trae sus consecuencias, y dos de ellas las podemos derivar de las mismas palabras del pasaje ya citado, a saber:

1) *“...la apariencia de su rostro se hizo otra”.* Aunque ése no era el caso de Jesús, a veces uno puede venir a orar sintiéndose cargado o angustiado por alguna prueba o tensión. Al derramar esa carga a Sus pies, por el obrar de Su Espíritu se siente un alivio o liberación, y el rostro, que antes reflejaba el estado en que uno se encontraba, pasa a reflejar la nueva paz y el reposo interior que ahora imperan.

2) *“...y su vestido se hizo blanco y resplandeciente.”*

Al tocar a ese Dios tres veces santo y experimentar el toque de Su santidad inmaculada, el efecto no puede ser otro que el de emblanquecernos en nuestro interior y comunicarnos algo de su resplandeciente gloria, aunque de esto último, para nuestro propio bien, El se encargará de que no seamos muy conscientes. No obstante, otros sí lo advertirán.

Adicionalmente, y aunque no extraemos esto del pasaje bajo revista, tenemos otros factor importante. Al perseverar en ese orar que llamamos *en profundidad*, tocamos puntos de unión y comunión con el Señor que nos acercan a Él de tal manera que, en alguna medida, vamos absorbiendo insensiblemente Su carácter. Esto no puede sino transmitirnos, entre muchas otras cosas, algo y aun mucho de Su odio santo al pecado en todas sus formas. Y esto indudablemente habrá de redundar en la práctica en un desecharlo con un rechazo rotundo, con todos los consiguientes beneficios que podemos imaginar.

La palabra de verdad.-

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” (Juan 17:17)

No cabe duda que la palabra de Dios es otro de los principales medios de gracia para santificarnos, y estas palabras de Jesús mismo que hemos citado no hacen sino confirmarlo plenamente.

Sin embargo, al igual que lo hemos hecho con la oración, se hace preciso señalar que no es meramente la lectura cotidiana de unos capítulos, por más virtudes que eso tenga, que necesariamente habrá de calar hondo en esta esfera de santificarnos.

Se hace necesario, y más que eso imprescindible, que tomemos las Escrituras con toda determinación y avidez, entremezclándolas con la oración, expresa y ferviente, de que su luz santa y pura alumbre las profundidades de nuestro ser, y disipe cuanto haya en ellas de tinieblas o pecado.

Más adelante en este mismo capítulo tomamos algunos de los muchos, muchísimos pasajes de la palabra que penetran a fondo en nuestro tema de la santidad.

Pero ahora pasamos al tercer medio de gracia:

El trato personal de Dios en nuestras vidas, a menudo a través de la disciplina y a veces también del sufrimiento.

Del pasaje de Hebreos 12:5 -11 extraemos las siguientes partes:

“...Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo...”

Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad”.

Notemos en primer lugar que la disciplina y el castigo del Señor para con Sus hijos es muestra de Su amor hacia ellos. Hay quienes no piensan así, y les cuesta creer y aceptar que un Dios de amor, como suelen decir, quiera pegar y castigar a Sus hijos.

Asimismo, tenemos la fuerte influencia del humanismo en muchas esferas de la sociedad, que en algunos países prohíbe como un delito penable el castigo corporal de los niños, tanto en los hogares como en las escuelas.

Desde luego que no aprobamos el castigo indiscriminado, ni mucho menos cruel, de algunos padres irresponsables o iracundos. Pero por el otro lado debemos afirmar que la disciplina, y a veces el castigo de los hijos, para corregirlos y evitar que se perviertan, buscando al mismo tiempo formarlos para el bien en la vida, es algo muy necesario y deseable. Cuando no se practican, sólo puede redundar en perjuicio, como vemos en el caso de Adonías, uno de los hijos del rey David, del cual leemos en 1ª Reyes 1:6

“Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?”

Siguiendo el relato en el mismo capítulo, vemos que al acercarse la muerte de su padre, se levantó contra el claro mandato de él, buscando erigirse como rey para reemplazarlo en el trono. Además, posteriormente su necedad y engreimiento le costaron una muerte prematura.

Dios nos disciplina movido por el amor, que busca encauzarnos por la senda del bien y formarnos como hijos de la pureza y verdad. En realidad, si no lo hiciese una vez que la exhortación y persuasión no han surtido efecto, Su amor no sería sabio ni perfecto.

Tengamos siempre presente que al tratarnos de esa forma es porque nos ama de verdad, quiere lo mejor para nuestras vidas, y a través de ello desea lo que

nos es de veras provechoso – es decir que participemos de Su santidad, según consta en la Escritura ya citada.

“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también araos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado” (1ª Pedro 4:1)

Esto va un paso más lejos, haciéndonos ver que el dolor y el sufrimiento, desde luego que permitidos por Dios en Su trato con nosotros, al ser enfrentados con entereza, nos conducen a cortar totalmente con el pecado.

Como ejemplo de esto, podemos tomar entre otros los casos de Jeremías, el profeta de tantos quebrantos y lágrimas, y el de Pablo, con el aguijón en la carne, como un mensajero de Satanás que lo abofeteaba.

Por la propia naturaleza de la situación en que se encontraban, nos resulta impensable aceptar, ni por un solo instante, que se diesen vuelta por ejemplo para mirar de arriba abajo a una mujer coqueta – o se dejaran seducir para enredarse en algo turbio en cuanto al dinero.

El dolor y el padecimiento, correctamente enfrentados, nos llevan a necesitar de Dios y buscarlo más que nunca. Confrontados con una tentación al vicio o el pecado en cualquiera de sus formas, en esas condiciones uno no puede sino exclamar:

“Déjame de esas cosas, que no quiero tener nada que ver con ellas. Sólo quiero a mi Dios y a mi Cristo – necesito la gracia de lo alto más que nunca, y de ninguna manera quiero rebajarme a esas vilezas y ruindades”.

Naturalmente que ésta debe ser la reacción normal de cualquier hijo de Dios que viva en verdadera santidad, aun cuando no esté atravesando por sufrimientos y dolores. No obstante, resulta indudable que estos últimos muchas veces deben ser usados por Dios, en Su sabia economía y trato con Sus hijos, para llevarnos a ese nivel en que ya hemos cortado con el pecado de lleno y para siempre, *terminando así con él*, en las palabras de Pedro que van más arriba.

Pasamos ahora a tomar un pasaje de las Escrituras, de los muchos que nos recalcan la santidad en su importancia fundamental.

“...¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?” (Isaías 33:14b)

Como se ve claramente por el contexto, estas dos preguntas nada tienen que ver con las llamas y el fuego del infierno, sino con el fuego santo y sagrado, eterno y consumidor de toda escoria, que procede del mismo trono de Dios. Como tal, es celestial y bendito desde todo punto de vista, y quien lo tenga de veras en su vida y more y habite en él cada día, ha de ser considerado como alguien altamente agraciado, en el más amplio sentido de la palabra.

Quizá alguno podría pensar que para esto uno tendrá que ser una personalidad eminente, que ostente el más alto grado de formación teológica, o algo así por el estilo.

Sin embargo, la respuesta a estas preguntas que nos da el versículo siguiente va por un rumbo totalmente diferente.

“El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias; el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala” (33:15)

Vemos que las cosas discurren por una vía muy práctica y que en realidad está perfectamente al alcance de todos. Se trata de los pies (caminar) – la boca (hablar) – el corazón (aborrecer) – las manos – los oídos y los ojos – los cuales,

los tenemos todos como parte de nuestro ser – tú, querido lector o lectora, quien esto escribe, y todo otro ser humano normal.

Desmenucémoslos uno por uno en su contenido espiritual para el creyente.

a) Los pies.-

Con ellos vamos de un lugar a otro, pero quien vive cerca de Dios sabe que hay lugares adonde su Señor nunca iría, y que por lo tanto él tampoco debe hacerlo. Por el contrario, sólo ha de ir adonde sabe que su Señor va, y eso con el fin de estar siempre en Su plena voluntad.

Hace unos buenos años, un siervo de Dios estaba en un período de formación en el cual su vida estaba siendo tratada y purificada intensamente. Una noche, mientras cenaba, en más de una oportunidad sentía como en una visión que sobre su pie derecho se perfilaba un instrumento muy afilado como para amputarlo.

Poco más tarde, al inquirir del Señor sobre ello, fue redargüido por el Espíritu en cuanto a la forma en que se había dado al fútbol en el pasado en forma tan obsesiva, que había significado un verdadero tropiezo e impedimento en su relación con el Señor.

Entonces recordó las palabras de Jesús:

“Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado”. (Marcos 9:45)

Así entendió que debía cortar radicalmente - no su pie en forma literal - sino con esa afición desmedida por ese deporte.

En su caso particular, su carácter era tan apasionado, que no podía cultivarlo con discreción y sin que se volviese en una verdadera idolatría. Otros tal vez lo puedan hacer con moderación, pero él no. Y así, al dejarlo totalmente y con profundo arrepentimiento por ese pasado en que le había dado tanto de su tiempo y afecto que debían haber sido dados al Señor, experimentó un marcado alivio y mejoría en su vida espiritual.

b) La boca.-

¡Cuánto nos habla la Biblia sobre la boca y el hablar!

“Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.” (Santiago 3:2)

Hace muchos años, el autor tuvo entre sus profesores en el Centro Neo-Testamentario de Enseñanza Bíblica de Temperley, suburbio al Sur de Buenos Aires, a un siervo absolutamente ejemplar en este sentido. Viajando, conviviendo y compartiendo muchas horas con él – esto fue de los años 1949 a 1952 – nunca le oyó pronunciar una sola palabra fuera de lugar. Esto le dejó una preciosa semilla en su corazón, que hasta el día de hoy le sirve de muy buen ejemplo que desea emular.

Jesús dijo: *“...de la abundancia del corazón habla la boca.”* (Lucas 6:45)

A veces una persona puede fingir, pronunciando palabras bonitas, incluso sobre las cosas de Dios, para aparentar espiritualidad, humildad u otras virtudes. Quien tenga suficiente percepción podrá detectar algo irreal o falso en todo ello.

Por otra parte, en un plano normal de quienes hablan con naturalidad y sin querer impresionar a nadie, quien cuente con discernimiento, con sólo oír por unos minutos, podrá casi siempre tener en base a ello una idea bastante aproximada sobre el estado del corazón de cada uno – si bien, en esto, a veces puede haber un margen de error.

No cabe duda de que una de las armas más terribles que ha empleado el enemigo a través de los siglos para dañar y destruir iglesias, ha sido la lengua descontrolada o chismosa.

En tiempos de tensión entre diferentes miembros de una iglesia local, ya sea por discrepancia de criterios, enfrentamientos u otras causas, es necesario exhortar a los miembros a tener *el máximo recato* en el hablar. La razón estriba en que, en tales situaciones, la interferencia del enemigo resulta ser tal, que a veces lo dicho con toda verdad e inocencia puede ser tergiversado ponzoñosamente, causando mucho daño.

Por el lado positivo, recordamos un ejemplo muy precioso y poco usual. Hace poco más de una década, en una congregación de la ciudad de Liverpool había dos posturas distintas en cuanto a la forma en que se debía llevar adelante la iglesia. Creemos que era la mano del Señor que estaba buscando una bifurcación en el camino, para crear un testimonio nuevo en otra parte de la ciudad con un ministerio distinto, encaminado hacia otro tipo de necesidad y de personas.

Lo cierto es que si bien la tensión se podía palpar claramente, uno de los ancianos involucrados en la situación nos manifestó que durante todo ese tiempo, prácticamente no se oyó ninguna palabra desmedida o impropia.

Por fin una noche, los 4 ó 5 ancianos se reunieron con el fin de tomar una determinación. Al expresar cada uno su posición con suma corrección y franqueza, resultó evidente que debía haber una separación. Se acordó que 2 ó 3 de los ancianos saldrían para congregarse en otro lugar, informándose posteriormente a la congregación, y dejándose a cada miembro absoluta libertad para acompañar a los ancianos salientes, o bien quedarse donde estaban.

Lo maravilloso fue que esa reunión de los ancianos siguió hasta las 2 ó 3 de la mañana y ninguno quería marcharse. A pesar de las posiciones tan opuestas que tenían, se amaban de tal manera que no podían enfrentar el dolor de la despedida. Finalmente tuvieron que hacerlo, no sin antes darse prolongados abrazos en el más tierno amor fraternal.

¡Ojalá sucediera así siempre!

Jesús también dijo: "*El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno*" como contexto de las palabras "*de la abundancia del corazón habla la boca*" que ya hemos citado. (Lucas 6:45)

Condensando lo dicho hasta ahora sobre todo esto, podemos afirmar que una auténtica santidad siempre hará eso – sacar del buen tesoro interior un hablar sabio, discreto y limpio, que comunique gracia y edificación, y esté totalmente exento de vanagloria, autoalabanza, habladurías, chismes o cosas semejantes.

c) El corazón.-

Derivamos este punto de las palabras "*el que aborrece la ganancia de violencias*", pues es con el corazón que se aborrece, así como con él asimismo se ama.

Aquí se trata de aborrecer el mal en todas sus expresiones, no con un aborrecimiento carnal y descontrolado, sino con el mismo odio santo con que nuestro Dios lo aborrece y detesta. Lo hace porque sabe que es una emanación diabólica, cargada de veneno infernal, que si se lo consiente y alberga permanentemente en el pecho, sólo puede traer una separación de Dios y muerte espiritual.

Uno de los resultados de la verdadera santidad es que, al vivir uno muy cerca de Dios y beber de las fuentes de Su ser por la palabra, la oración y la comunión con Él, se van absorbiendo Su disposición y Su carácter, en los cuales se encuentra este odio santo al pecado en todas sus ramificaciones.

Pero también está el otro lado de las cosas. Con el corazón se ama lo limpio y puro, lo noble y bondadoso, lo sabio y prudente, lo que es manso y humilde, lo que edifica y nos eleva a Dios – en fin, toda esa rica gama de virtudes que adornan la verdadera vida en el Espíritu y en el amor.

Pablo nos señala en I Timoteo 1:5 que *“el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia y de fe no fingida”*.

Esto pone de relieve la verdad cardinal del corazón limpio o puro, del cual nos ocupamos en detalle en el capítulo V de nuestra obra “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto.”

Del corazón mana la vida, como se nos dice en Proverbios 4:23. Si en él no ha habido una genuina obra de purificación, seguirán brotando de él cosas turbias, torcidas, carnales y mundanas.

La diferencia entre el corazón meramente limpiado, pero no purificado o limpio como un estado permanente, ya la establecimos en ese mismo capítulo recién citado.

De ninguna forma podemos aceptar que la vida en abundancia que nos vino a dar Jesús, pueda ser una en la cual cosas tales como el mal genio, la soberbia, la lengua larga y crítica, el amor al mundo, la lascivia, la amargura, el rencor, las envidias, la insumisión a las autoridades puestas por Dios, y toda otra expresión de la pasada manera de vivir, no hayan sido tratadas y cortadas por completo.

Por más carisma, dones y cualidades que haya en otros aspectos, esas cosas siempre traerán manchas a la conciencia, que le harán saber a quien las encuentra como una constante en su andar diario, que su vida no es para nada del agrado del Señor.

Por todo esto, en nuestra escala de valores debemos dar un lugar prioritario al estado de nuestro corazón. Una meta muy de desear, y digna de buscarse con todo empeño, es la de cultivar por la oración y la lectura ávida de la palabra, una comunión tal, que nos lleve paulatinamente a tener un corazón que lata al unísono con el del Señor. Así aborreceremos todo lo que Él aborrece, y amaremos todo lo que Él ama – y en grados progresivos seremos transformados a Su imagen y semejanza.

d) Las manos.-

Como con todos los demás miembros del cuerpo, como así también con nuestras facultades mentales, físicas y emocionales, con las manos se puede hacer un buen o un mal uso de ellas.

En una forma muy práctica e importante, en nuestra exposición oral de la palabra muchas veces hemos exhortado a las hermanas jóvenes a cuidarse bien de que no se dejen manosear por otros, siendo sus cuerpos como son, nada menos que templos del Espíritu Santo. Ese solo hecho les confiere un carácter sagrado, que de ninguna manera debe consentir semejante cosa.

Asimismo a los jóvenes varones les hemos exhortado a no darse a manosear indebidamente a nada ni a nadie. Si en el pasado, antes de estar en Cristo, nuestras manos se prestaban a usos viles, ahora, en nuestra nueva vida en Él, debe suceder todo lo contrario.

Redondeando, debemos recalcar que en la oración, a menudo levantamos nuestras manos hacia el cielo en señal de que nos dirigimos a Dios. Si queremos que nuestros ruegos sean atendidos, la lógica más elemental nos indica que deben ser manos limpias y santas, como se nos dice en 1ª Timoteo 2:8, que sólo se utilizan para lo bueno, noble y limpio en la vida.

e) Los oídos.-

El versículo en Isaías 33 bajo referencia habla de *“el que tapa sus oídos”*. Debemos en forma práctica desconectar nuestra sintonía de todo lo contaminante y contraproducente.

Quien se preste a escuchar audiciones o programas dudosos, o conversaciones impuras o mundanas, se expone a taponar sus oídos con *“cera espiritual”*, que luego le impedirá oír con claridad la voz y la palabra que más interesan en la vida.

Así como en lo natural en ciertos casos es necesario que nuestros oídos sean destaponados, en lo espiritual sucede lo mismo. El tratamiento, figurativamente hablando, consistirá en ablandar el tapón primero, y luego, haciendo uso de la jeringa, proceder a hacer lavajes sucesivos.

En otro orden de cosas, con cierta frecuencia se da que en una iglesia haya quienes sean propensos a las habladurías y chismes. Aunque inadvertidamente, se convierten así en un medio de propagar malestar y verdadero veneno espiritual. Por nuestra actitud y conducta, debemos dar a tales personas muestras inequívocas de que no somos materia dispuesta para esas cosas, y que, muy por el contrario, sólo queremos prestarnos en nuestro hablar a lo que edifica, alienta, consuela y hace bien a nuestros hermanos.

Esto al mismo tiempo les supondrá a ellos un freno muy saludable y beneficioso.

f) Los ojos.-

Aquí Isaías nos dice “ *el que cierra sus ojos para no ver cosa mala*”. Otra vez una forma práctica y muy clara de demostrar nuestra desaprobación y desagrado por todo lo que sabemos que nuestro Dios no aprueba ni le agrada.

Jesús nos dice que el ojo es la lámpara del cuerpo. Si el ojo es bueno, todo el cuerpo estará lleno de luz, pero si es maligno todo el cuerpo estará en tinieblas, y si la luz que hay en uno es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? (Mateo 6:22-23)

Esto nos habla de mirar las personas y las cosas con bondad, pensando el bien y no el mal, y amando y apreciando los valores y las virtudes que hay en los demás, y no centrándonos en los nuestros.

Entre las viejas costumbres de la vida anterior sin Cristo, debe contarse el guiñar los ojos. Proverbios lo consigna como una de las marcas de una mala persona (6:12-14) y como algo que acarrea tristeza (10:10). Desde luego, debe ser desterrado de nuestra vida por completo.

Pero la declaración más tajante en cuanto a los ojos, y que muchos la temen y eluden, es la que pronunció Cristo en Mateo 5:27-29:

“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio.”

“Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.”

“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.”

En primer lugar, corresponde una aclaración en beneficio de personas propensas a autocondenarse, quizá por una sensibilidad excesiva e indebida.

Dios ha creado al género humano con los dos sexos, y tanto el varón como la mujer normal tienen una natural atracción hacia el sexo contrario. Así un hombre al ver una mujer esbelta y elegante, es natural que lo advierta y la diferencie de otra que no lo sea. Lo mismo podemos decir de la mujer en cuanto a un varón de buen semblante y apariencia, y otro que no los tenga.

Eso, como decimos, es normal y natural, y por supuesto que no constituye un pecado, aunque alguno, a menudo por un trasfondo anterior muy mundano y por ser ahora muy sensible por sus recuerdos del pasado, pudiera sentirse condenado. Lo que Jesús está diciendo no es eso, sino que se refiere a la mirada que va más allá, acompañada de una codicia en el corazón, entendiéndose claro está, que va dirigida a una mujer – o un hombre, según el caso – que no sea la esposa o el marido propio.

En ese caso, aun cuando ni siquiera se le haya hablado ni dado ninguna muestra externa de interés particular, quien así ha mirado, ante Dios ya ha cometido

adulterio en su corazón. Y en esa condición, de hecho está descalificada, como persona adúltera, para heredar el reino de Dios (1ª Corintios 6:9-10 y Gálatas 5:19-21)

Jesús nunca señaló faltas y fallos sin dar al mismo tiempo el consejo indicado para subsanar y superarlos. Aquí lo que Él presenta como la solución es algo drástico sobremanera: quitarse el ojo derecho, siendo preferible perder uno de los miembros del cuerpo y no conservarlo, pero al precio de ser echado en el infierno. Digamos de paso que la palabra usada aquí en el original griego no es *sheol* – el lugar de los muertos – sino *gehenna*, el lugar del tormento del fuego eterno.

Su consejo, con todo, no podemos tomarlo al pie de la letra, como sacarse el ojo en forma literal y quedarse tuerto. De ser así, creemos que debería haber por lo menos algunos casos de quienes lo hayan hecho a través de todo lo largo de la historia. No hemos oído ni leído de ningún caso semejante, ni creemos que lo haya habido.

Pero además hay una segunda razón, y es que quien hiciera tal cosa – quitarse el ojo derecho - ¡todavía se quedaría con el problema del ojo izquierdo!

Según el mismo Jesús lo dice en Mateo 15:19 el adulterio y la raíz de la mirada adúltera brotan del corazón, del cual mana la vida, como ya hemos puntualizado más de una vez citando Proverbios 4:23.

La solución está pues en quitar esa raíz adúltera del corazón, naturalmente con la ayuda del Espíritu Santo y haciendo uso de los medios de gracia puestos a nuestro alcance.

Quien tenga este problema deberá tomar plena conciencia de lo urgente y prioritario que debe ser el enfrentarlo frontalmente y con toda sinceridad. En nuestro primer libro ya citado anteriormente – “*Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto*” – en el capítulo VI titulado “*La Circuncisión*”, presentamos una consejería detallada y específica sobre el tema, y remitimos al mismo al lector necesitado en ese aspecto.

En conclusión en cuanto a los ojos, la verdadera santidad abarca y abraza una mirada limpia, cargada de amor puro, y exenta de toda malicia o tendencia corrompida.

Los beneficios de la verdadera santidad.-

Habiendo desgranado este versículo 15, pasamos ahora a los dos siguientes, para ver en forma bastante concisa algunos de los beneficios de vivir en esa santidad real y práctica.

“...éste habitará en las alturas...” (Isaías 33:16a)

Una vida en un nivel elevado, muy por encima de las bajezas de la carne y el pecado – respirando el oxígeno puro de un andar diáfano, en alturas de comunión real con el Señor, con profunda paz y la íntima satisfacción de estar agradando a Dios y llevando fruto para Él.

“...fortaleza de rocas será su lugar de refugio...”

Este guardarse celosamente en el amor y en total rectitud y transparencia, le priva al enemigo de toda posibilidad de actuar en contra nuestro. Así, nos encontramos en medio del refugio seguro de una fortaleza de rocas y el maligno no nos toca (1ª Juan 5:18)

“...se le dará su pan y sus aguas serán seguras...”

Una forma hermosa de decir que una vida así dispuesta siempre estará bien nutrida y abrevada. El Pan de Vida en toda su riqueza y abundancia, y las aguas

cristalinas de los manantiales divinos, estarán diariamente a su disposición para satisfacerla plenamente.

“...Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos”.
(versículo 17)

Esa mirada interior, libre de todo lo que la pudiera empañar, estará así despejada y límpida para ver y contemplar la hermosura del Señor, tal como David se lo había propuesto hacer cada día, según lo expresa en el cuarto versículo del precioso Salmo 27.

Y la visión se irá ampliando más y más, y mirando en lontananza, se irán divisando nuevos horizontes nunca vistos antes.

En conclusión, vivir manchados y consintiendo el pecado en la vida sólo nos rebaja y denigra, teniendo como fin, si no se altera el rumbo, la ruina eterna del alma.

Por el contrario, el vivir en el amor y en verdadera luz y limpieza, dignifica y embellece la vida, de manera que desprenda la fragancia de Cristo y sea a la vez útil y fructífera.

Todo así se vuelve distinto y mejor, y pasamos a entender por qué la Biblia en más de una ocasión nos da la feliz frase que da su título a este capítulo:

“La hermosura de la santidad”

----- () -----

CAPÍTULO 5 – Más sobre la santidad

Al hacer tanto énfasis en la santidad, podemos a veces ser incomprendidos, como si no diésemos su debido valor a otras facetas importantes del vasto consejo de Dios.

Es claro que el evangelismo, el discipulado, la oración y la palabra, el fruto y los dones del Espíritu, la alabanza y adoración, los ministerios básicos delineados en Efesios 4, una visión correcta de la iglesia local y de la iglesia universal, y muchas cosas más, forman parte importante, cuando no insustituible, de un todo de las más vastas proyecciones. Prescindir de una o más de ellas siempre habrá de dar un cuadro incompleto, y a veces hasta muy deficiente.

No obstante, por algo la Biblia, de principio a fin nos presenta un hincapié constante en la limpieza y absoluta rectitud en la vida, a través de una gran variedad de prismas.

En efecto: si se desatiende ese aspecto, no dándole la debida importancia, se corre el riesgo muy concreto de caer en el pecado en una o más de sus múltiples formas. Y en ese caso, todo el esfuerzo y aun sacrificio de años y décadas, quedará frustrado y destrozado, con una secuela dolorosa de fracaso y tragedia.

Es por eso que insistimos sobre el tema. Lo hacemos ahora valiéndonos de dos palabritas que nos da la Biblia en reiteradas ocasiones y a través de distintos siervos de Dios. Las veremos de forma escalonada y progresiva, hasta llegar a la cima de la perspectiva más elevada, que, como no podría ser de otro modo, les confiere Jesús, el mediador del nuevo y mejor pacto, basado en mejores promesas (Hebreos 8:6)

“NO PEQUÉIS”

Esas son las dos palabritas que vamos a ir tomando. Empecemos por Éxodo 20:20:

“...porque para probaros vino Dios, y para que Su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis”.

a) Moisés – El temor del Señor.-

Aquí el conducto por el que nos vienen es Moisés, el gran legislador, levantado por Dios como uno de los varones más insignes de todos los tiempos. El contexto en el que se nos presentan es el del *temor de Dios*.

Tanto en Job 28:28, como en el Salmo 111:10 y en Proverbios 1:7 y 9:10, se nos dice con absoluta claridad y énfasis que *el temor del Señor es el principio de la sabiduría*.

¡Qué diferencia abismal entre esto y la filosofía de este mundo! Tantos y tantos seres humanos, faltos de la iluminación divina, andan a tientas o a ciegas, pensando encontrar la sabiduría en las fuentes más diversas y variadas, pero prescindiendo totalmente de esta máxima bíblica. Y así sus vidas discurren por la vía del error, y tristemente, como no podría ser de otra forma, llegan a un mal fin.

El tener una conciencia tierna y sensible al hecho de que hay un Creador Supremo, lleno de majestad y gloria, omnisciente y omnipresente, que ve, oye y comprende cada palabra que pronunciamos, cada acción que realizamos, cada motivación que albergamos; que a Él le debemos la vida, y en Sus manos está nuestro destino, tanto terrenal como en el más allá – y en base a todo ello, tenerle un temor sumamente respetuoso y reverencial – eso es, según la Biblia, el principio de la sabiduría.

Notemos, no es su fin ni su meta más alta, pero sí, digamos, un buen peldaño inicial, que nos permitirá subir más alto, apoyados sobre una base sana y sólida.

Debemos albergar ese saludable y bendito temor en nuestros corazones; tener muy presente que desagradarle, desobedecerle o deshonrarle, aparte de ser una gruesa incongruencia, no ha de redundar sino en nuestro propio perjuicio, y a menudo en el de nuestros seres más allegados y queridos. Y por ende, movidos por ese temor que es el principio de la sabiduría, hemos de cuidarnos muy bien de no pecar.

b) David.- “Temblad y no pequéis”. Salmo 4:4.

Como el ungido del Dios de Jacob y el dulce cantor de Israel, David tenía un conocimiento personal y profundo del Señor. De ello dan amplio testimonio los muchos salmos que compuso, en los que encontramos su gran riqueza y amplitud de visión en cuanto a la majestad, grandeza, santidad y misericordia de Dios.

La exhortación a temblar y no pecar que hemos citado es por demás significativa. Nos hace entender que él mismo era un hombre que sabía muy bien lo que es temblar delante de Dios.

Por supuesto que no se trata de un temblor de quien está asustado y preso de pánico, como sucede, por ejemp, con quien se despierta de una pesadilla después de haber estado viendo una película de terror.

El temblor a que aquí se refiere es el de una persona profundamente impactada por la presencia sacrosanta y todopoderosa del Eterno Dios – ese temblor que sabemos que experimentaban grandes siervos de Dios como Moisés (Hebreos 12:21) Jeremías (Jeremías 23:9), Daniel (Daniel 10:11b) y muchos otros. Muchas veces, como resultado de esas experiencias personales de la presencia de Dios, uno es tocado de una forma u otra por el Ser Divino. Y ese toque, a menudo comunica unas vibraciones que le hacen estremecerse con mayor o menor fuerza y duración, según el caso.

Quien desconozca esto podrá pensar que es extraño y hasta desaconsejable y aun peligroso. Sin embargo, quienes lo han vivido y experimentado de verdad, saben

muy bien que es algo muy precioso y bendito, en lo cual no se pierden los estribos ni hay ningún descontrol ni histerismo. Muy por el contrario, uno retiene la plenitud de sus facultades, mientras que el ser entero se sabe y se siente envuelto en la presencia divina.

Junto con otros beneficios, vendrá seguramente el de sentir un rechazo profundo del pecado, tal como lo presentan las cuatro palabras del subtítulo: *“temblad y no pequéis.”*

Digamos de paso que este corolario o resultado natural es lo que con toda lógica ha de esperarse de ésta, o cualquier otra clase de encuentro auténtico con el Dios vivo. Por ser un Dios tres veces santo, el estar cerca de Él y ser tocados por Su mano poderosa, no puede sino repercutir en una mayor santidad en nuestra vida.

Por otra parte, con frecuencia uno se plantea serios interrogantes en cuanto a experiencias o supuestos encuentros con el Señor, y de los cuales no se traduce ningún efecto en ese sentido – antes bien, la conducta inconsecuente, el desorden en la vida, etc., siguen en pie y sin haber sido afectados para nada.

Sepamos buscar al Señor de todo corazón – temblar ante Su gloria y santísima presencia. Y así encontraremos que empezaremos a sentir un muy saludable aborrecimiento del pecado – un hondo deseo de no pecar.

c)El apóstol Juan.- El acento tierno y entrañable de un venerable anciano.

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis” (I Juan 2:1)

En este tercer caso la exhortación viene a través de un venerable anciano, el apóstol Juan, quien se estima que al escribir esta epístola contaba entre 90 y 96 años de edad. La forma en que la presenta, según decimos en el subtítulo, es tierna y entrañable.

Después de abrir la epístola con esas hermosas verdades de un Dios que es todo luz, en el cual “no hay ningunas tinieblas”, y de la dichosa comunión con el Padre y Su Hijo Jesucristo, pasa a escribir esas palabras que hemos citado.

Las dos primeras: - *“hijitos míos”* – nos hablan de una ternura paternal que es tan amorosa como sabia y bondadosa. Porque ama de verdad y con mucho cariño a los destinatarios de su carta, les exhorta a que no pequen.

Lo hace porque quiere el bien de ellos; porque sabe que el pecar hace mucho daño a quien lo hace, y que, entre otras cosas, les interrumpiría y privaría de esa comunión tan bendita, y además, proyectaría tinieblas sobre sus vidas y conciencias.

Así, solícitamente preocupado por el bien de esos hijitos espirituales, les insta paternal y amorosamente a no pecar.

A ello agrega una aclaración importante:

“...y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”.

Esto nos da un equilibrio muy sano del cual haremos un breve comentario.

Las palabras *“...y si alguno hubiere pecado”*, con el verbo en subjuntivo, nos hablan de algo accidental y con carácter de excepción, no de una regla fija que debe regir nuestras vidas como una constante diaria.

Se admite la posibilidad de que alguien haya pecado o peque, señalándose en seguida que en tal caso no todo está perdido. Hay un Abogado que defiende nuestra causa ante el Padre y Juez Supremo, y lo hace con toda eficacia en base a Su perfecta ofrenda expiatoria a nuestro favor. Se sobrentiende que esto siempre será en base a una confesión sincera, acompañada de un arrepentimiento real, según los versículos finales del capítulo primero, en particular el 9:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

No obstante, lo mejor desde todo punto de vista es hacerse eco con firme propósito de la exhortación a no pecar. La misma viene con tanta bondad y gracia que no es nada difícil asumirla plenamente. Y así mantendremos intacta nuestra hermosa comunión con el Padre y Su Hijo Jesucristo, y no veremos nuestro camino oscurecido por tinieblas de ninguna especie.

d)El apóstol Pedro.- La virtud santificadora del sufrimiento.-

Aunque sin usar precisamente las dos palabritas “no pequéis”, Pedro nos habla en más de una ocasión en el mismo sentido.

Veamos una de ellas, contenida en I Pedro 4:1:

“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado”.

Aquí tenemos otro aspecto: el de la virtud que tiene el sufrimiento – desde luego que correctamente enfrentado – como un poder santificador para nuestras vidas.

A veces hemos tomado como ejemplos en nuestra prédica oral a dos grandes personajes bíblicos, a quienes les tocó padecer mucho dolor por la causa de Dios: Jeremías y Pablo.

Tanto el uno como el otro serían absolutamente incapaces, por ejemplo, de darse vuelta para mirar de arriba abajo a una mujer coqueta o de minifaldas, o de enredarse con fines de lucro en algún negocio turbio. Si bien esto seguramente podría y debería decirse de todo auténtico siervo del Señor, en el caso particular de esos dos, la naturaleza dolorosa y sufrida de sus trayectorias nos hace descartar de plano semejante posibilidad. En efecto, los fuertes padecimientos que tenían que afrontar, sin duda los movían a apoyarse firmemente en la gracia divina para sobrellevarlos, y no les dejaban fuerzas, tiempo ni ánimo para darse al pecado en esas dos, ni en ninguna otra de sus formas.

Refiriéndose a la disciplina a la que Dios, como nuestro Padre celestial nos somete, el autor de Hebreos nos dice:

“Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad”. (12:10)

El sufrimiento, reiteramos – correctamente enfrentado – también nos humilla de una forma muy saludable. Y esto, además de despojarnos de la arrogancia y el engreimiento, nos lleva a guardar más cumplidamente la palabra de Dios.

“Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra.” (Salmo 119:67).

A menudo oímos citar las palabras de Romanos 8:28:

“...a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien;...”

Debemos tenerlo muy claro, por el contexto, que ese bien no es nuestra comodidad, alegría, prosperidad o bienestar, sino que seamos conformes a la imagen de Cristo (8:29). Y no pocas veces, esas cosas que nos ayudan con ese fin son adversidades, pruebas y padecimientos. Pero con ellos vendrá siempre una gracia que nos permita sobrellevarlos, y el resultado será que esa imagen de Cristo, el varón santo, manso y humilde, lleno de amor, rectitud y verdad, se vaya forjando progresivamente en nosotros.

A nadie le gusta el sufrimiento, ni el dolor ni la prueba. Pero si hemos puesto nuestra vida incondicional y totalmente en Sus manos, Él no permitirá ninguna tribulación innecesaria o que sea más fuerte de lo que podamos soportar. Y además, como ya hemos dicho, fluirá de Su parte hacia nosotros la gracia suficiente para asumirla debidamente y salir airosos. Y el corolario o consecuencia natural será un

gran enriquecimiento de nuestras vidas, no sólo en términos de santidad, sino también en cuanto a la calidad y cantidad de fruto que llevemos.

e) El apóstol Pablo.- Velar debidamente.-

“Velad debidamente, y no pequéis; porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo.” (I Corintios 15:34)

En esta nueva aparición de nuestras dos palabritas “no pequéis”, encontramos otra faceta de singular importancia: el velar debidamente.

Por supuesto que no significa una vigilia permanente, pues ningún mortal la podría sobrellevar. En cambio, quiere decir que además de cualquier ayuno y vigilia que hagamos, debemos estar en un estado de alerta y vigilancia continuo contra todo lo que pueda suponer el salir de la comunión con el Señor, o contristar al Espíritu Santo en cualquier manera.

El exceso de confianza, que puede fácilmente conducir a tomar libertades indebidas o a abandonar la disciplina del Espíritu, ha sido un enemigo formidable de muchos buenos siervos de Dios. El dejarse arrastrar por él les ha costado muy caro.

Como siempre, en esto Jesús también es nuestro modelo perfecto. Al ser llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mateo 4:1), podríamos suponer, razonando carnalmente, que Él podría estar totalmente despreocupado y que no necesitaba tomar ninguna precaución especial, tratándose del Eterno Hijo de Dios, inmensamente superior a Satanás en poder.

Sin embargo, estaba plenamente consciente de que no podía correr ni el más mínimo riesgo de caer en la tentación del maligno, pues esto habría tenido las repercusiones más desastrosas que nos podamos imaginar. Por lo tanto, vemos que ayunó durante 40 días, y además, seguramente estuvo en la más estrecha e íntima comunión con el Padre, a fin de afrontar la contienda en condiciones ideales y no dejarle al enemigo ni el más ínfimo resquicio por el cual pudiera filtrarse.

Esto no hace sino reforzar con mucho énfasis el consejo de Pablo en el sentido de *velar debidamente*. Ello no representa perder nuestro reposo en Dios ni entrar en un estado indebido de ansiedad o temor. Pero sí significa que hemos de vivir y actuar con mucha cautela y prudencia, cuidándonos muy bien de todo lo que sea contaminante, turbio y aun dudoso, para poder así conservarnos puros e íntegros en todo sentido.

La segunda parte del versículo es altamente significativa y merece un comentario aparte.

“...porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo.”

No debemos olvidar que esto va escrito a la iglesia que Pablo mismo había fundado en Corinto. Dios le había dicho que tenía mucho pueblo en esa ciudad, y perseverando en la proclamación del evangelio pudo ver como muchos de los corintios creían y eran bautizados. (Los Hechos 18:8-10)

En total, debe haber estado en esa ciudad por unos dos años (18:11 y 18) enseñándoles la palabra de Dios. En I Corintios 1:5 y 7 vemos que habían sido enriquecidos en Cristo en toda palabra y ciencia, y no les faltaba nada en ningún don.

Sin embargo, lo citado más arriba nos hace ver la cruda y triste realidad de que algunos de ellos *no conocían a Dios* – cosa que Pablo afirmaba para vergüenza de ellos como iglesia.

Efectivamente: había habido entre ellos un caso de gruesa inmoralidad, que en vez de ser juzgado y lamentado profundamente, les había movido a envanecerse, tal vez pensando que se trataba de un buen ejemplo de libertad cristiana. Además, había pleitos entre hermanos, que no se resolvían fraternal y mansamente en el seno de la iglesia, sino que se llevaban ante tribunales de este mundo, dando una pésima

imagen ante los de afuera. Y como si esto fuera poco, celos, contiendas y disensiones, abusos en el empleo de los dones espirituales y desórdenes en las reuniones fraternales de comida – algunos comiendo abundantemente, otros pasando hambre y algún otro embriagándose (I Corintios 11:21-22)

Ante un panorama tan deplorable, Pablo no podía menos que afirmar que algunos – a pesar de haber sido bautizados y también adoctrinados en muy buena medida – *en realidad no conocían a Dios*. Prueba evidente y elocuente de ello la daba esa conducta de ellos, realmente vergonzosa en algunos casos.

Quien de veras conoce a Dios, impactado por Su majestad y Su santidad temible y terrible, no puede sino ordenar y disponer su vida en un plano acorde con todo ello. Lo cual lo ha de mover a tomarse muy en serio cada día de su vida, la exhortación de estas dos palabritas – *no pequéis* – cuya hilación bíblica seguimos trazando.

f) Jesús.-

De la boca de Jesús proceden, no las palabras *no pequéis*, sino otras bastante parecidas, pero que en realidad tienen una proyección mucho mayor y más elevada. Sobre esto último matizaremos más adelante.

Literalmente, sus palabras fueron “no peques más” y las dijo en dos oportunidades, ambas consignadas en el evangelio de Juan.

La primera está en Juan 5:14

“...no peques más, para que no te venga alguna cosa peor.”

Esto nos señala el aspecto muy importante y solemne de la responsabilidad que recae sobre nuestra vida, cuando recibimos una manifestación de la misericordia o favor especial del Señor.

Aunque no tenemos ninguna constancia expresa en tal sentido, conceptuamos que una posibilidad razonable sea que el pecado particular de este hombre haya sido el de blasfemar. El ver a tantos y tantas pasar caminando normalmente a su lado, mientras que él, por larguísimo tiempo se encontraba totalmente impotente e incapaz de hacerlo, puede muy bien haberlo llenado de amargura y resentimiento contra Dios. Y un corazón en ese estado siempre es muy propenso a responder a un susurro diabólico que lo incite a blasfemar.

Estando ahora totalmente sanado, seguramente que esa blasfemia – o *cualquier otro pecado que pueda haber sido* – había quedado atrás y completamente superado. Pero siempre cabía la posibilidad, ante cualquier prueba o adversidad que le golpease, que la vieja y mala costumbre – de blasfemar o de lo que fuere – volviese a presentársele como una tentación muy concreta.

Pero ahora, como depositario de esa gracia tan especial de haber sido sanado total y milagrosamente, no debía de ninguna forma ceder ante la misma. El hacerlo habría significado el volver a edificar lo que con toda razón ya había derribado (Gálatas 2:18). Y aun más grave que eso, el volverse contra la luz que lo había sacado de las tinieblas, y contra la mano bondadosa y llena de poder que había hecho para él lo que ningún otro jamás podría ser. Y eso sólo podría acarrearle las consecuencias más nefastas y terribles.

La otra ocasión en que Jesús pronunció estas dos palabras se encuentra en Juan 8:11:

“...Ni yo te condeno; vete, y no peques más.”

El relato del contexto es uno de los más conocidos de entre los muchos que nos brindan los cuatro evangelios.

Mientras Jesús enseñaba en el templo, fue bruscamente interrumpido por un grupo de escribas y fariseos, que traían una mujer sorprendida en el acto mismo del adulterio. Dirigiéndose al Maestro, le recordaron que Moisés había mandado que la

mujer que hiciese tal cosa debía morir apedreada, y le preguntaron qué decía él al respecto.

Antes de continuar, debemos aclarar que lo que ellos afirmaban era solamente una media verdad, pues como vemos en Deuteronomio 22:22, en casos como esos, ambos – el hombre y la mujer – debían ser muertos. Pero quizá el hombre había sido muy listo y lo dejaron escapar – o tal vez tenía un par de puños muy bien dispuestos, y no se atrevieron a enfrentarlo.

Lo cierto es que tomaron a la débil mujer, procurando usarla como instrumento para sus malas intenciones, buscando desconcertar o confundir a Jesús de manera que titubease, y acaso también tartamudease, sin atinar a dar una respuesta clara y certera. Así pensaban ellos que echarían por tierra su fama y la admiración con que era visto y escuchado por todos, y que tanto les llenaba a ellos de ira y envidia.

La verdad es que ¡no sabían con quién se iban a encontrar!

Sin inmutarse en lo más mínimo, con la más serena calma, Jesús se inclinó y se puso a escribir con los dedos en la tierra, sin pronunciar ni una sola palabra.

Tras unos momentos de silencio, uno de ellos le requirió que les contestase la pregunta que le habían hecho. Incorporándose, Jesús les replicó:

“...El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella”, tras lo cual volvió a inclinarse y siguió escribiendo en tierra.

Esas palabras del Maestro fueron tan contundentes que quedaron totalmente desarmados. De haberlas dicho cualquier otro mortal, poco o ningún efecto habrían tenido. Pero resulta que procedían, nada menos que del único personaje en toda la historia del mundo que jamás cometió el menor pecado, antes bien se mantuvo toda la vida en la más absoluta e inmaculada pureza.

De esta manera, Su rostro y Su persona se convirtieron en un espejo límpido y brillante, en el cual todos ellos se vieron reflejados como lo que en realidad eran – seres llenos de pecado, maldad, hipocresía y mucho más también. Y así, acusados por sus conciencias, no pudieron menos que comenzar a retirarse uno tras otro, desde el mayor hasta el menor, no quedando en el lugar ni uno solo de ellos.

Como nos sigue contando el relato, al levantar la vista Jesús y ver que todos se habían marchado, le preguntó a la mujer dónde estaban los que la acusaban, y si ninguno de ellos le había condenado.

Su breve respuesta – “...Ninguno, Señor” – dio lugar a las maravillosas palabras de gracia contenidas en el versículo 11:

“...Ni yo te condeno; vete, y no peques más”.

En esto hay tanta sustancia, que se hace necesario desmenuzarlo, extendiéndonos un poco.

Primeramente pensemos en qué habría sucedido si el Señor se hubiese limitado a decirle “*ni yo te condeno*”, omitiendo la segunda parte.

Seguramente que se habría ido sintiendo una sensación de alivio y tal vez aun de bienestar, al ser absuelta por ese personaje tan especial, al que había sido llevada por sus acusadores.

Pero inevitablemente, después de quizá no mucho tiempo, habría vuelto a su acostumbrada forma de vivir, sumergiéndose tristemente en el fango del adulterio otra vez. Y así un sentir de culpabilidad y vergüenza la volvería a embargar, de tal manera que ese encuentro con Jesucristo quedaría como un mero recuerdo de algo hermoso pero muy fugaz, y totalmente empañado por la pesadilla y la desgracia de seguir siendo la misma de antes.

Evidentemente, ella necesitaba mucho más que ser perdonada y absuelta, y a eso pasamos a continuación.

Nos llama la atención lo que el Señor hizo al ser increpado por los ancianos y fariseos – *se inclinó y se puso a escribir en tierra con los dedos*. Cabe suponer que en vez de eso pudo haber hecho muchas otras cosas: decirles que no procedía que lo interrumpieran de esa forma; mandarlos a buscar y traer al hombre que había estado implicado en el adulterio; reprenderlos por las malas intenciones que traían; leerles las palabras de Deuteronomio 22:22 para hacerles ver que lo que ellos afirmaban en cuanto a la ley mosaica sobre el particular era incompleto, sólo una media verdad que implícitamente llevaba a una gran injusticia, etc. etc.

Sin embargo, nada de eso – sino que se inclinó y se puso a escribir en tierra con los dedos.

Aquí es digno de señalarse que ésta es la única vez que se consigna en los evangelios que Jesús haya escrito – no que no lo haya hecho otras veces, que seguramente lo hizo, pero ésta, como decimos, es la única de que tenemos constancia.

Además notemos que no escribía con pluma ni lapicero, ni sobre un trozo de papel, ni una pared, ni un pupitre – sino sobre la tierra.

Dando rienda suelta a nuestra imaginación, nos preguntamos en qué estaría pensando Jesús en esos momentos. No tenemos un asidero expreso en el relato que Juan nos da, pero nos gusta suponer que en comunión con el Padre, estaría reflexionando sobre la triste situación de esa mujer, que había sido creada para ser a imagen y semejanza de Dios, y sin embargo estaba viviendo enredada en el adulterio.

En esa línea de pensamiento y comunicación con Su Padre, mientras escribía en la tierra, Sus palabras muy bien podrían haber sido algo como esto:

“Padre, he venido para traer a los seres humanos el Nuevo Pacto, con la ley divina escrita en sus corazones. Y sobre esta pobre pero preciosa mujer que Tú has puesto delante de mí, que tristemente ha llevado el adulterio en su corazón por mucho tiempo, ahora, en su vida nacida del polvo de la tierra, comprendo que Tú deseas que escriba esta ley Tuya – el séptimo mandamiento: *“No cometerás adulterio”*.

Y así pasó del dicho al hecho.

¿Cómo?

Con Sus palabras *“Vete y no peques más”*.

Él mismo nos dijo en Juan 6:63:

“...las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”

Si bien el Espíritu Santo no había sido derramado en plenitud aún, no cabe duda de que quienes recibían sus palabras, absorbían algo de Su Espíritu. Y junto con ello iba también algo intrínseco de Su propia vida – la del varón que nunca miró indebidamente a una mujer, sino que en todo y por todo vivió en la mayor blancura y pureza que podamos imaginar.

Esas palabras Suyas, dichas por cualquier otro mortal, no habrían tenido el mismo valor. Por ejemplo, en boca de los escribas y fariseos que la acusaban, habrían cobrado un tono de desprecio y condenación que las haría totalmente ineficaces, y al mismo tiempo sumamente contraproducentes.

En cambio, brotando de los labios de Jesús, iban cargadas de la gracia y virtud del verdadero amor, y no nos cabe duda que deben haber sido totalmente transformadoras.

El relato no nos cuenta más, pero con el mayor fundamento podemos pensar que de ahí en más esa mujer pasó a ser totalmente distinta. No en el sentido exagerado y extremista que uno ha oído en alguna ocasión, como que las palabras, tomadas al pie de la letra, denotaban no volver a pecar de ninguna forma ni una sola vez más. Si eso significa ni un momento de impaciencia, ni una palabra fuera de

lugar, en fin, un ser que ya ha alcanzado la perfección final y absoluta – nuestra reacción, rotunda y categórica, es **NO**.

Semejante postura lamentablemente existe en algunos lugares, aunque afortunadamente muy pocos. El insistir en ella, y sin aclarar bien las cosas, sólo puede traer condenación y suplicio a las almas tiernas y sensibles que la reciban y acepten así como se la da – de manera tajante y absoluta.

Por eso aclaramos la forma en que sin suda esas palabras deben interpretarse. No, esa mujer no pasó seguramente desde entonces a ser un dechado de perfección e infalibilidad. Aquí y allá, en medio de presiones o dificultades, alguna palabra o algún gesto o sentimiento no acorde con la más cumplida gracia y humildad, muy bien puede haberse advertido en ella.

Pero eso sí, que no nos quepa la menor duda – esa plaga del adulterio que la había denigrado y rebajado en su triste pasado, quedó desterrada de su vida, y en ese aspecto, con toda seguridad que no pecó más.

Dijimos más arriba que las palabras de Jesús “no peques más” tienen una proyección mayor y más elevada que “no pequéis”. Y según anticipamos, pasamos ahora a matizarlo.

En primer lugar, van en el singular, lo que les da un carácter más directo y expreso: se dirige a uno de forma *personal*. Eso es de la mayor importancia, y aplicadas por el Espíritu Santo, su eficacia resulta indudable y contundente.

Pero además tenemos el agregado de la palabrita *más*, que les confiere un mayor valor aun. En efecto: ya sea por la vía del temor, o la de temblar ante la majestad de Dios, o las demás que hemos examinado anteriormente, se puede lograr indudablemente un dejar el pecado, al sentirse alguien impactado por medio de alguna de esas diferentes vías. Pero bien puede resultar que después de un tiempo, pasado el efecto de ese impacto, se vuelva a lo de antes, reincidiendo en el pecado.

En cambio, esa palabrita *más* nos habla de un efecto duradero – de algo más sólido, cuyos beneficios han de perdurar todo el resto de la vida. No que quien lo reciba podrá despreocuparse, dejar de orar y velar, etc. Pero lo que surge y queda de todo esto, es que en un plano normal y dando por sentada una conducta sensata y vigilante, se ha de esperar que el remedio no sea transitorio sino duradero - para todo el resto de la vida.

---- () ----

La narración de Juan no nos dice nada más sobre la mujer protagonista de este episodio. Extendiéndonos un poco más con nuestra imaginación, podemos visualizar con buena base, como queda dicho más arriba, que de ahí en más fuese una mujer totalmente distinta.

Seguramente las vecinas lo advertirían en su semblante, su vestir y su conducta. Ya no era la de antes, ni nada por el estilo, sino en realidad una persona muy diferente. Y nuestra imaginación nos lleva más allá: a pensar que ese cambio tan notorio vendría a ser el tema de la conversación de las vecinas, como algo de inquietante curiosidad.

Eventualmente, una de ellas no podría resistir la tentación de dirigirse a ella preguntándole:

“Muy buenos días, buena vecina.”

Y a la devolución del saludo, continuar con algo tal vez como esto:

“Me ha de disculpar – pero es que la veo tan contenta y transformada. ¿Me podría decir a qué se debe?”

Y entonces vendría el relato a través de la forma en que ella había vivido y visto las cosas. Tal vez lo expresaría de esta forma:

“Pues, en realidad, todo cambió en mi vida desde ese día en que por primera vez me encontré con ese hombre tan maravilloso – el que lo llaman Jesús de Nazaret.”

“Ud. sabe cómo era y cómo vivía yo antes - no hace falta que se lo diga. Y sucedió que los escribas y fariseos, al descubrirme en lo de siempre, me tomaron y llevaron a la rastra ante Él. Le dijeron que según había dicho Moisés, a mí había que apedrearme, pero ¿qué pensaba Él que había que hacer?”

Por unos momentos no les contestó nada, pero al preguntárselo otra vez, mirándolos fijamente y con mucha calma, les dijo que el de ellos que estuviera sin pecado me arrojase la primera piedra.”

“No sé qué les pasó a ellos, pero la verdad es que al decirles Él eso, uno por uno se fueron marchando, y al final no quedó ni uno solo de ellos.”

“Y entonces ¿qué pasó?, le interrumpe la vecina.

“Pues Él me preguntó dónde estaban los que me acusaban y si ninguno me había condenado. Yo le dije que ninguno, y fue entonces que Él me dijo unas palabras tan maravillosas que no las olvidaré nunca”:

“*Ni yo te condeno. Vete y no peques más.*”

“En realidad no lo sé comprender ni explicar, pero al oírle decir eso, algo pasó dentro de mí que me ha cambiado y hecho otra mujer”.

“Esas palabras –*vete y no peques más* – me han transformado tanto... Aquello que antes hacía, ahora no sólo no lo hago más, sino que lo aborrezco de verdad...y ahora en mi vida lo que más anhelo y busco, es ser limpia y pura como ese hombre tan maravilloso que se llama Jesús.”

---- () ----

Hace unos buenos años, al terminar de contar y comentar este relato en una de las muchas iglesias gitanas de Madrid, los hermanos entonaron una canción titulada “La Sunamita”, en base al libro del Cantar de los Cantares.

Como en su narración en el evangelio Juan no nos da el nombre de esta mujer, a través de la historia los predicadores siempre la han identificado como *la mujer adúltera*, o bien *la mujer sorprendida en adulterio*.

¡Qué feo y qué hiriente sería, por ejemplo, referirnos a un hombre que era alcohólico antes de su conversión como “*el borracho*” o bien “*el alcohólico*”! O a uno que en su pasado sin Cristo robaba y mentía, como “*el ladrón y mentiroso*”. Y esto sencillamente por desconocer su nombre.

Pues con esa querida mujer, eso es lo que ha estado pasando desde muchos púlpitos por varios siglos...

Y al oír esa canción, como un broche de oro agregado al relato, pudimos pensar y entender que en el más allá, en el cielo y la presencia del Señor, por cierto que no se la llama de esa forma.

En cambio, por la transformación operada por la gracia sin igual en su vida, ahora se la conoce como

LA PALOMA MÍA – LA PERFECTA MÍA – LA SIN MANCHA.

Porque ésa es la meta más alta de la santidad y de la gracia, no sólo para ella, sino para todos los genuinamente redimidos. Nuestro pasado, por vil y vergonzoso que haya sido, queda totalmente anulado y sepultado en el olvido más absoluto. Y en su lugar, una vida nueva, hermosea y dignificada; y esto, de tal modo, que es como si no tuviésemos historia pasada, y que, en cambio, se nos vea y reconozca como seres tan limpios y puros como el mismo Cordero inmaculado que nos redimió.

Ésa es la cumbre gloriosa a la que nos conduce la verdadera santidad. Ánimo entonces, amado lector – sigue avanzando con fe y perseverancia, que por la gracia de Dios y la obra del Espíritu Santo, tú también llegarás a alcanzarla. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO 6 – El libro sin igual

Como no podía ser de otra forma, la vida del buen lado del Jordán – la vida en abundancia que estamos tratando - es una vida que se nutre y se sustenta con la palabra de verdad -el gran libro que Dios nos ha dado.

Comenzando en una escala muy elemental, veamos el importante lugar que estaba dispuesto que los reyes de Israel debían darle al asumir el reinado.

“...y leerá en él todos los días de su vida”...

Estas palabras forman parte de un pasaje en Deuteronomio 17 que va del versículo 18 al 20. En el mismo, el Señor disponía que cada rey de Israel, al sentarse sobre el trono, debía escribir para sí en un libro una copia del original de la ley mosaica, que se encontraba bajo el cuidado de los sacerdotes levitas.

Ese libro lo debía tener consigo, y según lo citado arriba, debía leerlo todos los días de su vida. Los beneficios resultantes serían de incalculable valor para él, para su reino y también para su posteridad.

Veamos la forma en que se nos presentan esos beneficios.

a) “...para que aprenda a temer a Jehová su Dios” (versículo 19)

El principio de la sabiduría es el temor del Señor, lo cual, según hemos visto, se nos dice dos veces en Proverbios, y también en Salmos y Job. Tener un temor respetuoso y reverencial del Todopoderoso da una base sana y sabia a nuestra vida, mientras que por el contrario, carecer de él hace que uno esté privado de buen fundamento, y quede expuesto a una trayectoria desafortunada y un fin catastrófico.

Con tantas pruebas y muestras de la existencia de un Creador Supremo que tenemos a nuestro alrededor, tanto el negarlo como el obrar sin tener en cuenta que somos responsables ante Él por cuanto hagamos en la vida, constituye una necesidad ruinosa, que sólo puede acarrear a la postre consecuencias funestas.

En cambio, reconocerlo y temerle de la forma respetuosa y reverencial que ya hemos señalado, nos hace personas sensatas y sabias, dándonos un sólido punto de apoyo en la vida.

Y esta virtud de temer al Altísimo, se obtiene y se estimula con la lectura diaria y consecuente de la Biblia. Al practicarla con avidez y apertura de corazón, se va absorbiendo una muy saludable inclinación a apartarse de cuanto le ofenda a Él o represente deshonrarle en cualquier forma. Y esto no puede sino aportar muy buenos beneficios de todo orden.

b)...para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra” (versículo 19b)

Como ya hemos esbozado más arriba, el resultado de que el rey aprendiese y absorbiese el temor del Señor, sería que pondría Sus mandamientos por obra, con las consiguientes bendiciones para él y su reino prometidas en esa misma ley.

Monarcas ilustres como David, Ezequías y Josías entre otros, así lo hicieron. Como consecuencia, en sus reinados hubo paz, prosperidad y bendición. En cambio, muchos otros, tanto en Israel como en Judá, se despreocuparon totalmente del libro que debían haber leído atentamente cada día. Esto hizo que no llegaran a temer al

Señor para nada, y en todos los casos acarreó mucho daño y perjuicios irreparables para ellos y el pueblo sobre el cual reinaron.

c")...para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos..." (versículo 20a)

La soberbia y altivez de espíritu conducen al quebrantamiento y la caída (Proverbios 16:18). Esto no es una mera teoría, sino algo muy práctico y real, comprobado una y otra vez a lo largo de los tiempos.

El engreírse o envanecerse tiene la particularidad de ser algo tan engañoso, que con frecuencia quien lo padece no es consciente de ello.

Muchos son los que, como el rey Uzías, en la hora del éxito su corazón se ha enaltecido para su ruina. Asimilando los consejos que las Escrituras nos dan reiteradas veces, habrá de hacernos propensos a mantenernos humildes, y a recordar siempre, que necesitamos a diario de la gracia y protección divinas en todos los órdenes de la vida.

d")...ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra." (vers. 20)

Entre muchas otras virtudes, la palabra de Dios tiene la de convertirse en un semáforo que nos da señales con toda claridad – ya sea el verde para avanzar en la seguridad de que vamos bien, o el ámbar y el rojo para advertirnos que corremos peligro.

"...a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel."

Una bendita promesa: prolongación de vida sobre el trono – extensiva también a los hijos. La palabra que nos trae el consejo de lo alto, debemos guardarla en medio de nuestro corazón, pues es vida a los que la hallan, y medicina a todo su cuerpo. (Proverbios 4:22)

Efectivamente: al abrazarla celosamente y ordenar toda nuestra vida según sus sabios dictados, no sólo nos beneficiamos espiritual, moral y anímicamente, sino también en el orden físico. Esto no supone, desde luego, la postura extrema que sostienen algunos de garantizarnos la sanidad siempre, o bien de nunca enfermarnos; en cambio, sí significa que gozaremos, como norma general, de buena salud para poder así vivir en la voluntad de Dios cada día.

Pasemos ahora a algo muy bonito y destacado que se encuentra en los salmos.

La joya aliterada de David.-

Aunque no hay constancia expresa de ello, se acepta generalmente que el salmo 119 fue compuesto por David.

En lo que constituye una joya desde todo punto de vista, el original hebreo está dividido en 22 secciones, cada una de ellas correspondiente a una de las 22 letras del abecedario hebreo. En nuestras traducciones, estas letras figuran al principio de cada sección.

Como muchos sabrán, en el hebreo la primer palabra de cada oración comienza con esa misma letra a todo lo largo de la sección, con un efecto muy agradable, el cual, naturalmente, no es posible reflejar en la traducción a otros idiomas.

Sin embargo, no es eso lo más importante de este salmo, sino algo más significativo y de mayor valor. Efectivamente, en cada uno de sus 176 versículos encontramos una alusión a la palabra de Dios, expresada con una gran variedad de vocablos.

Aquí van algunos de ellos: tu ley, tus mandamientos, testimonios, caminos, preceptos, estatutos, tus justos juicios, tu palabra, tus dichos, los juicios de tu boca, la palabra de verdad, tu fidelidad, tu ordenación, tus mandatos.

Con la única excepción de los versículos 122 y 13 - por lo menos en nuestra versión en castellano de 1960 - todos los demás hacen mención de la palabra de Dios valiéndose de uno o más de esos diversos vocablos.

Una forma muy elocuente de presentarnos nada menos que 174 veces, y a través del prisma de la rica experiencia y aspiración del salmista, el lugar y el rol insustituible de la palabra de Dios.

Ninguna como ella para guardarnos, nutrirnos y guiarnos – y al mismo tiempo para mostrarnos el camino hacia el buen lado del Jordán, y advertirnos de los falsos atractivos que nos pueden desviar o estorbar para que sigamos en el mal lado.

La espada formidable e invencible.-

“...Eleazar hijo de Dodo, ahohíta, uno de los tres valientes que estaban con David cuando desafiaron a los filisteos que se habían reunido allí para la batalla, y se habían alejado los hombres de Israel.”

“Éste se levantó e hirió a los filisteos hasta que su mano se cansó, y quedó pegada su mano a la espada. Aquel día Jehová dio una gran victoria, y se volvió el pueblo en pos de él tan sólo para recoger el botín.” (2ª. Samuel 23:9-10)

Un hermoso pasaje en el cual vemos en acción a este valiente de David, Eleazar hijo de Dodo. Notemos en primer lugar que los hombres de Israel se habían alejado, y que sólo volvieron después de haber sido ganada la batalla, y con el fin de recoger el botín.

Así es muchas veces en la práctica. En la hora oscura y difícil de la lucha muchos se repliegan o retiran; en cambio, cuando la misma ha pasado y viene la bendición derivada del triunfo, regresan para participar y disfrutar de ella.

En esa encrucijada que nos da el primero de los dos versículos citados, Eleazar miró hacia adelante y no vio más que enemigos. Miró hacia atrás y vio que los de Israel, su pueblo, se habían alejado dejándolo solo. Pero tuvo una tercera opción, que fue la de mirar hacia arriba. Allí, con los ojos de la fe vio que el Dios Invisible estaba firme en Su lugar habitual, y no se había marchado en absoluto.

Entonces, con el gran corazón de luchador que tenía, echó mano de la espada y empezó a repartir por derecha e izquierda, arriba, abajo y por los cuatro costados. Su espada así volaba dando a trocha y mocha a los filisteos, que iban cayendo como muñecos uno tras otro.

Una vez completada la victoria, seguramente jadeante por el gran esfuerzo realizado, quiso dar descanso a su diestra agotada, deponiendo la espada y pensando colocarla en su lugar dentro de la vaina.

Pero ¿qué pasa? Resulta que no puede, pues la espada, de tanto emplearla ¡se le había pegado a la mano! ¡Su mano y su brazo estaban unidos a la espada en una sola pieza!

Así es el hijo de Dios que hace un uso prolífero, diario y continuado, de la palabra de verdad, tanto en sus luchas como en todas las vicisitudes de su carrera - leyéndola con avidez y perseverancia, aferrándose a ella y sus promesas en las crisis, estudiándola con ahínco, comiendo y bebiéndola con hambre y sed, aplicándola y dejándose regir por ella en cada situación en que se encuentra. Así, esa palabra se encarna en su vida y su persona, de tal manera que él y ella pasan a estar unidos, como hemos dicho, en una sola pieza, y como Eleazar hijo de Dodo, la encuentra ser lo que en verdad es – *la espada formidable e invencible*.

Bien podemos pronunciar, en cuanto a ella, las palabras de David cuando el sacerdote Ahimelec le ofreció la espada de Goliat, al que él había vencido en una memorable ocasión anterior:

“Ninguna como ella; dámela.” (1ª. Samuel 21:8-9)

Que cada uno de nosotros sea de la estirpe de David y de Eleazar, valorando debidamente la espada de la palabra de Dios y haciendo pleno uso de ella siempre. Recordando desde luego que en nuestra época la espada no se lleva en la mano, sino en la boca, como Jesús en Apocalipsis 1:16.

Sus siete virtudes – altísimo valor – exquisita dulzura y gran galardón.-

En el precioso Salmo 19 tenemos, del versículo 7 al 11, un riquísimo pasaje que nos habla con claridad y sencillez de las muchas bondades de la ley y los mandamientos de Dios.

Las listamos, prácticamente sin comentarios, pues todas hablan de por sí.

- 1) La ley perfecta – que convierte el alma;
- 2) El testimonio fiel – que hace sabio al sencillo;
- 3) Los mandamientos rectos – que alegran el corazón;
- 4) El precepto puro – que alumbra los ojos;
- 5) El temor del Señor – que es limpio y permanece para siempre;
- 6) Sus juicios, que son verdad – todos justos;
- 7) Además, sirven para amonestar a Sus siervos.

David establece su valor como algo tan elevado, que lo hace más deseable que el oro y que mucho oro afinado.

Asimismo, la dulzura que encuentra en la palabra de Dios sobrepasa la de la miel – aun la de la más pura que destila del panal. Y termina diciendo que en guardarla hay grande galardón.

Es solamente el corazón de quien vive en el Espíritu y muy cerca de Dios, que puede valorar la palabra divina de esta forma tan tierna y exquisita.

El ejemplo de Pablo y los demás apóstoles.-

En el Nuevo Testamento vemos que los apóstoles eran todos hombres de la palabra. Si leemos con cuidado en Los Hechos, hemos de notar vez tras vez, sobretodo en los primeros 20 capítulos, la importancia capital que tenía la palabra del Señor en toda la actividad de la iglesia primitiva.

Asimismo, los autores de las epístolas a menudo citan pasajes del Antiguo Testamento para edificar sobre ellos, y ampliar la enseñanza y exhortación dirigida a las iglesias.

Como muestra elocuente de esto podemos tomar la epístola a los Romanos. En la misma Pablo utiliza, entrelazadas con toda su rica exposición teológica, citas de Habacuc, Salmos, Isaías, Oseas, Génesis, Éxodo, Deuteronomio, Malaquías, Levítico, Joel, 1ª de Reyes, Jeremías, Job, Proverbios y 2ª de Samuel – nada menos que de 15 libros distintos en total. Además, debemos agregar que, mientras que de algunos libros sólo cita una vez, de los Salmos, Isaías y los libros del Pentateuco lo hace en un buen número de ocasiones diferentes.

Jesús y Su ejemplo.-

Aun con ser el Hijo Eterno de Dios, el Logos encarnado que vivía en perfecta comunicación con el Padre, Jesús nunca prescindió de las Escrituras, ni las desestimó ni les restó importancia. Muy por el contrario, siempre las enalteció, y tal era Su confianza en su absoluta fiabilidad, que en una oportunidad llegó a declarar que “la Escritura no puede ser quebrantada.” (Juan 10:35b)

Además, al referirse a pasajes cuestionados por los escépticos, evolucionistas y la llamada alta crítica, tales como el relato de la creación, los tres días y noches que Jonás estuvo en el vientre del gran pez y otros, Jesús siempre los convalidó dando por sentada su total veracidad.

¿Por qué tantos encuentran la Biblia árida y carente de vida y frescura?

Si muchos creyentes se sincerasen en esto, sin duda que tendríamos que un elevado porcentaje admitiría la verdad en su experiencia práctica, de la problemática que va en el subtítulo. Un buen número reconocería que disfrutan más de escuchar cintas grabadas, ver videos o leer libros amenos – todos ellos cristianos, se sobrentiende.

En cambio con la Biblia les resulta distinto... por lo menos algunos la han leído varias veces, y tantos pasajes les son tan familiares, que los encuentran faltos de interés, y a veces, hasta aburridos.

Sin pretender dar con la respuesta completa para todos los casos, creemos que en gran parte se debe a la falta de comprensión de un principio muy importante. El mismo estriba en comprender con toda claridad que la lectura de la Biblia debe necesariamente ir acompañada, e idealmente precedida, por la oración.

Esta última, aparte de todas sus demás virtudes, tiene la de sensibilizar nuestras facultades – mentales y del corazón – para predisponernos mejor para la lectura. Si acometemos ésta con poca o ninguna oración previa – como a menudo suele hacerse – casi seguramente que en la mayoría de los casos nos ha de resultar seca y falta de sustancia o peso; o bien, en un nivel mental estaremos conscientes del valor y la importancia de lo que estamos leyendo, pero en nuestro hombre interior habrá una incapacidad de apropiarlo y absorberlo.

La oración viva y eficaz no sólo nos ayuda a librarnos de la ansiedad y las preocupaciones y afanes de la vida, sino que también despeja y enternece la mente y el corazón, de manera que al leer la palabra sagrada, ésta penetra y nos alimenta, impacta y surte así el efecto deseado. De esta forma, la lectura se hace sumamente atractiva y provechosa, y nuestro corazón y nuestra mente, en sintonía y armonía con el Señor, pasan a deleitarse en ella, incluso hallando aquí y allá tesoros y encantos que nunca habíamos visto antes.

En realidad, lo que ha pasado en esto que hemos venido diciendo, es que por la búsqueda del rostro del Señor en oración, hemos dado lugar y libertad de acción al Espíritu Santo, que es no solamente el Autor, sino también el Intérprete fiel y sapientísimo de la Biblia. Y consecuente con ello, Él le ha pasado a dar ese sople vivificante – ese hálito bendito, que marca toda la diferencia.

Lo que nos lleva a la reflexión final que lo resume todo: la clave que nos permite paladear la palabra de Dios y enriquecernos con ella, está en andar en estrecha y perseverante compenetración con su autor, el Espíritu Santo.

Añadimos a esto nuestro testimonio personal. Cuando muchos años atrás, después de un buen tiempo de búsqueda por sentirnos muy secos y necesitados, al Señor le plugo derramar el Espíritu Santo a raudales en nuestra vida, entre muchas otras cosas, sucedieron dos de la mayor importancia.

La primera fue que empezamos a orar como nunca antes en la vida. La segunda, comenzar a ver y disfrutar la Biblia en una proyección nueva y mucho mayor que todo lo que habíamos conocido antes.

Estas dos cosas, claro está, se encuentran perfectamente delineadas en la coyuntura en que los apóstoles tuvieron que enfrentar demandas indebidas que se perfilaban sobre su actividad y mayordomía del tiempo.

Viendo con toda claridad el rumbo ineludible que debían seguir, después de convocar a la multitud para que buscasen de entre ellos siete varones para atender a la parte práctica en que había surgido el problema, con todo peso y énfasis afirmaron:

“Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra.” (Los Hechos 6:4)

Hoy día nos encontramos con una invasión de modas y estrategias nuevas que están proliferando en muchas partes de la iglesia. En no pocos casos el resultado que producen es distraer o aun apartar a los hijos de Dios de estas dos prioridades – la oración y la palabra – que en realidad son columnas insustituibles, firme y claramente establecidas por el Señor para los Suyos.

Orar y darse generosamente a la palabra puede a veces resultar una tarea ardua y laboriosa. Pero reemplazarlas por sustitutos fáciles y atractivos, sólo puede acarrear grave perjuicio espiritual para nuestra vida.

Para nuestro bien, Dios demanda de nosotros esfuerzo y a veces aun sacrificio. Pero quien los enfrente con ánimo resuelto, con toda seguridad habrá de cosechar mucho más y mejor que quienes optan en vez por otros caminos novedosos y más cómodos.

En conclusión: el Señor ha puesto en nuestras manos Su gran libro, inspirado y escrito especialmente para nosotros. El trato que le damos es un índice fiel del trato que en verdad le estamos dando a Él en nuestro andar cotidiano.

Y en lo que en particular atañe al tema de esta obra, nada mejor que darnos asiduamente y con toda diligencia a la bendita palabra de verdad. Ninguna como ella para señalarte, querido lector, el rumbo cierto para dejar atrás el desierto y entrar en el Canaán de la vida en abundancia prometida por Jesús.

Y por supuesto que, para quienes ya han entrado, para mantenerse en él sin volverse atrás, e incluso avanzar más y más, hasta alcanzar en plenitud la preciosa herencia que Él nos ha legado.-

----- () -----

CAPÍTULO 7 – LAS PIEDRAS VIVAS REVOCADAS CON CAL.-

“Y el día que pases el Jordán a la tierra que Jehová tu Dios te da, levantarás piedras grandes y las revocarás con cal...” (Deuteronomio 27:2)

Reanudando el aspecto alegórico que nos da el Pentateuco, pasamos ahora a considerar parte del capítulo 27 de Deuteronomio, que es de muy rico contenido en lo que estamos tratando – la vida del buen lado del Jordán.

Como lo dice el texto que hemos consignado, debían tomar y levantar piedras grandes, y como primera medida había que *revocarlas con cal*.

En 1ª Pedro 2:4 y 5 tenemos algo que es necesario hilar con esto

“Acercándoos a Él, piedra viva...”

“vosotros también, como piedras vivas...”

Él es la Roca Eterna, la gran piedra viva, como es bien sabido. Pero lo que resulta significativo y por demás alentador, es que al referirse a nosotros, los verdaderamente renacidos por el Espíritu Santo, Pedro usa en el plural las dos mismas palabras – *piedras vivas* – lo cual además está fielmente traducido del original griego, en que aparece la misma coincidencia.

Esto refleja la preciosa verdad que, a pesar de ser vasos de barro y a menudo frágiles y además no faltos de grandes limitaciones, bien dentro, por la operación de la gracia divina, tenemos algo que está hecho del mismo material que Él.

Somos participantes de la naturaleza divina – un tesoro de incomparable valor, que constituye un sagrado depósito recibido de lo alto, contenido en los vasos de barro de nuestra humanidad, bien que ésta sea, como hemos señalado, tan finita y a menudo tenga tantas limitaciones.

Verdaderamente, es algo en que podemos gloriarnos sobremanera, y que nos impone al mismo tiempo el deber de atesorarlo y guardarlo tierna y celosamente.

Revocadas con cal.-

Desde luego, con cal viva y no apagada, por diluirla con mucha agua, como a veces se hace en algunos trabajos que forman parte de la construcción.

Este revoque no podemos concebirlo como superficial, hecho a la ligera y escatimando la cal. Con Dios nunca debemos pensar en realizar las cosas a medias o mal hechas – todo cuanto Él requiera de nosotros habrá de hacerse siempre con el mayor esmero, para presentárselo como algo realmente bien hecho, que eso Él se lo merece sobradamente.

Así entonces, para lo que nos ocupa debemos conceptuarlo como algo hecho a fondo, sumergiendo la brocha en la cal y dando varias aplicaciones sobre cada piedra en forma sucesiva y abundante.

De esta manera tenemos hermosamente reflejadas dos cosas de singular importancia: *algo que quema*, y al mismo tiempo, *algo que emblanquece*.

Como bien sabemos, la cal viva no puede tocarse con las manos porque quema. Nuestro cristianismo, para ser realmente vivo y eficaz, necesariamente debe tener ese ingrediente sagrado, terrible y glorioso, del fuego de lo alto – la bendita llama celestial que consume la escoria y nos enciende de esperanza, fe y amor. De otra manera, sin descartar por ello la importancia de muchas otras virtudes y aun de grandes talentos y habilidades, resultará algo incompleto e ineficaz, y a veces hasta árido y anodino.

Como tantas veces hemos dicho, el fuego sólo conoce un rumbo – una dirección: hacia arriba. Teniéndolo en nuestro corazón, por más que tensiones y presiones de la más diversa índole tiendan a tirarnos hacia abajo o hacia atrás, esa llama, al responder nosotros a su bendita gravitación ascendente, nos elevará vez tras vez, como diciéndonos:

“Tú no eres para ir ni para abajo, ni para atrás. Tu rumbo y tu norte están arriba, en las alturas, con tu Padre Celestial y con tu Cristo.”

Dichoso quien conozca en su vida y experiencia la verdad del genuino fuego santo, proveniente de ese Dios que es fuego consumidor.

También tenemos en esto *algo que emblanquece*. Así como la cal imprimía su blancura a esas piedras, el obrar del Espíritu de Dios en nuestras vidas, tanto por el poder de la palabra, como por el de la sangre y la virtud de la oración, nos purifican y emblanquecen progresivamente.

Las vestiduras blancas del Anciano de Días en Daniel 7:9, de Jesús en Marcos 9:3 y de los ángeles en Hechos 1:10, Mateo 28:3 y Marcos 16:5 también pasan a ser la distinción y la honra de los verdaderos santos y fieles del Señor. (Apocalipsis 3: 4, 5 y 18)

“...y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley.” (Deuteronomio 27:3)

Sobre esas piedras debían escribirse las palabras de la ley *“muy claramente”*, como agrega el versículo 8.

Como sabemos, en nuestra dispensación actual los mandamientos de la ley, que en el Antiguo Testamento estaban escritos sobre tablas de piedras, pasan a estar escritos en nuestro corazón.

“Pondré mis leyes en la mente de ellos,

Y sobre su corazón las escribiré.” (Hebreos 8:10)

En el cuarto capítulo de nuestro libro *“Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”*, tratamos este punto con bastante detalle. No vendría mal que quien tenga el libro le dé un buen repaso a ese capítulo, por ser de gran importancia.

Aquí solamente matizamos con un par de observaciones. La primera es la aclaración, por si alguno no lo comprende bien, que se trata de la *ley moral y no de la*

parte ceremonial ni social de la misma. Esta ley moral, con su justicia, verdad y amor, sintetiza el carácter de Dios mismo, y el vivir en ella nos une con Él.

La segunda observación proviene de tomar un ejemplo ilustrativo. Tomemos pues el primer mandamiento:

“No tendrás dioses ajenos delante de mí.” (Éxodo 20:3)

Aun cuando, con una visión estrecha e incompleta, algunos suelen interpretar esto como refiriéndose solamente a ídolos e imágenes, la comprensión correcta va mucho más lejos.

En pocas palabras, podemos decir que cualquier actividad, interés o afán que vaya en contra del señorío de Cristo en nuestras vidas, constituye un dios ajeno. Muchos enfrentando esto de una manera superficial o rutinaria, podrán pensar que esto no les afecta para nada, considerándose totalmente exentos de dioses ajenos en sus vidas.

No obstante, si se pusiesen a buscar al Señor en profundidad, deseando genuinamente arraigarse y afianzarse en Cristo, seguramente que el Espíritu Santo bien pronto comenzaría a redargüirlos de compromisos indebidos, aficiones desmedidas, o actividades y afanes impropios de un verdadero hijo de Dios.

En este sentido, la labor del Espíritu, desde luego que con el consentimiento y pleno apoyo de cada uno, consiste en ir destruyendo una a una todas esas cosas, hasta no quedar ninguna en pie.

Es muy interesante notar que en Daniel 7:9, las palabras

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días...”, en la versión literal de Young se traduce:

“...hasta que los tronos fueron derribados y se sentó un Anciano de días...”

Sea cual fuere el vocablo exacto que corresponde, no cabe duda de que aquí tenemos un principio clarísimo e incuestionable: muchos tronos que uno ha ido erigiendo en la vida deben ser primeramente derribados totalmente. Recién entonces, el eterno y venerable Anciano de días podrá en verdad sentarse sobre el trono de nuestro corazón, y regir nuestras vidas en la paz, armonía, verdad y amor del Reino de Dios.

El egoísmo, el engreimiento, la frialdad, la pereza, el desorden, la falta de puntualidad como norma, una afición excesiva por el deporte u otras actividades, el afanarse demasiado por ganar más dinero, el temor y los complejos, el guardarse del ¿qué diran? etc., no son sino algunos de los muchos dioses ajenos que podemos tener.

Cuando por ese trato a fondo del Señor todos ellos son totalmente quitados, llegamos a ese punto de saber que ese mandamiento, dado por el Señor a Moisés, no sólo está escrito en la Biblia, sino también bien dentro de nuestro ser.

Así podemos presentarnos ante Él con toda confianza, sabiendo que no tenemos ningún dios ajeno que rivalice con Él – cuanto somos y tenemos ahora es Suyo y solamente Suyo, y Él es el amo y dueño absoluto de nuestras vidas.

Resumiendo – se trata de presentar nuestra vida de la forma más sincera y real ante el Señor cada día, lo que dará al Espíritu del Dios vivo libertad de acción para escribir en las tablas de carne del corazón esa ley divina – esa epístola viviente de Cristo. (2ª Corintios 3:3)

Como consecuencia de ello, habrá una concordancia cada vez mayor entre nuestro hombre interior y la palabra escrita, lo cual redundará en un andar diario en la plena voluntad de Dios, y con paz, armonía y creciente realización.

El altar de piedras enteras.-

“De piedras enteras edificarás el altar de Jehová tu Dios...” (Deuteronomio 27:6)

“...no alzarás sobre ellas instrumentos de hierro.” (versículo 5b)

Levantar el altar significa, en la analogía espiritual, acordarle al Señor el lugar principal y máximo, y presentarle ofrendas y sacrificios espirituales de consagración, acción de gracias, alabanza y adoración. (1ª Pedro 2:5)

Las piedras enteras, claro está, nos indican que en esto nada se puede ni se debe hacer a medias o en forma parcial. Esto no solamente se vincula con nuestra relación personal con el Señor, sino también con nuestra ubicación dentro del Cuerpo de Cristo. A menudo tenemos el caso de un miembro de una iglesia que no se integra, sino en parte, teniendo al mismo tiempo compromisos o vínculos externos y ajenos que le reclaman de su tiempo, esfuerzo y afecto. Esto siempre le impedirá darse de lleno en el lugar en que ha sido ubicado por el Espíritu, y difícilmente podrá establecerse firmemente, y mucho menos aun realizar una labor fructífera. Cada uno debe saber cuál es su verdadero lugar e integrarse debidamente en él.

La prohibición de usar instrumentos de hierro, tales como el martillo y el cincel, denota que las piedras no se debían partir, ni se debía oír el ruido de sus golpes, pues sería algo muy impropio por tratarse del altar sagrado de Dios.

“.. y ofrecerás sobre él holocausto a Jehová tu Dios; y sacrificarás ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante de Jehová tu Dios.” (27:6 y 7)

A continuación tenemos, armónicamente escalonado, el orden en que, como resultado, se irían desarrollando las cosas.

En primer lugar el holocausto, con el sacrificio total sobre el altar, que representa la consagración íntegra de nuestra vida.

A renglón seguido el sacrificio de paz. Es decir - lo que decíamos de venir cada cosa armónicamente escalonada - siendo esa bendita paz interior, que no se experimentaba antes, la consecuencia natural y lógica de estar la vida ahora colocada en el lugar preciso que le corresponde, con una entrega sin reservas al Dador de la Vida, al cual le debemos todo cuanto somos y tenemos.

Después de esto tenemos las palabras ya citadas *“y comerás allí.”*

A esta altura ya no hay escasez ni hambre – se pasa a estar de veras bien nutrido con el mejor alimento para nuestro ser interior – el Pan de Vida, en toda su rica gama y dimensión; la vianda firme y el manjar sólido, que nos hacen sanos y robustos en la fe y nos ayudan a avanzar hacia una correcta maduración.

Por último ¿y cómo podría ser de otra forma? - *“y te alegrarás delante de Jehová tu Dios.”*

Con el Señor, el verdadero regocijo viene sobre la base de haberse puesto y encajado todas las cosas en su debido lugar en nuestra relación con Él y con nuestros hermanos. Hay quienes quieren entrar pronto en la alegría y el alborozo, pero sin pasar por la prueba y el sacrificio primero, es decir a la inversa del camino correcto.

Huelga decir que casi siempre terminan mal parados, o bien se encuentran conque el gozo que buscaban les elude, y en vez les tocan dolores, quebrantos y tristezas. No obstante, los que enfrentan éstos con humildad y sumisión, eventualmente quedarán purificados y pulidos, para pasar así al verdadero regocijo que tanto ansiaban.

No olvidemos dos Escrituras, que entre muchas otras, tienen clara aplicación en lo que acabamos de comentar:

“Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón.” (Eclesiastés 7:3)

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.” (Salmo 126:5)

En suma, después de todo lo anterior que hemos visto – las piedras vivas, la cal que quema y emblanquece, la ley escrita en las tablas de carne del corazón, la vida toda ofrendada a Dios, y la profunda paz que le sigue – llegamos aquí a la feliz culminación de estar bien alimentados, y disfrutar de una auténtica alegría ante el Señor.

Pero todavía nos queda un buen trecho que andar...

- - - - - () - - - - -

CAPÍTULO 8.- Una vida de batalla y de victoria.-

Si bien el Canaán prometido era una tierra de riqueza y abundancia, el Señor le advirtió a Su pueblo que en ella se encontrarían con los antiguos habitantes, contra los cuales iban a tener que luchar hasta expulsarlos totalmente.

En reiteradas ocasiones les exhortó a que no contemporizaran ni hicieran alianza con ellos, pues eso derivaría en corromperse con sus costumbres idolátricas, lo que les haría apartarse de Dios y del camino que les tenía señalado.

Al mismo tiempo, les animó a que no temiesen a esos enemigos. Por más que algunos eran gigantes, y que muchos estaban en poblaciones o ciudades rodeadas de grandes fortalezas, el Señor mismo iría delante de ellos y, con tal que le obedecieran cumplidamente, ninguno de esos enemigos se podría mantener en pie ante ellos.

En todo esto hay una clara y rica analogía que hemos de pasar a desgranar seguidamente, pero no sin antes señalar que también el estudio del curso ulterior de los acontecimientos, nos traerá una serie de puntos muy instructivos e importantes.

En esos antiguos habitantes hemos de ver, no necesariamente a demonios y malos espíritus –sobre los cuales en muchas partes se hace un hincapié excesivo y que va más allá de los parámetros bíblicos – sino al pecado y las obras de la carne, que son lo que en todo caso le dan cabida a aquéllos.

El mandato era muy claro: una vez que entrasen en la buena tierra y con el poder del Señor echasen a las naciones que la habitaban (los heteos, amorreos, heveos, cananeos, etc.) debían destruirlos del todo, y de ninguna manera hacer alianza o emparentar con ellos.

El paralelo con el orden del Nuevo Testamento es muy claro y sencillo. Como resulta evidente, los antiguos habitantes de la tierra de nuestra vida son las obras de la carne en toda su vasta gama, y lo que nos dice la Escritura es terminante:

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría;...”

“...Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca.”

“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus obras.” (Colosenses 3:5, 8 y 9)

Notemos el lenguaje radical del apóstol. No dice “tened a raya”, “sujetad”, “corregid” y ni siquiera “superad”. En cambio, en la manera más drástica nos insta a *“hacerlas morir”* y a *dejarlas por completo*.

Igualmente en Romanos 8:13 tenemos estas palabras:

“...porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”.

Con absoluta claridad esto nos está diciendo que *una de dos*: o hacemos morir las obras de la carne, o de lo contrario ellas terminarán por estrangular y hacer morir a nuestra vida espiritual.

Conviene que tengamos en cuenta el perfecto equilibrio que establece la Escritura en cuanto a esto: lo hemos de hacer *nosotros*, pero *por el Espíritu*.

En no pocas ocasiones hemos oído oraciones tales como éstas:

“Señor, quita este pecado de mi vida, que me está haciendo mucho mal”, o bien:

“Por favor, Señor, aparta de mí el tabaco y todo vicio, que no los quiero más.”

No siempre, pero un buen número de veces ha sonado como si todo dependiese de Dios y poco o nada de uno mismo.

Evidentemente, el pecado es una fuerza que no podemos vencer solamente con nuestros esfuerzos y recursos propios – necesitamos el poder de Dios para hacerlo, y por eso Pablo dice en primer lugar *“por el Espíritu.”* Pero inmediatamente a continuación van las palabras *“hacéis morir”*, que claramente indican la participación nuestra, y por supuesto que ésta ha de ser en forma muy consciente y activa.

Lo que queremos decir es que, si bien es la gracia de lo alto lo que nos permite hacer morir las obras de la carne, Dios necesita una alineación correcta y completa de nuestra parte en tal sentido, para que ello se pueda concretar.

Esta alineación supone lo siguiente:

Primeramente, comprender muy bien que esas obras de la carne sólo traen el mal a nuestras vidas, conspirando contra todo lo que sea de Dios en nosotros.

En segundo lugar, nuestra voluntad debe estar volcada resuelta y definitivamente a no tener más nada que ver con ellas – incluso llegando a odiarlas con odio santo.

Sobre la base de una auténtica disposición en estos dos sentidos, se debe pasar a orar y ejercer fe para hacer morir estas obras pecaminosas.

Al ver el Espíritu Santo – que por algo Jesús lo llamó en más de una oportunidad el *Espíritu de Verdad* – que realmente vamos en serio – con toda sinceridad y fe – Él no tardará en venir en nuestra ayuda. Así encontraremos que tal vez en forma imperceptible, pero muy real, fluirá esa gracia divina que posibilitará que podamos hacer morir todas esas tendencias torcidas y pecaminosas que antes nos dominaban y esclavizaban.

De esta manera, podremos hacer nuestro el testimonio de Pablo en Romanos 8: 2:

“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.”

Esto es algo de fundamental importancia. Sin embargo, nos tememos que con frecuencia, aun cuando al oírlo se le da un asentimiento mental aprobatorio, en la práctica no se le presta la atención solícita y prioritaria que requiere.

Como ya hemos visto en un capítulo anterior, lo acontecido con el pueblo de Israel en buena parte de su historia, está escrito como ejemplo para amonestarnos a nosotros.

Debemos entonces examinarlo y sacar conclusiones prácticas, y no tratarlo como historia y una mera enseñanza, y sin que se traduzca en nada más.

Ya hemos señalado que antes de que Israel entrase en Canaán, el Señor les dijo reiteradamente que debían expulsar totalmente de la tierra prometida a las naciones que habitaban en ella.

Si leemos el curso que siguieron los acontecimientos, veremos que después de la conquista de la tierra que se nos narra en el libro de Josué, el primer capítulo de Jueces pasa a describirnos la situación tal como se presentaba poco después.

Con muy pocas excepciones – mayormente la de la tribu de Judá – el panorama general resultaba desolador.

Veamos como al principio de varios versículos aparecen tres palabras que lo dicen todo:

“Tampoco Manasés arrojó...” (versículo 27):

“Tampoco Efraín arrojó...” (v. 29);

“Tampoco Zabulón arrojó...” (v.30);

“Tampoco Aser arrojó...”(v. 31);

“Tampoco Neftalí arrojó...” (v.33)

Después de ocupar Canaán, en vez de desalojar a esos pueblos por completo como se les había encomendado, fueron blandos con ellos y los dejaron seguir habitando en la tierra, aunque algunos fueron subyugados y les servían.

Eso les costó muy caro. Si bien al sentirse fuertes lograron que algunos de ellos les fueran tributarios, muchos de esos pueblos persistieron en no marcharse de la tierra. Y más tarde, al caer Israel en la trampa de entrar en sus costumbres idolátricas - acerca precisamente de la cual el Señor les había advertido repetidamente - se debilitaron grandemente. El resultado fue que esos enemigos muy pronto los tuvieron a mal traer, pasando a veces a oprimirlos fuertemente.

En algunos casos fue tan grave que tuvieron que hacerse cuevas en las montañas y cavernas y lugares fortificados, para poder refugiarse y defenderse. (Jueces 6:2)

Así pues se llegó a ese triste estado de cosas: ellos que debían poseer todo lo ancho y lo largo de la tierra y disfrutar de su plenitud, se encontraron reducidos a esa situación tan miserable.

En el Nuevo Testamento tenemos a menudo, como vimos anteriormente, la exhortación de despojarnos del viejo hombre con sus hechos (Colosenses 3: 9 y Efesios 4: 22) y la de hacer morir las obras de la carne (Colosenses 3:5-8 y Romanos 8:13, ya citados previamente en este capítulo). Esto constituye un clarísimo paralelo con lo que estamos viendo en cuanto a Israel.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que así como muchas tribus de Israel se quedaron muy cortas en el cumplimiento de este mandato que habían recibido, así también muchos creyentes en la práctica fallan de la misma manera.

En efecto: en vez de ser implacables con los antiguos habitantes de su vida – las obras de la carne en toda su variada gama – muchos de ellos las consienten, o por lo menos no llegan a terminar del todo con ellas, haciéndoles morir en esa forma radical en que la palabra nos insta a hacerlo. Como consecuencia directa, en etapas o momentos determinados de debilidad, cansancio o de descuidarse y bajar la guardia, esos enemigos se levantan contra ellos, ocasionándoles depresiones, a veces caídas muy feas y aun un estado de esclavitud deplorable y lastimoso.

Esto nos debe servir de ejemplo y llevar a decisiones prácticas. La primera y más urgente es la de identificar y reconocer esos “cananeos” de nuestra pasada manera de vivir. La siguiente consiste en proceder - *por el Espíritu* - a hacerlos morir, es decir eliminarlos y arrojarlos de nuestra vida por completo. Sobre cómo hacer esto ya hemos tratado antes en este mismo capítulo.

Antes de seguir avanzando, una aclaración para responder a una pregunta que se podrá estar haciendo el lector:

“Estamos hablando de haber cruzado el Jordán para entrar en la vida en abundancia.” “¿Cómo entonces todavía seguimos hablando de despojarnos de las obras de la carne y hacerlas morir? ¿No es esto una contradicción, pues al dejar atrás el desierto y entrar en la buena tierra, todo esto ya se ha hecho y superado?”

La respuesta nos la da la misma experiencia de Israel. En primer lugar, después del cruce del Mar Rojo y la muerte de Faraón y los egipcios anegados por las aguas, Israel había sido liberado – pero ¡todavía tenía mucho que andar!

Y en segundo lugar, después del cruce del Jordán, vinieron varios años de batalla, en los que, de forma global se completó la conquista.

“Tomó, pues, Josué toda la tierra...y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus; y la tierra descansó de la guerra.” (Josué 11:23)

Sin embargo, esa conquista que hemos denominado global, hubo que completarla más tarde, pues en muchos lugares quedaron focos de cananeos que aún no habían sido desalojados.

Del mismo modo, ya sea por una conversión muy drástica, o por entrar en una experiencia posterior más profunda – llámesela bautismo o plenitud del Espíritu, consagración absoluta, liberación de ataduras, o lo que fuere – se entra en un nivel de vida superior y muy por encima de lo conocido anteriormente.

No obstante, después de un tiempo, y sin desestimar ni mucho menos el valor de esa experiencia vivida, se descubre que todavía quedan focos o áreas donde la luz plena del amor y la verdad todavía no han penetrado total y permanentemente. Y ahí es donde se debe perseverar, con una actitud inflexible en cuanto a todo lo que se sepa que no es estricta verdad, amor y humildad, limpiándonos de *toda contaminación de carne y espíritu, a fin de perfeccionar la santidad en el temor de Dios.* (2ª. Corintios 7:1)

Como ya hemos visto, fue en ese terreno donde fallaron la mayoría de las tribus de Israel – el de no conformarse con haber entrado en la tierra prometida, y llevar la conquista hasta su cumplimiento pleno. Y como también hemos visto, es en esto que también fallan muchos creyentes – en conformarse con una conquista global o general, y no seguir en batalla contra los focos o baluartes que todavía no han sido reducidos y eliminados.

Hecha esta aclaración, ahora sí pasamos a ver el consejo del Señor sobre esto:

“No los echaré de delante de ti en un año, para que no quede la tierra desierta, y se aumenten contra ti las fieras del campo.”

“Poco a poco los echaré de delante de ti, hasta que te multipliques y tomes posesión de la tierra.” (Éxodo 23:29-30)

“Y Jehová tu Dios echará a estas naciones de delante de ti poco a poco; no podrás acabar con ellas en seguida, para que las fieras del campo no se aumenten contra ti.” (Deuteronomio 7:22)

En una obra anterior, nos hemos referido a las dos maneras de obrar el Señor en nuestra vida: por la vía instantánea, o de forma gradual y progresiva. Esto también lo tenemos ejemplificado en la conquista de Canaán. Primeramente tuvo lugar el cruce del Jordán y la pronta toma de Jericó. Pero posteriormente se nos dice que *“por mucho tiempo tuvo guerra Josué con estos reyes.”* (Josué 11:18)

Y todavía más tarde:

“Siendo Josué ya viejo, entrado en años, Jehová le dijo: Tú eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por poseer.” (Josué 13:1)

Esto nos hace ver aun con más claridad lo de la conquista global a que ya nos hemos referido, y el llevar la misma a su cumplimiento pleno. Habían cruzado el Jordán – ya no estaban más en el desierto y se habían posesionado de Canaán. Pero todavía había mucha tierra que poseer y enemigos que arrojar de ella.

Y en la sabia economía de Dios esto no lo iban a completar en seguida y sin demora, sino que iba a ser un proceso gradual – “poco a poco”, es decir en forma lenta y laboriosa, pero con tal que fuesen fieles y se apoyasen en Él, la victoria total estaría asegurada.

La razón para este proceso gradual que nos da la palabra es *“para que no quede desierta la tierra y se aumenten contra ti las fieras del campo.”*

La interpretación espiritual que debemos dar a esto es la siguiente: un crecimiento demasiado rápido raras veces resulta sólido y plenamente satisfactorio. Tomando un ejemplo del reino vegetal, tenemos que árboles de pocos años generalmente dan una madera blanda en comparación con otros de mayor longevidad. Un caso muy particular en ese sentido es el del cedro, usado para la construcción del templo de Salomón; los entendidos nos dicen que ¡hay cedros de más de 2.000 años de vida!

Así podemos visualizar un creyente que hace progresos muy rápidos en cuanto a vencer, y aun hacer morir a los antiguos pecados de su vida, dejando malas costumbres que tenía, etc. Todo esto es muy encomiable y necesario, pero paralelamente a ello debe ir absorbiendo las virtudes fundamentales y tan variadas de la vida en la plena voluntad de Dios, lo cual normalmente requiere tiempo y la experiencia de los años. De no ser así, quedarán huecos que no han sido llenados – *tierra que ha quedado desierta* – y por ese lado pueden venir problemas serios, simbolizados por *“las fieras del campo que se aumenten contra ti.”*

De forma pragmática podemos pensar en varias de ellas: el envanecimiento debido al éxito alcanzado, quizá más pronto que los demás. En cambio *“poco a poco”* habría valido para ir asimilando una buena dosis de paciencia y al mismo tiempo una saludable humildad, propia de quien se ha tenido que apoyar totalmente en el Señor para cada palmo de terreno que ha podido ganar.

Otra fiera a tenerse en cuenta es la de la autosuficiencia, brotada de un triunfalismo por haber avanzado o logrado más que los demás. En casos como esos se llega a pensar en lo listo, fiel, decidido o sabio que uno ha sido, con el consiguiente riesgo, muy grande por cierto, de caer en un triste desengaño.

Una tercera se refleja en el hecho de que un éxito fácil y rápido puede llevar, muchas veces por lo menos, a dos peligros. Uno es el de pensar que como ha sido tan fácil, uno se puede tomar libertades y bajar la guardia, total, si volviese a caer en algún pecado pasado, siempre sería muy sencillo levantarse otra vez y dominarlo. Esto demostraría que uno no ha comprendido la seriedad y gravedad de las cosas – la necesidad de cortar de lleno y no reincidir jamás. En fin, que no se ha llegado a odiar el pecado y el mal y renunciar a ellos por completo – y en esas situaciones, para reponerse totalmente hará falta una nueva recuperación, que tendría necesariamente que ser paulatina y laboriosa, a fin de que la verdad penetre en el fuero íntimo en forma cabal.

El otro peligro es que cuando algo nos viene de forma muy fácil o *“barata”*, no lo valoramos debidamente. Lo contrario sucede cuando se ha debido bregar por ello con mucha perseverancia y aun sacrificio. Aunque no sea una comparación exacta con lo que estamos tratando, debemos tener como ejemplo el amor de una madre, que normalmente ama a sus hijos propios por encima de lo que cualquier otro los pueda amar. Aunque no es la única razón, la principal por cierto es que para alumbrar y tener a cada uno de ellos, ha tenido que sobrellevar no sólo el embarazo de nueve meses, sino también los dolores de parto del alumbramiento.

Vemos entonces que ese *“poco a poco”* dispuesto por el Señor, tenía su razón de ser, y sirve al mismo tiempo para darnos la analogía de un avance paulatino y progresivo, en nuestra marcha hacia la conquista de toda la tierra que queda por poseer.

Este concepto de batalla en la vida cristiana amedrenta a algunos que, o bien se sienten débiles para acometerla, o por su disposición o carácter prefieren pensar en una vida cristiana descansada y exenta del fragor del combate.

Tengamos presente que, en Su sabio trato con cada uno, el Señor nunca permitirá que seamos tentados o probados por encima de nuestras fuerzas (1ª. Corintios 10:13) Además, tenemos las siguientes promesas dadas a Israel, extensivas a nosotros:

“Nadie se sostendrá delante de vosotros; miedo y temor de vosotros pondrá Jehová vuestro Dios sobre toda la tierra que pisareis, como él os ha dicho.” (Deuteronomio 11:25)

“Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desampará; no temas ni te intimides.” (Deuteronomio 31:8)

Y en el Nuevo Testamento tenemos, entre otras, las siguientes:

“He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará.” (Lucas 10:19)

“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús...” (2ª. Corintios 2:14)

Esto nos debe animar a ser valientes y decididos. También debemos recordar que la batalla, en su debida medida, es algo necesario para nuestro desarrollo y maduración. Y de hecho, el eludirla y quedarnos atrincherados en “cuarteles de invierno” equivaldría a concederle la victoria al enemigo.

En esta comprensión de la lucha contra los cananeos que estaban en la tierra prometida, debemos cuidarnos de no caer en el énfasis excesivo que hacen algunos de identificarlos continuamente como malos espíritus o demonios. Verdad es que en algunas ocasiones tendremos que enfrentarlos, habiendo discernido claramente su interferencia antagónica, tal como lo hizo Pablo en Pafos (Los Hechos 13:8-12) y en Filipos (Los Hechos 16:16-18).

Sin embargo, la interpretación correcta de lo que representan los cananeos (y amorreos, heteos, heveos, ferezeos, etc.) no es la de malos espíritus, sino, como ya se ha señalado en un capítulo anterior, la de las obras de la carne – los antiguos habitantes de la tierra de nuestra vida.

Que el consentir esas obras y seguir practicándolas permite en muchos casos la actividad de malos espíritus, es algo que por cierto no lo negamos, sino que por el contrario, sabemos muy bien que es verdad. Pero la solución correcta e integral no está en reprender e increparlos continuamente, como intentan hacer algunos, sino en poner la casa en orden, haciendo morir esas obras de la carne, para así quitarles todo terreno y campo de acción en nuestras vidas.

Para apoyar la postura de identificar, reprender y echar continuamente a malos espíritus, con frecuencia se citan las palabras de Efesios 6:12:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

Mayormente, esto lo aplican a lo que llamaríamos operaciones de avance, tales como la supuesta toma de ciudades o distritos, campañas evangelísticas, o bien esfuerzos de otra índole, ya sea para ganar almas para el Señor, o eliminar problemas económicos, políticos o sociales.

Lo que lamentablemente pasa inadvertido es que la casi totalidad del pasaje que forma el contexto – versículos 10 al 20 –nos está hablando de guerra espiritual **defensiva y no ofensiva**. Esto está clarísimo por los siguientes puntos que señalamos:

“...para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.” (6:11)

“...para que podáis resistir en el día malo” (6:13)

“...tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.” (6:16)

En todo esto se ve sin lugar a dudas que es el enemigo el que está a la ofensiva, y la exhortación a los efesios va claramente en la línea de vestir toda la armadura de Dios para resistir con firmeza sus embates. *No se habla para nada de atacarlo y desalojarlo de posiciones geográficas estratégicas en que se encuentra apostado.*

Lo único de este pasaje que puede y debe conceptuarse como lucha ofensiva es el uso de la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (versículo 17) y la proclamación efectiva del misterio del evangelio (v. 19 y 20).

La oración, tratada en el versículo 18, apunta a todos los santos y también al apoyo de esa proclamación del evangelio por parte de Pablo, y en ese aspecto también podemos verla como un arma ofensiva.

Pero en absolutamente ninguno de estos versículos, vemos algo que pueda relacionarse en lo más mínimo con las tácticas tan en boga, de copar lugares determinados donde se encuentran “hombres fuertes” apostados por Satanás, o cosas de esa naturaleza. Sencillamente eso no está para nada en este pasaje, ni en ninguna actividad de la iglesia primitiva delineada en el libro de Los Hechos.

Ahora bien: volvemos a lo manifestado en el sentido de que los antiguos habitantes de la tierra, representan las obras de la carne y la pasada manera de vivir en la tierra de nuestra vida anterior, valga la expresión.

En este sentido, nuestra lucha es ofensiva y de avance, pues se trata de que aspectos de nuestro carácter, personalidad, modo de pensar, sentir y actuar, propios del pasado y que no condicen con la nueva vida en Cristo, sean desalojados y eliminados. Paralelamente a esto, también se trata de que los mismos sean reemplazados por las virtudes de la gracia, el amor, la humildad y mansedumbre, la fe, la santidad, etc. etc.

Y para esto, la analogía de la conquista de Canaán se presta con toda lógica y exactitud. En efecto: los cananeos, heteos, ferezeos, gergeseos, etc., eran gente pagana, dada a toda clase de abominación e inmundicia. Su maldad había llegado al colmo, y el justo juicio de Dios demandaba que fueran arrojados y exterminados.

Por el contrario, Israel entraba a desplazarlos y reemplazarlos como un pueblo temeroso del único Dios verdadero, exento de idolatría, y que tenía los preceptos de la ley mosaica, sabios, sanos y justos desde todo punto de vista.

La forma en que se desarrolló la conquista se nos narra en el libro de Josué. Esto nos aporta un complemento vital de las enseñanzas que hemos estado tomando, mayormente de Deuteronomio, en nuestro tema particular del cruce del Jordán y la conquista de la tierra prometida.

No es nuestra intención abarcar el libro de Josué en todo lo que contiene, sino la de examinar en los dos capítulos siguientes la vida de dos grandes guerreros: Josué y Caleb, que fueron los protagonistas principales de la conquista. De ello podremos sacar muchísimo provecho para el tema en que estamos.

----- () -----

CAPÍTULO 9 – Siervo, santo, guerrero y caballero

A Josué le tocó el alto honor de liderar a Israel en la conquista de Canaán. Fue una de las etapas más felices de la historia del pueblo de Dios. En ella, con una ligera y fugaz excepción, ganaron todas las batallas y tomaron posesión de la

preciosa herencia que el Señor tenía preparada para ellos. Sólo en las mejores épocas de los reinados de David y Salomón encontramos a Israel en un estado tan bendecido y floreciente.

Su primera mención.-

En Josué encontramos todos los rasgos de un varón realmente ejemplar. Aparece en escena por primera vez en Éxodo 17, no mucho después de la salida de Egipto.

Sin ningún temor de Dios, Amalec había atacado a la retaguardia de Israel, que se encontraba débil y cansada. Fue entonces que Josué eligió varones para luchar contra ese enemigo, obedeciendo el mandato de Moisés, mientras que éste, acompañado de Aarón y Hur, subía al collado para mantener en alto la vara de la intercesión a favor de Israel.

“...Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec...” (Éxodo 17:9a)

Esto debería infundir en cada lector el deseo de que el Maestro – nuestro gran Josué – vea en cada uno esas virtudes de responsabilidad, valentía y arrojo, que le hagan contarle entre Sus escogidos. Desterremos pues de nuestras vidas la informalidad, la cobardía y la incredulidad, que nos descalificarían y harían que Él nos pase de largo.

En esa ocasión Josué obtuvo una victoria total, deshaciendo al enemigo a filo de espada, y esto fue como una señal indicativa de lo que iba a ser su destino unos 40 años más tarde: el de ser un guerrero formidable, que iba a pelear y ganar las batallas del pueblo de Dios contras todos sus enemigos.

Cómo lo levantó y preparó el Señor.-

La forma en que el Señor levantó y preparó a Josué resulta muy particular y merece unos párrafos.

“...pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo.” (Éxodo 33:11b)

Aquí lo vemos en su papel de siervo, humilde y fiel. Moisés hablaba con Dios y después volvía al campamento para transmitir al pueblo los mandatos que había recibido. Mientras tanto, todos los demás jóvenes estaban en lo suyo, ya sea realizando trabajos de limpieza y ordenando sus tiendas y enseres, o bien recreándose con charlas, juegos o pasatiempos.

No así el joven Josué. Ahí estaba, sin salir nunca del tabernáculo, encerrado en él, enterrando su vida en ese lugar de la presencia divina, plenamente consciente de que le esperaba un destino más alto, y que debía hacer diligentes preparativos con miras al mismo.

Hermano – hermana: no malgastes el tiempo en esta única vida que Dios te ha dado, invirtiéndolo en cosas que no traen provecho a tu alma y espíritu. En cambio, según tus fuerzas y posibilidades, sumérgete por buenos ratos cada día en la oración y comunión con tu Señor. Será la mejor preparación para lo que el futuro te pueda deparar en los sabios designios de Dios.

Los requisitos necesarios.-

En Números 27:15-23 vemos primeramente cómo Moisés, al saber que él no podría entrar en Canaán, le pide al Señor que ponga un varón sobre la congregación. Aunque por supuesto que no todos son llamados al liderazgo, mucho de lo que encontramos aquí es plenamente aplicable al cristiano que aspira a ser un buen guerrero, conquistar la tierra prometida, y morar permanentemente en ella.

Los requisitos que él veía necesarios eran:

a) *“...que salga delante de ellos y que entre delante de ellos...”* (versículo 17a)

Esto apunta al siervo que conoce a la congregación y es conocido por ella, por su andar, entrar y salir delante de ella con toda transparencia.

b) *...que los saque y los introduzca...* (17b) Precisamente de eso se trata: de sacarlos de la vida en el desierto, para introducirlos en la vida en abundancia. Y por extensión, para sacarlos de lo carnal y trasladarlos a lo espiritual; de lo falso a lo genuino; del desorden y la derrota, al orden y a la victoria, y así sucesivamente.

c) *...para que la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor.* ((versículo 17c)

En síntesis: un hombre con corazón de pastor.

En el mismo pasaje, en segundo lugar el Señor le responde a Moisés, haciéndole saber que Él ha escogido a Josué, y del cual le dice lo siguiente:

d) *...varón en el cual hay espíritu...* (versículo 18) o bien *...en el cual está el Espíritu*, según la versión literal de Young.

La señal inequívoca de que una persona es realmente apta, es que el Espíritu Santo está manifiestamente presente en su vida. Y al mismo tiempo, que su propio espíritu dé todas las muestras en cuanto a su carácter, andar y disposición, que lo acrediten como uno verdaderamente idóneo.

e) *...y pondrás tu mano sobre él... y pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca*. (27:18b y 20)

Por esa imposición de manos de Moisés iba a producirse una transmisión de la dignidad (o del honor, según otra versión) que él indudablemente tenía. La misma no procedía de una esmerada preparación intelectual o teológica, sino de su vida profundamente arraigada en Dios, y que le había conferido, entre otras virtudes, la de bajar del monte con el resplandor de la gloria divina brillando sobre su rostro.

Esa dignidad y ese honor eran lo que le iban a ganar el respeto y la obediencia del pueblo. Esto nada tiene que ver con el autoritarismo que busca ponerse por encima de los demás, y que se le sometan en todo y para todo.

Posteriormente a todo esto, y ya muerto Moisés, el Señor mismo le dio instrucciones precisas a Josué. Aunque bien conocidas, conviene que las recapitemos en forma breve.

a) *“Esfuérzate y sé valiente...”* (Josué 1:6, 7 y 9) Una exhortación dada tres veces para enfatizar su gran importancia. En primer lugar, dependiendo de la gracia y capacitación del Señor, el esfuerzo que hace que nos prodiguemos con la mejor buena disposición y toda nuestra energía. Y seguidamente, la valentía que nos impele a jugar nos por Él, en la absoluta confianza de que Su apoyo y respaldo nunca nos faltarán.

b) *“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.”* (1:8)

Esta gran clave que le dio el Señor a Josué, iba a ser su carta de triunfo a todo lo largo de la guerra que le tocó librar.

¡Tan extraño! Nada de cursar estudios sobre táctica y estrategia de combate, ni cosas por el estilo. En cambio, la palabra de Dios, con toda su rica gama de verdades, mandamientos y consejos, había de ser lo que le absorbiese continuamente para ponerla por obra en cada contingencia de la vida. Esto y sólo esto iba a bastar para asegurarle el triunfo y el buen suceso en todo cuanto emprendiese.

En el capítulo 5 – El Libro sin igual – ya nos hemos ocupado del papel importantísimo que juega la palabra de Dios en cuanto a todo nuestro tema de la vida en abundancia. El mandato a Josué es el de meditar en su contenido de día y de noche, a fin de proceder siempre en absoluta consonancia con todo lo que nos prescribe.

Solamente hemos de añadir aquí una importante advertencia. Nuestra observación nos ha hecho notar que, en muchos círculos, nuevas modalidades y tendencias que van surgiendo, muchas veces conducen a relegar a segundo plano o aun excluir a la Biblia y la exposición de sus verdades. Esto no puede sino acarrear cuantiosa pérdida espiritual, y a menudo incluso llevar a serias desviaciones y apartamientos del santo mandamiento y camino.

Si tanto Josué, como David, Pablo, Pedro y muchos más, incluyendo al mismo Señor Jesucristo, en toda su trayectoria se valieron siempre de la palabra de Dios y nunca la dejaron de lado ¿cómo podrá uno hacer esto último, pensando que ya no la necesita? ¿O es que la “nueva unción” que se tiene – o alguna otra cosa de esa índole – lo pone a uno por encima de esa necesidad y a un nivel superior al de esos grandes próceres?

El descuidar las Sagradas Escrituras o dejar de darles el lugar preponderante que deben tener siempre, no puede sino colocarlo a uno en un terreno muy peligroso por cierto, en el que muchos han resbalado y quedado enlazados y presos.

Escalas de crecimiento y maduración.-

En forma muy sencilla, vemos tres grados distintos de desarrollo.

1) *“Y llamó Moisés a Josué, y le dijo en presencia de todo Israel: Esfuérzate y anímate; ...porque Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desampará; no temas ni te intimides”*. (Deuteronomio 31:7 y 8)

En la etapa inicial de nuestra carrera, somos alentados y fortalecidos por los que han sido nuestros padres espirituales, o bien por otros siervos que cuentan con madurez y experiencia.

2) *“... como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desamparé.”*

“Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas.” (Josué 1:5, 6 y 9)

Después de la muerte de Moisés, Josué pasa a recibir estímulo y fortaleza directamente del Señor. Esto no significa que debemos esperar la marcha o la muerte de nuestros padres espirituales, ni tampoco que debemos llegar a un punto de pensar que ya nunca más necesitaremos de ellos. Lo que sí quiere decir, es que debemos crecer y madurar, para aprender a apoyarnos directamente en el Señor y recibir fuerzas de Él, y no seguir indefinidamente dependiendo del consejo y sustento de otros.

3) *“...llamó Josué a todos los varones de Israel, y dijo a los principales de la gente de guerra que habían venido con él: Acercaos, y poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes...”*

“Y Josué les dijo: No temáis, ni os atemoriceis; sed fuertes y valientes, porque así hará Jehová a todos vuestros enemigos contra los cuales peleáis.” (10:24 y 25)

Plenamente fogueado y experimentado en el campo de combate, ahora está bien capacitado para alentar y fortalecer a otros – y lo hace con todo peso y autoridad.

Quien no progrese de la primera a la segunda escala, mal podrá entrar en la vida en abundancia. Por otro lado, quien pase de la primera a la segunda y de ésta a la tercera, será quien seguramente estará bien introducido y afirmado en ella.

El Varón con la Espada Desenvainada.-

Poco antes de emprender la toma de Jericó, no mucho después del cruce del Jordán, Josué se encontró con un Varón delante de él que empuñaba una espada desenvainada. Intrigado por esto, se le acercó y preguntó:

“¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?” (Josué 5:13)

La respuesta inmediata fue:

“...No, mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora.” (5:14)

Esto hizo que Josué se postrase en seguida con su rostro en tierra y le adorase, al par que preguntaba:

“¿Qué dice mi Señor a su siervo?”

“Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo” fue la pronta contestación. Y Josué así lo hizo, sin demora. (5:13-15)

Esto nos hace recordar el encuentro de Moisés con el Señor en el Monte de Horeb que se nos narra en Éxodo 3. En la misma forma que Josué, Moisés fue instado a quitarse el calzado de sus pies, por ser tierra santa el lugar en que estaba.

Desde luego que lo que hacía que el lugar fuese santo en ambos casos no tenía nada que ver con el lugar en sí. En cambio, era la sagrada presencia del Señor que lo santificaba, y el quitarse el calzado nos habla de pisar con mucha suavidad y cautela, “en puntillas”, o en punta de pies, como solemos decir, conscientes de que en ocasiones como éstas hemos de cuidarnos mucho de no cometer torpezas, o actuar ni aun hablar de forma que pueda resultar fuera de lugar o inoportuna.

Si bien los dos encuentros tuvieron esto en común, la manifestación de la presencia divina propiamente dicha fue muy distinta. En el caso de Moisés, la llama de fuego que ardía en medio de la zarza y no se consumía, era una señalización profética que marcaba el destino que le aguardaba.

En efecto: en los 40 años siguientes que lo iban a llevar hasta el fin de su carrera, él iba a arder y arder con la llama de la santidad, de la intercesión y de la causa de Dios, derramando con ella toda la fuerza pujante de su hombría. Por las enormes crisis y tormentas que tuvo que afrontar, sobretudo por la gran rebeldía de la generación que había sacado de Egipto, en un plano normal él tendría que haber acabado exhausto y en un estado de nervios deplorable.

Sin embargo, el gran milagro iba a ser que, al igual que la zarza con la llama ardiente quedaba totalmente intacta, él iba a terminar – como testimonio vivo de la gran fidelidad del Señor que lo había llamado – con todo su vigor varonil y con la visión límpida y diáfana – *“sus ojos nunca se oscurecieron.”* (Deuteronomio 34:7)

El futuro de Josué había de ser muy distinto. Iba a ser el guerrero formidable que liderase las huestes de Israel en numerosos campos de batalla, contra los ejércitos de los enemigos que se encontraban en la tierra prometida.

Para capacitarlo para ello, el Príncipe del ejército de Jehová, como el Todopoderoso Varón de Guerra, se le manifiesta con la espada desenvainada, que le ha de comunicar la fuerza y energía divinas para acometer empresa tan gigantesca. Y de ahí en más, equipado y fortalecido de esta forma, la espada en su diestra iba a volar y volar en el combate, trocha y mocha, por derecha e izquierda, por arriba y por abajo, hasta no dejar en pie ningún enemigo que osara enfrentarlo.

Vemos en todo esto la sabiduría insondable del Eterno Dios, que sabe bien el fin desde el principio, y que además, muchas veces en un momento crucial de la vida de un siervo o una sierva – generalmente en su primer encuentro con el Señor, pero no

siempre - pone sobre él o sobre ella el sello inequívoco de lo que ha de ser su rumbo y glorioso destino.

La siembra generosa y la cosecha en plenitud.-

Las exhortaciones dadas a Josué por Moisés y por el Señor mismo, por cierto que no cayeron en saco roto:

“No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel...” (Josué 8:35)

“De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés su siervo, así Moisés lo mandó a Josué; y así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que Jehová había mandado a Moisés.”(11:15)

Muchas veces, sobretodo en la juventud, se desea alcanzar buenos resultados y tener éxito con la mayor prontitud posible. En ese afán por lograrlos, es muy fácil desatender el principio de la siembra y la cosecha, firmemente establecido por Dios para todas las cosas, y olvidar o ignorar lo que se nos dice en 2ª. Corintios 9:6 : *“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará.”*

Josué hizo una siembra muy generosa. Ya hemos visto cómo permanecía dentro del tabernáculo, enterrando y sumergiendo su vida, por así decir, en la presencia del Señor. Además, por unos 40 largos años estuvo como servidor bajo la tutela de Moisés, sin dar nunca la menor muestra de desobediencia o insumisión, entendiendo bien que todo lo que se le decía que debía hacer, venía de parte del mismo Señor a través de Su siervo Moisés.

Una vez que murió éste y él asumió el liderazgo, se cuidó celosa y meticulosamente de no dejar absolutamente nada de los mandatos recibidos sin cumplir, como ya hemos visto en los versículos citados anteriormente.

Años más tarde, completada la conquista *general o global* de la tierra, y acercándose al final de su trayectoria, podía comprobar con la más profunda satisfacción la absoluta fidelidad del Señor para con los Suyos de verdad:

“No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.” (21:45)

“...reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas” (23:14)

Joven – varón o mujer – que estás buscando servir al Señor con la aspiración normal y lógica de que tu vida cuente para Él y para los valores de la eternidad: permite que te aconseje que no pongas la mira en triunfar rápidamente, o en alcanzar cosas quizá demasiado grandes para ti. (Salmo 131:1)

En cambio, olvidando todo eso, céntrate en serle fiel al Señor en la tal vez pequeña tarea que por ahora ha puesto en tus manos. Aprendiendo de Josué, enciértrate por buenos ratos en Su presencia, amándole, derramando tu alma ante Él y bañándote en Su luz y santidad. Sé fiel en tu estudio y tu trabajo, esmerándote para rendir siempre lo mejor que puedas. También sé estrictamente recto y puntual en todo cuanto se relacione con el dinero, que quien no lo sea nunca podrá ser apto para las cosas de verdadero valor en el Reino de Dios.

Y siembra abundantemente en el amar y servir a tus hermanos; prodiga tus mejores esfuerzos en leer y asimilar la palabra de Dios, de tal manera que sea el primer y más importante libro de tu vida. Guárdate mucho del peligro de envanecerte, que por allí muchos gigantes han perdido el rumbo y caído estrepitosamente. En cambio, sábetete y siéntete muy pequeño; así permitirás que a su debido tiempo, Él sea grande en tu vida. Y así la cosecha, no según tus ideas o previsiones, sino según la

medida del gran corazón de Dios, a la postre seguramente te colmará hasta dejarte plenamente satisfecho y realizado.

El caballero ejemplar.-

En los capítulos 13 al 19 de Josué se nos detalla la repartición de la tierra entre las tribus de Israel. Al final de esta larga sección, nos encontramos con el penúltimo y antepenúltimo versículo de la misma:

“Y después que acabaron de repartir la tierra en heredad por sus territorios, dieron los hijos de Israel heredad a Josué hijo de Nun en medio de ellos; según la palabra de Jehová, le dieron la ciudad que él pidió, Timnat-sera, en el monte de Efraín; y él reedificó la ciudad y habitó en ella.” (19:49-50)

Aquí tenemos un rasgo hermoso del carácter de Josué que no se nos debe pasar por alto. A diferencia de tantos, que anteponen el interés y la ventaja personal al bien de los demás, Josué obró en sentido totalmente contrario. Primero se encargó de que cada tribu recibiera su parte, y recién cumplido ese largo y laborioso proceso, él recibió la suya.

Y además notemos que no se nos dice que él la tomó para sí, sino que los hijos de Israel se la dieron, lo cual es muy distinto.

Todo esto constituye un punto muy importante, que lo señala como un caballero de verdad, noble y ejemplar.

El día como no ha habido otro.-

Pero el día más grande y glorioso en la vida de Josué tuvo lugar un buen tiempo antes, en medio de la larga guerra de la conquista.

Israel había entrado en alianza con los gabaonitas. Al venir cinco reyes de los amorreos a luchar contra éstos, le hicieron a Josué un urgente pedido de auxilio. Sin demora ni vacilación, partió con su ejército en una marcha que le llevó toda la noche.

Al llegar al escenario de la lucha, bien pronto entabló combate contra los amorreos, y ayudado por el Señor, los derrotó y los puso en franca retirada. Muchos murieron víctimas de grandes piedras de granizo que cayeron sobre ellos. No obstante, un buen número todavía seguía escapándose, y como ya se empezaban a insinuar las sombras del atardecer, se presentaba la posibilidad muy concreta de que muchos enemigos se escondiesen en la oscuridad y lograsen escapar y ponerse a resguardo, quedando así sin completarse la victoria.

Fue entonces que, en una manifestación de fe, sacrificio y gran osadía, Josué habló primeramente al Señor, y después prorrumpió en un grito marcial que debe haber sido absolutamente electrizante:

“Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón.” (Josué 10:12)

Milagro de los milagros, el reloj quedó detenido por el espacio de casi un día entero; la luz solar siguió brillando e iluminando toda la comarca, y así la victoria contra los amorreos se pudo completar cabalmente.

Después de haber marchado toda la noche anterior y derrochado en la lid todas sus energías por un día entero, lo más natural habría sido darse una tregua ese anochecer, para entregarse a un muy merecido y necesitado descanso.

Sin embargo, con un alto sentido del deber y de no dejar la tarea sin terminar, él, al frente de sus valerosas huestes, se sobrepuso a todo eso. Fue un milagro que él requirió del Señor, no con fines egoístas ni triunfalistas, sino para poder cumplir plenamente el mandato recibido de eliminar a los enemigos, esos antiguos habitantes que habían cometido tantas abominaciones.

Este gran milagro, en vez de traerles comodidad y descanso, les reportó el tener que seguir luchando por casi otras 24 horas, cuando sus cuerpos cansados y tal vez casi exhaustos, les pedirían a gritos una tregua y el reposo de la noche.

Y esta muestra de espíritu estoico y aguerrido nos da otra señal inequívoca de la verdadera grandeza de este guerrero colosal.

Con razón que la Escritura lo subraya con la más clara elocuencia:

“Y no hubo día como aquél, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre...” (Josué 10:14)

El día en que oyendo la voz de un hombre - ¡ y qué hombre! - Dios interrumpió y detuvo las órbitas planetarias. Seguramente debe haber llenado a cuantos lo presenciaron – hombres y mujeres, ángeles y arcángeles, serafines y querubines – de tremendo asombro y admiración.

Hay mucho más que se podría decir en cuanto a Josué. Pero no es nuestro propósito presentar un cuadro completo de su persona y actuación, sino el de delinear algunos rasgos sobresalientes de su vida que hacen a nuestro tema central.

Para él, quedarse junto con el pueblo de Dios en el desierto, del mal lado del Jordán, habría sido un contrasentido totalmente inaceptable. Siempre lo tuvo muy claro que la meta divina era llevarlos a la buena tierra del Canaán prometido. Y aunque veía y comprendía los riesgos y las luchas que esto iba a suponer, su fe y confianza en el Señor y Su palabra lo llenaban de valentía, aplomo y optimismo para ir adelante y triunfar.

Que todo esto se anide en tu corazón y en tu ánimo, y que tú también, alentado por este ejemplo, te dispongas a dejar atrás el desierto y entrar en la plena herencia de la vida en abundancia. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO 10 – CALEB, el octogenario con el reloj detenido por 45 años

Habiendo hablado de Josué en el capítulo anterior, sería injusto que omitiésemos dedicarle un capítulo a su fiel camarada Caleb, varón ejemplar también en el más amplio sentido de la palabra.

Cuando los otros diez espías dieron el mal informe que hizo desfallecer al pueblo, Caleb reaccionó de inmediato e hizo oír su voz con toda firmeza y claridad:

“Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos.” (Números 13:30)

No obstante, toda la congregación prestó más atención a las palabras de los diez malos espías, y alzaron su voz llorando, lamentando y murmurando contra Moisés y Aarón, llegando incluso a decirse el uno al otro:

“Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto.” (Números 14:4)

Como tantas veces se ha dicho – *ellos habían salido de Egipto, ¡pero Egipto no había salido de ellos!*

Entonces, en una segunda ocasión Caleb tomó la palabra juntamente con Josué, afirmando:

“...la tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena.”

Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis.” (14:7 y 9)

Sin embargo, la reacción del pueblo fue hablar de apedrearlos a los dos. Fue en ese punto de tiempo que la gloria de Dios apareció sobre el tabernáculo, y el Señor

dio la grave sentencia que ya comentamos al principio. En efecto: con la sola excepción de Josué y Caleb, todos los demás iban a quedar excluidos de la buena tierra y morir en Egipto. En cambio, la nueva o segunda generación iba a entrar a disfrutarla, cuyo significado simbólico ya hemos explicado con amplitud.

Al hacer la excepción de Caleb a todo esto, el Señor dio un maravilloso testimonio de él:

“Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión.” (Números 14:24)

Refiriéndose a los demás, los calificó de “depravada multitud”, que lo había provocado a ira una y otra vez, y se había negado a escuchar Su voz. (14: 22 y 27)

En cambio, de Caleb dijo que era *Su siervo*, con toda la honra que ello conlleva. Pero además agregó que tenía otro espíritu en él, que le hacía ver y valorar las cosas en forma diametralmente opuesta. Y esa visión y esa valoración que él tenía, le movían a seguirlo a Él - Su Dios y Señor – en forma absoluta y con toda confianza.

Bien cabe aquí que elevemos la oración de que, por gracia divina, podamos cada uno de nosotros ser de la estirpe de Caleb, y no de la de los diez espías rebeldes, temerosos e incrédulos.

Años más tarde, al referirse a esa situación, Caleb nos dice en Josué 14: 7:

“...y yo le traje noticias como lo sentía en mi corazón.”

Mientras los otros diez albergaban en su corazón la duda y desconfianza y el deseo de volver a Egipto, Caleb guardaba en el suyo la palabra de Dios y Su fiel promesa.

“En mi corazón he guardado tus dichos,

Para no pecar contra ti,” se nos dice en el Salmo 119:11

Así, en la hora crucial, a diferencia de los demás que despreciaron la buena tierra y murieron en el desierto, él pudo agradar a su Señor, honrándolo con su fe y valentía, y no volviéndose atrás en lo más mínimo.

Dios lo premió de una manera particular, que pone muy de relieve Su sabiduría, justicia y amor. Efectivamente: el mal informe de los diez espías infieles y la rebelión del pueblo en Cades Barnea, demoró el cruce del Jordán en casi 40 años, que fue el tiempo que debió transcurrir hasta que esa primer generación quedase extinta. A esto había que agregar un período adicional de poco más de 5 años para la conquista de la tierra.

Recién entonces, y por causas completamente ajenas a él, le iba a tocar entrar en su herencia. En un plano normal, a esa altura y a la edad muy avanzada de 85 años, no iba a tener las fuerzas suficientes como para desalojar a los gigantes. Además, no iba a poder disfrutarla como lo habría hecho 45 años antes, cuando era joven y estaba en la plenitud de sus fuerzas.

Previendo todo eso y no queriendo consentir de ninguna forma que padeciese esa injusticia *¡Dios detuvo el reloj de su vida!* Mientras los demás envejecían e iban quedando por el camino, él seguía joven y lozano, rebosando de buena salud y pletórico de energías.

Así podía decir con enorme satisfacción:

“... hoy soy de edad de ochenta y cinco años.

Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar.” (Josué 14:10-11)

Así, con la ayuda del Señor, no sólo pudo desalojar a esos tres gigantes, sino también disfrutar de ahí en más de su herencia, como si estuviese en su plena juventud.

Elocuente muestra de cómo el Señor cuida y honra a quienes le son fieles de verdad.

Los gigantes de Hebrón.-

La porción que le tocaba a él, Dios se la había otorgado por juramento a través de Moisés. Era la ciudad de Hebrón con sus entornos, ubicada en una zona montañosa a unos 40 kilómetros al Sur de Jerusalén, dentro del territorio de Judá, que era su tribu.

Él sabía muy bien que en ella moraban tres temibles gigantes y que estaba fuertemente fortificada y amurallada. Sin embargo, lejos de atemorizarse, tenía plena confianza que, con el Señor de su parte, los iba a poder vencer y desalojar.

“Dame, pues, ahora este monte...” (Josué 14:12) fue el justo reclamo que le formuló con toda propiedad a Josué, líder de Israel.

Al bendecirle éste y otorgarle su aprobación y bendición, Caleb marchó a Hebrón, y lleno de fe y valor, efectivamente arrojó a los tres gigantes que se interponían ante él – Sesai, Ahimán y Talmái. Y así pudo, como ya se ha dicho, pasar a disfrutar de su herencia, con 85 años de edad, pero en la plenitud de su capacidad física y como si aún estuviera en la frescura e ilusión de sus 40 años.

Pero, por más hermoso e inspirador que sea todo esto, no debemos perder de vista el claro simbolismo espiritual que nos brinda, para nuestra ilustración y estímulo.

Los gigantes que se nos oponen en nuestra marcha hacia nuestra plena herencia.-

En este subtítulo estamos designando algo que, por cierto, no es ninguna fantasía ni invención de nuestra imaginación, sino por el contrario, un factor absolutamente real y práctico.

Es muy cierto que Jesucristo ha venido para darnos vida y vida en abundancia. Pero también lo es que en nuestro avance y progreso hacia la misma, a menudo hemos de encontrar fuertes obstáculos que superar y vencer.

Para muchos, los mismos se han de identificar como demonios o malos espíritus. No obstante, enseñados por la experiencia de varias décadas, y deseando dar a lo que escribimos unas claras y sanas bases bíblicas, nos inclinamos por otra vía – la de gigantes muy reales que no son demonios ni malos espíritus en sí, sino más bien *lo que estos últimos tratan de producir* en su lucha espiritual contra los santos, con el fin de obtener terreno para operar en sus vidas.

Indudablemente que en todo esto prolifera una gran variedad, pero por razones de espacio y tiempo nos limitaremos a unos pocos casos típicos.

1) El gigante de la incredulidad y el temor.-

Hemos puesto a estos dos en el singular como si fueran uno solo, porque funcionan en estrecha colaboración, muy a menudo acompañándose muy de cerca el uno al otro.

Como ya hemos señalado y comentado en obras anteriores, la incredulidad – específicamente el no creer la palabra de Dios – es la madre de todos los pecados. Aparte de la horrible blasfemia que supone, al hacerlo a Dios mentiroso, nos deja en un profundo y oscuro abismo, pues ¿qué porvenir nos espera sin Dios y sin Sus promesas? Al igual que lo que les acaeció a Adán y Eva, inevitablemente nos lleva a tener miedo y a escondernos o pretender escapar de Dios.

Quien tenga no más que un poco de experiencia práctica, en cuanto al tema que estamos tratando de entrar en la vida en abundancia y permanecer en ella, estará sin duda plenamente de acuerdo en que este gigante de la incredulidad es algo muy concreto, que intenta con frecuencia enfrentarnos y cerrarnos el paso.

Nuestros fallos y torpezas, cometidos en el pasado; el pensar que se trata de algo nuevo que nunca hemos conocido ni experimentado; quizá las veces que hemos intentado entrar en ello sin conseguirlo; nuestra inconsecuencia y a menudo nuestro franco fracaso en el terreno de llevar una verdadera vida de oración; desengaños que nos hemos llevado por una y otra causa, etc. etc., - no son sino algunos de los factores que han contribuido, y hasta el día de hoy contribuyen, a darle asidero y hasta formidable fortaleza a este gigante, de tal manera que a algunos les resulta imponente y hasta invencible.

Y para colmo, muchas veces se hace acompañar por el otro, tan malvado como él – el del temor.

“¿Y si fallo y termino mal parado y derrotado?”

“¿Y si al entrar en esa nueva esfera, el enemigo me convierte en un blanco especial, y me asedia día y noche?”

“¿Y si mi rutina y estilo de vida se van a revolucionar, y ni yo ni mi mujer sabremos adónde iremos a parar con tantos cambios y reajustes?”

“¿Y si me pasa como a otros que se lanzaron de cabeza, y después de caer en el fanatismo se fueron a pique?”

Éstas son solamente algunas de las muchas preguntas maliciosas con que se nutre y agranda su musculatura este horrible gigante.

¡Cuántos y cuántos han claudicado, y presos de la duda y el miedo, se han vuelto atrás, resignándose a una vida mediocre, de segunda o tercera categoría, en el desierto seco y estéril!

2) El gigante de la apatía y el desgano.-

Éste es uno que no parece ser tan fuerte, y a primera vista no asusta ni aparenta ser muy peligroso. Pero detrás de su aspecto más bien débil e inofensivo, se oculta una malicia muy sutil que ha invadido e invade las almas de muchos cristianos, quitándoles el apetito y la sed de las cosas de Dios.

Se vale de un sinnúmero de subterfugios o argumentos, siempre con el fin de desanimar y apagar el entusiasmo y la ilusión. Aquí van algunos de ellos:

“Los resultados no han sido lo que se esperaba y no vale la pena seguir haciendo tanto derroche de energía y esfuerzos.”

“Como ya se ha logrado bastante, será más prudente ahora tomarse un largo y merecido descanso de tanto trabajo y desvelo.”

“El cansancio y las muchas otras obligaciones hacen aconsejable que pasemos ahora a un ritmo más lento y reposado.”

“La oración no me apetece como antes, de manera que ahora me limito bastante, a menos que haya una necesidad especial, o bien que me surja en un momento determinado, un deseo espontáneo de volver a orar con intensidad.”

“La verdad es que me siento bastante desilusionado. Sin abandonar la fe ni el congregarme en la reunión principal de la semana, estoy ahora dedicándome a otras actividades (¿paracaidismo? ¿golf? ¿ajedrez? o ¿motociclismo?) No son mundanas ni pecaminosas, y creo que serán una buena terapia para relajarme y hacerme olvidar muchas cosas. Además, así me evito las tensiones y problemas que vienen cuando uno se da de lleno.”

“Esto de orar y estudiar la palabra cada día, se ha vuelto en un legalismo aburrido y estéril. El péndulo se ha inclinado demasiado hacia ese lado, y ahora se hace necesario corregirlo, llevándolo en sentido contrario.”

“Tantas horas dedicadas a visitar a otros, tratando de ayudar o consolarlos, han terminado por agotarme, y la verdad es que no he visto muchos resultados. Además, parece que nadie se da cuenta ni valora todo lo que uno ha hecho.”

A todos éstos, y muchos más que se podrían consignar, debemos añadir el efecto tremendamente perjudicial que en tantos casos ocasiona la televisión. A menos que se sea muy selectivo y se ejerza una firme disciplina, acompañada de un fuerte dominio propio, el daño que causa es indudable. Entre otros males, *quita las ganas de orar de veras y buscar a Dios de todo corazón, y también va invadiendo imperceptiblemente el organismo espiritual y anímico, llenándolo de células de mundanalidad, crimen, terror y obscenidades.*

Quien tenga dudas sobre esto muy bien puede someterlo a prueba. Después de quedarse hasta tarde viendo una de esas películas típicas, que pase a su alcoba para darse por un buen rato a la oración - ¡y que a la mañana siguiente me diga cómo le ha ido!

No seamos ciegos ni incautos. Buena parte de la corrupción, inmoralidad, crimen y otros males que en las últimas décadas han ido en considerable aumento, se deben al lugar preponderante que en la mayoría de los hogares se da a la “cajita mágica”, con sus películas y programas, a menudo saturados de toda clase de corrupción y contaminación.

Resumiendo, la apatía y el desgano constituyen otro gigante formidable ante el cual muchos han caído vencidos. *Guárdate mucho para que tú no seas uno de ellos, amado lector.*

3) El gigante del materialismo.-

Sobretudo en los países que cuentan con un elevado índice de prosperidad, éste es un gigante que ha hecho y está haciendo fuertes estragos en muchas vidas de creyentes.

A primera vista podrá parecer que, por el contrario, en países pobres o subdesarrollados, con un bajo nivel de vida, muy poco es el daño que puede hacer.

Sin embargo esto no es así, si bien ha de entenderse que en este segundo caso las cosas discurren por un curso muy particular y distinto.

Efectivamente: muchas veces, debido a la gran necesidad económica y material, para atraer la atención se presenta un evangelio que ofrece bienestar material y prosperidad. O bien se trata de llegar a la gente con obras de alcance social, ofreciendo ropa, comida, albergue, atención médica, medicamentos, etc.

Por una parte, no debemos cerrarnos a las necesidades materiales del prójimo, sino ser sensibles a ellas con sabiduría y, cuando cuadre, con generosidad y bondad. No obstante, al hacer de esto la punta de lanza para alcanzar a los pobres con el evangelio, se comete un error de criterio muy importante, que a la larga ha de traer grandes desengaños.

El verdadero y auténtico mensaje del evangelio es uno de arrepentimiento por el pecado, y de fe en Jesucristo y Su obra expiatoria, a fin de obtener perdón y vida eterna. Ese debe ser en síntesis el mensaje que la iglesia siempre debe tener para todo ser humano – pobre o rico.

Cuando eso se deja de lado para presentar en primer lugar, ya sea a través de la prédica o por la vía de las obras sociales, el aspecto material de la bendición de Dios, se desemboca con toda seguridad en algo falso e ilusorio.

Los adeptos así logrados, en la enorme mayoría de los casos serán pseudo convertidos, que a la postre demostrarán, con el correr del tiempo y con los hechos, que poco o nada han entendido de lo que es la verdadera vida cristiana. Además, al tratar de inculcársela después de haber puesto ese fundamento falso, en la mayoría de los casos se recogerán dolorosos problemas y desilusiones.

Y en esta forma, introduciéndose con tanta astucia y maldad, este gigante del materialismo seguirá causando perjuicios incalculables en situaciones como éstas, en zonas de pobreza y miseria.

En entornos de bienestar material las cosas funcionan de otra manera, igualmente perjudicial. En primer lugar, con raras excepciones aquí y allá, las personas inconversas muestran muy poco interés en los valores morales y espirituales del Reino de Dios. Absorbidos por la prosperidad que disfrutan, no les ven mayor sentido ni razón de ser.

En segundo lugar, muchísimos creyentes, inmersos en una sociedad consumista, con frecuencia caen atrapados en compromisos económicos que acarrearán fuertes demandas sobre su tiempo y sus fuerzas.

Un modelo de televisor con video más moderno y avanzado; un coche nuevo y con mayor potencia, o un lavavajillas más grande y eficaz. Y como el compañero de trabajo, o el vecino, o un familiar, o un hermano en Cristo los ha adquirido ... ¡qué bien nos vendrían a nosotros también!

El inconveniente es que a menudo los ingresos de que se dispone no alcanzan para solventarlo...pero las ofertas de venta a plazos, con crédito a sola firma, son tan tentadoras...

Y así muchos firman al pie y casi siempre sin preocuparse por lo que va en letra chica. *¡Tener el nuevo artefacto o automóvil será tan bueno y nos traerá tantas satisfacciones!*

Como resultado, muchas veces se cae en una doble trampa. Por una parte, el atractivo de esa nueva adquisición se hace tan fuerte, que paralelamente la visión celestial se va eclipsando y opacando.

Por la otra, y para colmo de males, al poco tiempo se descubre que resulta muy difícil afrontar los vencimientos, con sus consabidos intereses. Y así aparece el círculo vicioso de tener que trabajar horas extras para ganar más, o bien la necesidad del pluriempleo, o que la mujer salga a trabajar porque los ingresos del marido no alcanzan.

Como consecuencia de todo esto surgen el cansancio y agotamiento, o bien la pérdida de sueño o tensión en el matrimonio por los problemas de la economía. Las reuniones de mitad de semana ya quedan descartadas; para orar, buscar al Señor, darse a la palabra y a servirle a Él, ya no quedan tiempo ni fuerzas. En fin, que se queda tristemente hipotecado en cuanto a las cosas de Dios. Es como si la vida espiritual estuviese con una soga al cuello, que amenaza con estrangularla por completo.

Esto y mucho más es el daño horrendo e infernal que en forma tan insidiosa ha causado en la vida de muchísimos creyentes este horrible gigante del materialismo.

Seamos muy listos y precavidos para no caer prisioneros en sus terribles tentáculos. Mucho mejor es conformarnos con vivir sobriamente y según nuestros medios e ingresos disponibles. Si le somos fieles al Señor, Él se encargará sin duda de que no nos falte nada realmente necesario, y *por sobre todas las cosas, podremos conservarlo a Él como el tesoro más grande de nuestras vidas.*

Desde luego que se podrían agregar muchos más, a estos tres gigantes que hemos estado tratando. Pero a nuestros fines no creemos necesario añadir más, sino dejarlo en estos tres, en consonancia con los que a Caleb le tocó enfrentar.

Así nos damos por satisfechos en cuanto a esta parte, pero ahora pasamos a algo todavía más importante:-

Cómo Caleb desalojó a los tres gigantes.-

El relato no nos da detalles de la batalla en sí contra ellos, sino que nos dice en forma escueta:

“Y Caleb echó de allí a los tres hijos de Anac, a Sesai, Ahimán y Talmái, ...”(Josué 15:14)

Sin embargo, de otros pasajes de las Escrituras podemos sacar conclusiones provechosas que nos servirán de inspiración y de guía.

En primer lugar están las palabras de Números 14:24 que ya hemos comentado en parte:

“...mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu”...

No debemos interpretar esto como si hablase del Espíritu Santo en él y, en contraste, que los otros tenían demonios o malos espíritus. Más bien se trata de que en su propio espíritu – indudablemente influenciado por el Espíritu de Dios – él tenía una óptica y una apreciación de las cosas que eran totalmente distintas de las de los otros diez.

Ellos veían gigantes, fortalezas y murallas, ante los cuales se sentían y consideraban totalmente impotentes, y no contaban para nada con la expresa promesa de la palabra de Dios.

Caleb veía las mismas cosas, pero dentro de su corazón estaba esa palabra divina, que en su valoración estaba muy por encima de lo que tenía delante de sus ojos. Debemos pues reducirlo concretamente al terreno de la fe:

“(porque por fe andamos, no por vista)” (2ª. Corintios 5:7)

Él andaba por fe. *“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”* (Romanos 10:17) Habiendo oído la palabra de la promesa, la abrazó y la dejó anidarse en su corazón.

Por el contrario, los espías infieles andaban por vista. Para ellos lo que estaba delante de sus ojos pesaba más que la promesa que el Señor había formulado -creían en lo que veían y no en la palabra de Dios.

Hebreos 3:19 lo resume sintéticamente:

“Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad.”

Debemos enfatizar que la fe de Caleb, al igual que la de Josué y de los de la segunda generación que entraron en Canaán, estaba correctamente basada en las claras promesas que el Señor les había dado.

Lamentablemente, no pocas veces se da que algunos se lancen a empresas o proyectos, sin tener una genuina palabra divina de dirección. Incluso pueden pensar que la tienen, y más tarde se descubre que no era así – que se trataba más bien de algo fraguado en sus mentes - posiblemente hasta apoyándose en versículos de la Biblia, pero que en realidad provenía de un deseo personal y no tenía su verdadero origen en el Espíritu de Dios. Sobre esto habría mucho que agregar, pero para no extendernos demasiado, sólo puntualizamos la necesidad de buscar siempre la voluntad de Dios como cosa totalmente prioritaria, despojándonos de cualquier deseo o preferencia personal.

La incredulidad de los que no entraron se demostró también como la madre de todos sus otros pecados, que fueron: despreciar la buena tierra, murmurar contra Moisés y Aarón, rebelarse contra el Señor y disponerse a nombrar un capitán y regresar a Egipto.

Inversamente, la fe de Caleb, brotada de su espíritu, en el cual había albergado la palabra de la promesa, se tradujo en seguir al Señor por completo. (Números 14:24) Durante el transcurso de los largos años que tuvieron que pasar antes de que la primera generación quedase extinta, esa fe le movió a esperar con paciencia y seguir confiando. Y llegado el momento de posesionarse de su herencia, la misma fe le movió a ser valiente y encarar a esos tres gigantes que se le oponían.

Finalmente, al hacer esto último, las promesas en las cuales había depositado su plena confianza alcanzaron un total cumplimiento.

Así, al entrar en batalla contra los gigantes, el Señor, honrando Su palabra, y fiel a todas Sus promesas, peleó a su favor y ninguno de los tres se pudo mantener en pie ante él.

En esto también entraba en juego el espíritu guerrero que, en determinadas situaciones, es algo típico que brota de la fe genuina.

Jesús dijo en Mateo 11:12:

“...el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.”

Sin querer entrar en disquisiciones sobre el significado puntual de este versículo, en relación con el tiempo establecido por Jesús – desde los días de Juan el Bautista hasta pronunciar Él estas palabras – hemos de decir que aquí aparece algo importante y que no debe pasarse por alto. Consiste en que, en determinadas coyunturas, por ese espíritu guerrero a que hemos hecho alusión, debemos ponernos violentos y tomar por la fuerza aquello que en realidad nos pertenece por derecho de herencia.

Este ponernos violentos, no se trata de dar gritos histéricos, expresiones de enfado o rabia carnal contra el enemigo, ni nada por el estilo. Reteniendo nuestra mansedumbre y humildad ante Dios y los hombres, somos sin embargo movidos a veces por el Espíritu Santo a adoptar una postura guerrera contra las tinieblas, y la maldad de los gigantes que se nos oponen en nuestra marcha.

Esto se puede traducir en un limpio grito de batalla o de victoria, o en una proclamación audible y en alta voz de nuestra fe en la palabra de Dios, y de nuestros derechos como hijos Suyos a entrar en la herencia que nos pertenece. Entre otras cosas, hecho realmente en el Espíritu, esto tiene la virtud de despejarnos de cualquier pesadez o duda, afirmarnos en nuestra posición, y ponerlo bien en claro al enemigo que no tiene arte ni parte en nuestra vida – y que de ninguna manera él nos ha de robar lo que Dios nos ha prometido y nos pertenece.

Reiteramos que es algo que debe hacerse en el Espíritu y no como una reacción carnal que provenga de frustración interior o enojo colérico. Tampoco se lo debe practicar de forma rutinaria y como la receta reiterada y permanente, sino cuando uno se siente y se sabe dirigido a hacerlo.

El autor recuerda como años atrás, mientras lideraba una comunidad de fe y de vida en el Norte de Gales, subía en algunas ocasiones a una montaña al pie de la cual estaba la residencia que albergaba a la comunidad. Al llegar a la cima, ni bien recobrada la respiración normal, y mirando en lontananza, pasaba a proclamar a todo pulmón, garganta y corazón, la victoria de Cristo, su fe inquebrantable en la palabra de Dios y muchas de las promesas del Señor para con Sus hijos y siervos amados. Y así volvía, después de recrearse un buen rato contemplando los encantos de la creación desde esa perspectiva eminente, plenamente “oxigenado” y saturado de fe y esperanza.

En la segunda parte de nuestro libro “Hora de Volver a Dios” hemos comentado extensamente las cartas de Jesucristo a las siete iglesias del Asia, contenidas en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. En ellas, entre muchas otras cosas, resalta el hecho de que estaban en batalla, y Él los alentaba a ser valientes y luchar y vencer, para así recibir en cada caso los galardones prometidos. Para ello contaban con Su Espíritu, el del Vencedor Supremo, que ya había triunfado en la batalla más formidable de todo el universo y de todos los tiempos.

Caleb en su época, y a través de la historia muchos más, valientes y aguerridos como él, han logrado salir airoso en la lid. Para ello han usado las mismas armas de la fe, el seguir de lleno al Señor, y el espíritu guerrero valeroso que

se abre paso y desaloja a los enemigos que pretenden privarnos de lo que Dios nos ha prometido.

¡Cobra ánimo, querido lector! Siguiendo el ejemplo de tantos ilustres valientes, lucha con denuedo apoyándote totalmente en el Señor. Él está de tu parte, y con tal que vea en ti el espíritu de Caleb y Josué – y por cierto no el de los diez espías infieles – de seguro que te dará la victoria.

----- () -----

CAPÍTULO 11 – EL reposo de la vida en abundancia.-

“Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que Jehová vuestro Dios os hace heredar; y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitaréis seguros.” (Deuteronomio 12:10)

En el capítulo 2 hablamos brevemente del tema del reposo, relacionándolo con el orden y la armonía que imperan en la vida del buen lado del Jordán. Según lo anticipamos ahí, pasamos ahora a tratar este tema más detenida y detalladamente.

A algunos esto les podrá parecer una cierta contradicción, considerando el contenido de los capítulos 8, 9 y 10 precedentes, todos ellos centrados en el tema de la batalla espiritual.

Sin embargo, esto no debe verse así, sino como un corolario o resultado natural de lo anterior. Es decir que, después de haberse librado y ganado cada batalla, vendrá una paz que irá cada vez en aumento, hasta constituirse en una constante bendita y permanente.

La Biblia nos da muchos contrastes que a primera vista parecen a veces contradictorios, pero que en realidad no lo son. En el caso particular de lo que estamos tratando, resulta evidente que después de la guerra viene la paz, y después de la batalla ganada sigue el reposo. Esto constituye de verdad un contraste clarísimo y también lógico en nuestra progresión espiritual.

Cuando se está en medio del conflicto, rodeado de presiones, las exigencias de la disciplina de combate, y a veces el sacrificio que conlleva con sus consabidas vigiliadas, y también las zozobras, penurias y dolor que a veces se experimentan – en fin, todo aquello propio de la batalla – ¡cómo se anhela que venga el fin de todo eso, para entrar en la paz y el descanso! ¡Y qué dulces y apetecibles nos resultan cuando los alcanzamos!

De ese reposo puntualizamos entonces que es el resultado de haber expulsado los antiguos habitantes de nuestra vida – las obras de la carne y de la pasada manera de vivir, según ya vimos en el capítulo 8. Mientras ellos sigan en pie siempre habrá guerra – una guerra interior en nuestras vidas, que no estará ganada hasta que sean vencidos y desalojados. Y desde luego, quienes se lancen a una *batalla espiritual externa* contra poderes diabólicos, encontrándose todavía en un estado de *guerra interna*, lo hacen en condiciones evidentemente desventajosas y con riesgo de quedar o terminar muy mal parados.

Es de fundamental importancia entender con toda claridad que lo primero y prioritario es ganar la *guerra interior*, lo cual constituye un requisito básico indispensable para poder entrar en nuestra herencia y desenvolvemos fructíferamente en nuestro servicio al Señor. Y por supuesto que esto nos capacita y califica adecuadamente para poder enfrentar la *batalla externa* cuando ella se presente.

En cuanto a esa paz, alcanzada en la forma ya explicada, digamos en primer lugar que nos relaciona más estrecha e íntimamente con el Señor, que como sabemos, es el Dios de paz.

“Y el Dios de paz...os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo...” (Hebreos 13:20-21)

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1ª. Tersalonicenses 5:23)

Notemos que en ambos casos los contextos son similares: el de llevarnos a toda obra buena para hacer Su voluntad, y santificarnos cumplidamente. En otras palabras, subyugando y venciendo todas las fuerzas contrarias, que causan turbación y estorban nuestra comunión, llevarnos a ese reposo interior que nos compenetra más y mejor con nuestro Dios, uno de cuyos principales y más preciosos atributos, como se ha dicho, es el de ser un Dios de paz.

En segundo lugar, pasamos así a ser verdaderos hijos de paz, hermanados e identificados con otros que también lo son – (ver Lucas 10:5-6) Y por la gracia de Dios, amando y sirviendo a otros que se encuentran turbados o apesadumbrados, podremos comunicarles por el Espíritu Santo esa misma bendita paz que ya estamos disfrutando.

Tenemos presente el caso de un hermano que hoy día es anciano y siervo fiel de una iglesia en el Norte de España. Años atrás, antes de su conversión, tenía entre otros, el problema de la drogadicción. Como consecuencia de ello vivía en un estado de tensión e intranquilidad constante.

Varios hermanos y familiares convertidos oraban por él. Entre ellos se encontraba una cuñada suya, que tenía un precioso don de ganar almas con su testimonio personal. Este hermano nos contaba recientemente que siempre que iba a visitarla, se encontraba con una preciosa paz interior, pero que al retirarse volvía a su condición habitual de turbación y desasosiego.

Era sin duda el testimonio del Espíritu, que le hacía comprender que esa paz que experimentaba bajo el techo de su cuñada, era algo que él necesitaba en forma permanente. Además, le daba a entender que esa cuñada la tenía, y eso naturalmente le hacía pensar con toda razón que el mensaje de Cristo que ella llevaba a flor de labios, era lo que él necesitaba. Así se entregó a Cristo, fue completamente liberado, y como decimos, actualmente sigue y sirve al Señor en forma digna y ejemplar.

Es toda una dicha no sólo vivir en la paz y el reposo de Dios, sino poder, por la gracia divina, transmitirlos a otros que tan necesitados están en ese terreno.

A todo lo largo de la historia bíblica, tenemos, junto con muchos otros, un hilo muy rico e instructivo del tema del reposo. El mismo empieza en realidad en los albores de la creación. En efecto: al final del sexto día, habiendo visto el Señor que todo lo que había hecho era bueno en gran manera, decidió reposar al día siguiente de toda la obra que había hecho, bendiciendo y santificando ese séptimo día.

Como es bien sabido, el hombre fue creado el sexto día, y vemos así, como alguien ha puntualizado, que el primer día siguiente al de su creación fue el día de reposo. Esto es una clara señalización de que uno de sus destinos sería el de entrar a compartir el mismo reposo del cual disfrutaba su Dios y Creador.

Esto añade una faceta muy importante: el reposo de la vida del buen lado del Jordán es uno que va de la mano con una comunión estrecha con el mismo Señor, compartiendo con Él esa paz Suya que sobrepasa todo entendimiento.

Tanto en el Salmo 95:11 como en Hebreos 4: 3 y 5, donde se lo cita, al referirse al entrar y disfrutar de la buena tierra por parte de Israel, se habla de ello como entrar en Su reposo, es decir el reposo de Dios mismo. El cuarto capítulo de Hebreos lo comenta, hilvanándolo con el Salmo 95, de tal manera que nos hace ver

que hay un reposo mayor que el que Josué le dio a Israel con la conquista de Canaán, y éste es el reposo espiritual que alcanzamos en Cristo Jesús. Esto es lo que estamos tratando, tomándolo figurativamente en base al Canaán terrenal de Israel, pero con las mismas proyecciones espirituales que nos da Hebreos 4.

En forma muy sintética podemos tomar los siguientes puntos principales:

- 1) Es el reposo de la fe; (4:3)
- 2) Nos lleva a reposar de nuestras propias obras. (4:10) En uno de sus varios sentidos, ello se refiere a esos esfuerzos laboriosos y penosos para “pulir nuestra imagen”, y aparecer ante Él y los demás, muy presentables y llenos de méritos propios, lo cual se puede estar haciendo aun como hijos de Dios, ya convertidos, y aun como siervos o ministros del Evangelio.
- 3) Debemos procurar con diligencia entrar en ese reposo, y no caer en la incredulidad ni en la desobediencia que excluyeron a la primera generación de Israel.(4:11 y 3:19)
- 4) Aparte de esto, está lo ya señalado de que es SU reposo – el reposo de Dios mismo. Esto lo coloca en un nivel muy superior. No es meramente estar tranquilo, con calma y sin sobresaltos, sino disfrutar de la misma paz de Dios, ésa de la que ya dijimos que *sobrepasa todo entendimiento*, según Filipenses 4:7.

Mientras estamos en nuestro peregrinaje espiritual, con sus demandas sobre nuestro tiempo y fuerzas, y las numerosas alternativas y vicisitudes que nos depara, esa paz no es siempre todo lo constante que quisiéramos. Inevitablemente, por fuera surgen factores que buscan interrumpirla, pero interiormente perdura y prevalece. Y a medida que avanzamos en experiencia y madurez, se va afianzando y ahondando, de tal forma que, paralelamente con ir entrando en una posesión cada vez mayor de nuestra herencia en Cristo, nos vamos convirtiendo más y más en *verdaderos hijos de paz*.

Y esa bendita paz, tan necesaria para representar dignamente al Dios de paz, pasa así a envolver nuestras vidas, como sello y testimonio aprobatorio, y, al igual que la luz de la aurora, va en aumento hasta que el día es perfecto.

¡Oh atribulado peregrino, que marchas agobiado con tanta turbación y tantas cargas, todavía rondando y rondando por el desierto, del mal lado del Jordán! Cobra ánimo al leer estas líneas – acércate al Maestro para depositarlo todo a Sus pies. Y ruégale que te ayude y conduzca, de una buena vez, a cruzar el Jordán y dejar atrás para siempre ese desierto tan árido y penoso. Amén.

- - - - - () - - - - -

CAPÍTULO 12 – Una vida de fruto, gratitud, regocijo, alabanza y adoración.-

Aunque este capítulo bien podría ser el penúltimo, preferimos adelantarlo, dejando ese lugar para el siguiente, en el que examinamos las riquezas y deleites de la buena tierra.

“Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado.” (Deuteronomio 8:10)

Por supuesto que el entrar en posesión de la buena tierra y disfrutar de toda su abundancia, iba a provocar un deseo y sentimiento muy grande de gratitud y de alabanza al Señor, al cual bendecirían de todo corazón.

Y junto con ello experimentarían indudablemente un gran regocijo por tanta bondad y bendición. Este último – el regocijo – está reflejado especialmente en dos de las tres fiestas anuales que Israel debía celebrar.

Significativamente, en las instrucciones para la primera de las tres, la de la pascua y los panes sin levadura, contenida en Deuteronomio 16:1-8, no se menciona el alegrarse delante del Señor; solamente se la describe como “*fiesta solemne a Jehová tu Dios.*” (16:8b) Era un recordatorio agradecido de haber salido de Egipto, la tierra de servidumbre. (16:3b)

En cambio, en la descripción de la fiesta solemne de las semanas, se nos dice:

“*Y te alegrarás delante de Jehová tu Dios, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita que habitare en tus ciudades, y el extranjero, el huérfano, y la viuda que estuvieren en medio de ti...*” (16:11)

¡Es decir que iba a ser un regocijo general de todos sin excepción!

Pero aun esto iba a ir en aumento en la siguiente fiesta, la de los tabernáculos, una vez recogida la cosecha.

“*...y estarás verdaderamente alegre*” (16:15b) que, en otras versiones da el sentido que *de seguro que te regocijarás* (Versión autorizada del Rey Santiago) o bien *no harás más que regocijarte*, en la literal de Young. Esto último da a entender que sería un regocijo permanente, ininterrumpido por penas y tristeza, lo que nos hace pensar en un anticipo del más allá, o por lo menos en algo bastante aproximado a ello.

Es decir que en las dos últimas fiestas sería un regocijo que se iría incrementando progresivamente, y en esto podemos trazar un significativo paralelo espiritual, ya que en la experiencia cristiana, especialmente en el ministerio, sucede lo mismo, o por lo menos algo parecido.

Efectivamente: sobre todo en los comienzos y en una época temprana, suele haber una siembra de sacrificio, dolor y lágrimas, si bien los consuelos de Dios y el gozarse en Él nunca faltan. Más tarde, al empezar a aparecer frutos alentadores, naturalmente uno se siente satisfecho, y comienza a regocijarse *en cuanto a sus labores* como no lo había podido hacer anteriormente. Y con el correr del tiempo, se llega a la plena cosecha, que trae la más íntima y profunda satisfacción, acompañada por un regocijo cual no se había experimentado nunca antes.

Notamos también en todo esto que lo natural armoniza con lo espiritual. En las dos esferas viene primero la siembra, con todos los trabajos y preparativos previos. Seguidamente, un tiempo de espera, en el cual la lluvia temprana juega un papel importante. Después de esto las primicias, como anticipo de algo aun mejor y más abundante. Y finalmente, tras la lluvia tardía, la plena cosecha, que supera en cantidad y calidad a todo lo anterior, y nos trae la más cumplida realización.

En cuanto a la siembra, no podemos pensar en una mejor expresión de la verdad que encierra, que la que nos da Jesús en Juan 12:24

“*De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.*”

Ese morir va implícito de una forma u otra en la siembra, en la cual uno debe estar dispuesto a dar su vida y su todo por el Señor y Su servicio. La manera práctica en que esto se desenbuelve varía muchísimo, según el propósito que el Señor persigue con cada uno.

Otro aspecto que debe tenerse muy en cuenta, es el de la reproducción según la especie y género. Ésta es una ley natural dada ya en la primer página de la Biblia.

“*Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno.*” (Génesis 1:12)

Como sabemos, la misma ley tiene plena aplicación en lo espiritual. Así, un grupo que sale de una iglesia en división, generalmente con el tiempo reproduce otra división. Cuando un creyente con una vida débil y no muy comprometida gana a alguno para el Señor, normalmente se observará que este último ha de mostrar los mismos rasgos de debilidad y falta de compromiso, y posiblemente en una medida aun mayor.

Por otra parte, cuando uno que es sano, fiel y robusto espiritualmente, lleva a alguien a Cristo, generalmente se verá que éste resulta igualmente sano, fiel y robusto.

Todo esto desde luego no hace sino poner de relieve la importancia de que crezcamos y nos desarrollemos en calidad de vida, y a su tiempo alcancemos madurez en la misma, a fin de que el fruto que llevemos sea de la mejor calidad posible. Y esto siempre habrá de ser un fuerte incentivo para que nos santifiquemos y escalemos posiciones, con unas ansias muy sanas de superación constante, sabiendo que ello redundará en beneficio grande y directo de aquéllos a quienes engendremos, criemos y alimentemos en la fe.

Esto en cuanto al fruto en sus distintas escalas y el regocijo progresivo que nos va deparando.

Con respecto a la alabanza, en realidad no encontramos mucho de ello expresado de forma directa en el libro de Deuteronomio. Sí que lo encontramos en cambio en grado superlativo en muchos de los Salmos, especialmente los compuestos por David.

La alabanza al Señor, acompañada por nuestra gratitud hacia Él, por la expresión de nuestro amor hacia Su persona, y asimismo por nuestra adoración en espíritu y en verdad, forma parte fundamental de nuestra relación personal con Él. Debe estar presente no solamente en el tiempo de bendición y de fruto abundante, sino en las ocasiones menos favorables y propicias, incluso de pruebas y dificultades. Aunque esto último es más difícil, por la gracia del Espíritu puede y debe lograrse.

En el Salmo 34, compuesto por David en medio de sus muchas tribulaciones cuando era perseguido implacablemente por Saúl, tenemos palabras que nos hablan del alto nivel de su relación personal con el Señor:

“Bendeciré a Jehová en todo tiempo.”

“Su alabanza estará de continuo en mi boca.”

“En Jehová se gloriará mi alma;”

“Lo oirán los mansos y se alegrarán.”

*“Engrandeced a Jehová conmigo,
Y exaltemos a una su nombre.” (Salmo 34:1-3)*

Una cosa es repetir y cantar estas palabras. Otra es vivirlas genuinamente, mientras se está en medio de la adversidad o en la fragua de la prueba y el dolor.

En esto, David por cierto que nos da un ejemplo encomiable y maravilloso. Él no vivía en el tiempo de la gracia y el Nuevo Pacto en que nos encontramos actualmente. Sin embargo, no cabe duda que el Espíritu del Señor, derramado inicialmente sobre su vida al ser ungido por Samuel, lo fortalecía y capacitaba en este aspecto de una manera muy especial.

Sobre la alabanza congregacional.-

Como es bien notorio, en muchos círculos de la iglesia en los últimos tiempos la alabanza ha alcanzado un auge mayor que hace unas décadas. También ha sufrido cambios tales como el abandono en muchas partes de los himnos tradicionales que antiguamente se entonaban. En cambio, ahora en muchas iglesias solamente se cantan coros o canciones más bien breves que han ido apareciendo, y muchas veces

sin ninguna programación previa, dejándosela librada a la inspiración o la improvisación del momento.

Si bien este libro está enfocado hacia la perspectiva individual, estimamos oportuno detenernos aquí para insertar un breve paréntesis sobre el aspecto colectivo o congregacional de la alabanza. Basados en los lineamientos que nos da la palabra y la experiencia recogida durante unos buenos años, pasamos pues a puntualizar algunas pautas tendientes a encauzarla sobre carriles sanos y acertados.

1) Con inteligencia o entendimiento. -

"*Cantad a nuestro Rey, cantad;*

"...Cantad con intaeligencia." (Salmo 47:6 y 7)

En otras versiones, en lugar de inteligencia se traduce *entendimiento*. Los dos vocablos nos dan claramente un sentido de algo que debe hacerse con plena comprensión y de forma sabia y correcta.

Una alabanza en que instrumentos tales como el tambor o los platillos suenen tan fuertemente que no se alcanzan a oír bien las palabras, desde luego que no entra dentro de este encabezamiento.

Lo mismo debe decirse de canciones que solamente entonan unos pocos, mientras que la mayoría no participa, por no saberlas, o por actuar más bien como espectadores.

En estos dos aspectos lo correcto es lo siguiente:

- a) que la música acompañe y realce la letra melodiosamente, pero permitiendo que esta última se oiga bien, y las palabras puedan distinguirse con toda claridad.
- b) que la música y la canción se dispongan de tal manera que todos sean motivados a participar, evitándose lo que con cierta frecuencia se ve:- que sólo participan unos pocos que están al frente, mientras que el grueso de la congregación, por no saber lo que se está cantando, o no ser debidamente motivados, tienen muy poca o ninguna participación.

Se exceptúan, claro está, las ocasiones en que un coro participa en forma exclusiva, pero aun en estos casos debe cuidarse que no se busque el lucimiento personal de nadie, sino que el Señor sea de veras engrandecido, y las palabras que se canten lleguen con toda nitidez y edifiquen a la congregación.

2) En el Nuevo Testamento. -

Si bien, como se ha dicho, en los Salmos encontramos una gran profusión de alabanza, que a menudo iba acompañada por una gran variedad de instrumentos musicales, en el Nuevo Testamento no sucede lo mismo en cuanto a la iglesia primitiva.

Esto no significa de ninguna manera que se deba tomar una actitud extrema en cuanto a instrumentos musicales, prescindiendo totalmente de ellos. Pero la verdad objetiva es que no hallamos nada que se aproxime siquiera a conjuntos musicales con muchos y diversos instrumentos. Tanto en las iglesias modelo de Jerusalén y Antioquía, como en las demás que surgieron posteriormente, si bien la alabanza ocupaba un lugar importante, sin ninguna duda el ministerio de la palabra era lo principal – el arma poderosa y la carta de triunfo – que vemos aflorar vez tras vez en el relato de Los Hechos.

También debemos tener muy en cuenta las palabras de Jesús en cuanto a que el Padre busca verdaderos adoradores que le adoren en *espíritu y verdad*. (Juan 4:23)

Evidentemente se refería a un nivel mucho más profundo, que no se daba, por lo menos de forma generalizada, en el ámbito del Antiguo Testamento. La alabanza no

debe ser un fin en sí que desplaza a la palabra, sino algo que conduce a la verdadera adoración (sobre la cual pasaremos a hablar más adelante), y que al mismo tiempo abre y prepara el camino para la palabra que se ha de proclamar a continuación.

En algunos casos, con el deseo de romper con la rutina de empezar cantando solamente uno o dos himnos o canciones, se extiende la alabanza por períodos prolongados – a veces en demasía. Esto puede causar inconvenientes – como, por ejemplo, que algunos no puedan después quedarse a escuchar la palabra, o bien que el nivel de concentración se resienta por el cansancio, etc. Además, se puede insensiblemente caer en otra rutina – la de tener que cantar por lo menos una hora al comienzo de la reunión. Si esto se vuelve en una norma, pero sin que esté presente la gracia del Espíritu, resultará estéril y anodina.

3) El enfoque correcto.-

Una tentación en la cual es muy posible caer, es la que se presenta cuando la alabanza resulta muy ungida, o bien fluye en un alto nivel musical. En esos momentos y condiciones, como seres humanos somos propensos a estar muy conscientes de lo bien que está saliendo la alabanza, o lo muy ungida que está, deleitándonos en ello y aun congratulándonos de que así sea.

Lo correcto y espiritual es no deleitarnos en ello, sino centrarnos en las verdades de las palabras que se están cantando, y a través de ellas canalizar nuestra atención y enfoque hacia el Señor mismo, que como sabemos debe ser el centro principal y único de nuestra alabanza.

Aunque nadie en sus cabales negará la verdad de todo esto, lo cierto es que en la práctica muchas veces este principio y los anteriores (puntos 1) y 2)), no se observan debidamente.

Concluido esto paréntesis, ahora sí pasamos a tratar el último punto de este capítulo.

La adoración.-

En Deuteronomio sucede igualmente que no hay mucho sobre la adoración, por lo menos de forma explícita. En los Salmos tenemos bastante, pero, como ya señalamos, en el Nuevo Testamento Jesús le ha dado una proyección más avanzada y profunda.

En el Antiguo, en muchas de las ocasiones se la asocia con inclinarse o postrarse ante el Señor. (Ver Génesis 24:26; Éxodo 4:31; 12:27; 34:8; 1ª. Crónicas 29:20; 2ª. Crónicas 29:29 y 30 y Nehemías 8:6)

Como ya hemos puntualizado con anterioridad, a menudo el Antiguo Testamento nos habla a través de lo *externo*, de lo *interno* y *eterno* del Nuevo.

Así pues, esta postura de inclinarse o postrarse, claramente denota *un sometimiento* al Señor, dándole un sí aprobatorio a Su persona y Su trato con Su pueblo.

En el pasaje de Juan 4 ya citado, Jesús evidentemente profundiza mucho más. Allí habla de Dios Padre, diciendo que es *Espíritu* – con mayúscula – y que los verdaderos adoradores deben adorarle en *espíritu* – con minúscula – y en *verdad*.

Por el nuevo nacimiento se produce el engendro en nosotros, por parte del Espíritu de Dios, de un nuevo espíritu – una emanación viva que procede de Él y que responde a Dios como nuestro Padre, así como la criatura nacida en lo natural de sus padres de sangre, responde a ellos, por un principio de gravitación normal y natural.

Ese espíritu, nacido o vivificado en el renacimiento, constituye en realidad la parte más profunda de nuestro ser. Jesús se refería a eso en el pasaje citado, al hablar de

adorar en espíritu y verdad. Con eso nos ha querido decir que, más allá de la postura de inclinarnos exteriormente, en la auténtica adoración hay un inclinarse en la parte más honda de nuestro ser en pura y estricta verdad. Además, supone también una concordancia total de nuestra mente, voluntad y conciencia, perfectamente alineadas con Dios, Su palabra y cuanto hace o permite en nuestra vida, sin ninguna reserva ni sombra de duda.

Ese estado de alineación perfecta con nuestro Padre celestial, también lo podríamos llamar *un sí rotundo y categórico* de nuestra parte, y en todos los niveles - espiritual, mental y en el área de la voluntad, con el pleno asentimiento de la conciencia – es decir, la misma verdad pero expresada en forma ligeramente distinta.

En realidad, esto nos lleva a un estado de unión y compenetración con Dios el Padre, y las ocasiones en que lo logramos - llevados por el Espíritu Santo se sobrentiende – tocamos lo que sin duda debe ser lo más sagrado y sublime que se puede alcanzar en esta vida.

La palabra religión, por su asociación con el ritualismo, las liturgias y la observancia puntual de preceptos establecidos, ha quedado desechada desde hace mucho tiempo por quienes buscan un cristianismo vivo y dinámico. En el mundo se la suele usar bastante, pero siempre vinculada – la forma precisa no importa – con el abrazar una fe o creencia, generalmente en Dios como el Ser Supremo. Tanto en un caso como en el otro, el verdadero alcance de la palabra no es debidamente comprendido sino por muy pocos.

En realidad la palabra procede del latín *religare*, y significa, en su verdadero sentido, ser *religados o reunidos* con el Dios del cual hemos estado separados por el pecado.

En esta acepción, lejos de ser un término a desecharse, debe comprenderse como una expresión muy correcta y que denota cabalmente aquello a lo cual la verdadera adoración nos conduce: a estar entrañablemente unidos otra vez a nuestro Dios y Padre celestial, del cual estábamos separados y divorciados. Y recalcamos que esa unión – real y profunda – no es nada superficial ni secundario, sino algo sagrado y sublime. Baste agregar que por algo Jesús nos hace saber que eso es lo que el Padre está buscando – casi con lupa añadiríamos: *verdaderos adoradores que le adoren en espíritu y verdad*.

Este estado tan bendito de unión o unificación con Él, puede ser fácilmente interrumpido por tensiones, fricciones, agotamiento físico y muchos otros factores adversos. No obstante, gracias a Dios por Su Espíritu Santo que viene en nuestra ayuda. Al buscar sinceramente el rostro del Señor, deseando retornar a ese lugar del cual nos hemos sentido transitoriamente desplazados, Él no tarda en prodigarnos Sus virtudes restauradoras de una forma u otra, despejando nuestras mentes y espíritus, liberándonos de las presiones que nos asedian, y trayéndonos otra vez a nuestro bendito centro y hogar.

Así pues, en esta escala progresiva que hemos delineado, vemos como la vida en abundancia nos lleva paso a paso a estas metas tan preciosas: fruto que se va incrementando hasta llegar a la cosecha final y plena – profunda y continua gratitud – regocijo que también va en aumento hasta alcanzar su plenitud – alabanza viva y expresiva a la Fuente de todo ese bien – y culminando con el zenit de la adoración en espíritu y verdad.

Esto último, sobre todo, constituye la cumbre en la cual el Padre nos quiere encontrar – lo que Él está buscando de hombres y mujeres que le aman de verdad.

Que ni tú ni yo, querido hermano o hermana, le dejemos defraudado ni mucho menos. Por el contrario, que encuentre en cada uno de nosotros lo que Su corazón de amor tanto anhela. Amén.

Oración.-

Padre Celestial, te agradezco inmensamente por las perspectivas maravillosas que me brinda esta vida en abundancia que Tu Hijo Amado vino a darnos.

Anhelo de veras llevar fruto para Ti, y perseverar hasta alcanzar en mi vida una cosecha plena. Sé que ello me llenará de gratitud hacia Ti y me colmará de gozo. Pero mientras tanto, ayúdame a seguir alabándote a todo lo largo del camino que me resta, tanto en los trances difíciles, como en los tiempos de bendición y alegría.

Te agradezco sobre todo por hacerme entender como nunca antes, que, por encima de mi trabajo y actividad en Tu reino, Tú buscas mi amor y mi adoración en espíritu y verdad.

Padre, no quiero defraudarte en ese sentido, privándote por mi inconsecuencia o cualquier otra razón, de lo que Tú verdaderamente estás buscando de mí: que sea un verdadero adorador, que te adore en espíritu y en verdad.

Es por eso que te imploro tiernamente, y en el Nombre Santo de Tu Hijo Jesucristo, que Tu Espíritu me enseñe y me conduzca a esa adoración auténtica, que me ha de unir cada vez más a Ti, mi Eterno y Amado Padre.

Así, y sólo así, aunque a menudo inconscientemente, podré ser un pequeño reflejo aquí en la tierra, de Tu inmenso amor y gloria. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO 13 – Las riquezas y deleites de la buena tierra.

Hemos dejado para la parte final de nuestra obra lo que resulta más dulce y apetecible de todo en la vida del buen lado del Jordán: sus riquezas y deleites, según reza nuestro título.

El libro de Deuteronomio consiste en realidad en un largo y muy extenso discurso de Moisés, cuando Israel se encontraba prácticamente en vísperas de cruzar el Jordán. En el mismo, tal y cual lo indica el nombre del libro – o sea segunda ley – se da la ley por segunda vez. Pero además de ello, se recapitula buena parte de la historia de esos cuarenta años de peregrinación a partir de la salida de Egipto. El libro entero destila en cada una de sus páginas una gran riqueza y profundidad, que sin duda brotan de la gran madurez de su autor, que como siervo eminente de Dios se encontraba a esa altura en el estado más avanzado de desarrollo y visión.

Junto con las muchas amonestaciones y advertencias, nos encontramos con las promesas más hermosas de bendición y prosperidad, aunque, claro está, sobre la base de la obediencia y cumplida fidelidad de parte de Israel.

Estas promesas apuntan primordialmente al plano material. No obstante, observando debidamente los principios de un correcto trazado de alegorías, ya señalados al comienzo del libro, pasamos a desgranarlas para extraer la aplicación espiritual que corresponde en cada caso.

1) La tierra que fluye leche y miel.-

“...para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel...” (Éxodo 3: 8)

Vemos primeramente que se trataba de una tierra buena y ancha, con gran amplitud de espacio, y por ende, con muy buenas posibilidades de expansión y multiplicación.

Pero también se la señala, y esto en varias ocasiones, como la tierra *que fluye leche y miel*.

En cuanto a la leche, en términos neotestamentarios significa la leche espiritual, que es evidentemente la palabra de Dios. En toda auténtica vida en abundancia esa leche fluye ricamente a diario, nutriendo y fortaleciendo nuestro hombre interior.

No se trata desde luego de repetir versículos de las Escrituras en forma indiscriminada y mecánica, sino de un brotar vivo de esa palabra de Dios, que constituye así un factor vital e importantísimo en la vida de quienes lo experimentan.

A esto debemos agregar lo que se nos dice en 1ª. Pedro 2: 2

“...leche espiritual no adulterada...”

No cabe duda de que estamos viviendo en tiempos en que continuamente están surgiendo corrientes, posturas y doctrinas novedosas, muchas de ellas reñidas con la verdad bíblica. Algunas contienen errores que saltan a la vista, mientras que otras son muy hábilmente presentadas, de manera que, para algunos, los errores pasan inadvertidos, o se las acepta sin que llamen la atención ni se las cuestione de modo alguno.

En otros casos, se salen claramente de los parámetros que nos fijan las Escrituras, y se busca justificarlos con subterfugios bastante sutiles, pero que en realidad no son nada sólidos. El perseverar con estas adulteraciones de la palabra desde luego que ha de redundar inevitablemente en graves perjuicios y extravíos.

Lo cierto es que quien de veras está viviendo en la buena tierra, sólo se nutre de la leche *no adulterada*, y por su correcta ubicación y discernimiento espiritual rechaza, casi diríamos instintivamente, los aditivos y agregados que hoy día proliferan por doquier.

En cambio, creyentes inmaduros, con evidente ingenuidad y falta de percepción, a menudo los absorben con sorprendente facilidad.

En cuanto a la miel, obviamente nos habla de algo muy dulce y apetecible, a diferencia de la amargura que con tanta frecuencia se deriva del peregrinaje en el desierto, con sus consabidos fracasos y frustraciones.

Además, la miel es fácilmente digerible y sus múltiples beneficios pasan con mucha rapidez al flujo sanguíneo de nuestro organismo. Un ejemplo muy gráfico de esto es el que encontramos en 1ª. Samuel 14. La tropa del ejército de Israel, después de haber ganado una batalla contra los filisteos, se encontraba exhausta y sin fuerzas a raíz de un juramento de no comer nada antes de caer la noche, que les había impuesto con mucho desatino el rey Saúl.

Como su hijo Jonatán no estaba presente, sin saber nada de ello extendió la punta de una vara que llevaba en la mano, la mojó en un panal y se llevó la miel a la boca. El efecto fue instantáneo - de inmediato fueron aclarados sus ojos y pudo ver con toda nitidez, en contraste con el resto, que por su extrema debilidad tenía la mirada borrosa y nublada. (1ª. Samuel 14:24-27)

Esto es una sencilla pero elocuente ilustración de uno de los muchos beneficios que nos depara esa miel celestial de la vida en abundancia, al Oeste del Jordán – la dulzura de la palabra viva de Dios, y el vivir cerca del Señor, nos ayudan a tener una visión límpida y certera.

Todavía sobre el tema de la miel, tenemos dos versículos – Deuteronomio 32:13 y Salmo 81:16 – en que de forma muy llamativa se nos habla de la *miel de la peña*. Los agujeros y las hendiduras de las rocas, a veces brindan a las abejas un lugar ideal en el cual instalarse y establecer sus colmenas y panales. Por la forma en que lo

expresan Moisés y el salmista Asaf, podemos dar por sentado que ese tipo de miel de que hablaban era algo muy especial.

La analogía espiritual para nosotros es evidente y muy preciosa. Esa Peña gloriosa que es Cristo, horadada en el Calvario por los clavos de su crucifixión, es para los verdaderamente enamorados de Él un manadero bendito, del cual brotan los amores más dulces y sublimes.

La vida en abundancia por cierto que incluye paladear esa miel tan exquisita. Quienes, sumidos en comunión entrañable con el Amado, saben por experiencia lo que es disfrutarla y absorberla, no podrán sino coincidir en que se trata de una de las cosas más dulces y excelsas que la vida en Cristo nos puede deparar.

La tierra del riego celestial, con el cuidado del Señor los 365 días del año.-

“La tierra a la cual entras para tomarla no es como la tierra de Egipto de donde habéis salido, donde sembrabas tu semilla, y regabas con tu pie, como huerto de hortaliza.”

“La tierra a la cual pasáis para tomarla es tierra de montes y de vegas, que bebe las aguas de la lluvia del cielo;”

“tierra de la cual Jehová tu Dios cuida; siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin.” (Deuteronomio 11:10-12)

En Egipto, el darle y darle al pedal de la cadena del pozo del cual se extraía el agua de riego, resultaba por demás laborioso y agotador. El fuerte calor solar hacía que todo se secase tan pronto, que había que regar cada planta y hortaliza por lo menos una vez al día, lo cual sin duda suponía una tarea agotadora.

Ahora les viene la hermosa promesa de que eso ya no va a ser más así. En cambio, la tierra iba a beber del agua de la lluvia del cielo, la cual es tanto más beneficiosa, y sin que tuviese que mediar ese duro esfuerzo de procurarla de los pozos y las cisternas. Muchas veces, después de un día normal de trabajo y cultivo de la tierra, mientras se entregaran plácidamente al descanso de sus labores, el Señor se encargaría de disponer ese maravilloso riego celestial, asegurándoles muy buenas cosechas en todos los órdenes.

En suma, una tierra altamente favorecida, y que disfrutaría del cuidado solícito del Señor, con Sus ojos siempre puestos en ella, desde el 1º de Enero hasta el 31 de Diciembre.

Además, el Señor agregaba: *“Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes.”* (Deuteronomio 8:7)

El paralelo espiritual es muy claro, Muchos hemos experimentado el marcado contraste entre lo que nos sucedía del mal lado del Jordán, y lo que hemos estado viviendo y disfrutando desde que lo atravesamos, dejando atrás el desierto.

Antes nuestra sed quedaba insatisfecha. Apenas encontrábamos aquí y allá, y muy espaciadamente, un poco de agua, apenas suficiente, y que nos hacía sentir y saber que con toda seguridad el Señor debía tener mucho más para nosotros.

Al comenzar a hacer pie en el Canaán espiritual, las promesas del Señor tanto en Juan 4:14 – *“...una fuente de agua que salte para vida eterna”*, como en Juan 7:38 *“...ríos de agua viva”* – comenzaron a plasmarse en nuestra vida como algo real y tremendamente enriquecedor.

Una mujer de Tecoa, enviada por Joab, general del ejército de Israel, le habló al rey David palabras que buscaban fingidamente el retorno del destierro de su hijo Absalón. Prescindiendo totalmente del contexto, extraemos el siguiente pasaje que en sí encierra una verdad incontrovertible:

“Porque de cierto morimos, y somos como aguas derramadas por tierra, que no pueden volver a recogerse.” (2ª. Samuel 14:14a)

Efectivamente, todo cuanto seamos y hagamos, estando fuera de Cristo se entiende, y no obstante nuestras mejores intenciones, siempre ha de ser a la postre como agua derramada. El polvo de la tierra la tragará y quedará perdida irremisiblemente para siempre.

No así las aguas de la fuente y de los ríos, prometidas por Jesucristo en las citas de Juan que hemos dado. Lejos de caer en tierra y desaparecer, han de brotar por la fuerza interior del Espíritu, y saltar hacia una eternidad de vida en las alturas.

Con eso quiso decir que nos traerían la misma calidad y eternidad divina de vida, surgiendo y levantándose de nuestro interior en amor, gratitud y comunión, alabanza y adoración. Y todo ello, encauzado hacia lo alto, al gran Dios y Padre, al cual pertenecemos y de Quien provienen estas aguas de vida.

Esto no hace sino ejemplificar e ilustrar con claridad la verdad de la sentencia de Cristo dada en Juan 3:6:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.”

Lo que tiene su origen aquí en la tierra, meramente brotado de nuestras facultades, capacidades, esfuerzos y logros humanos, será siempre algo así, nacido de la carne. Por más que busque elevarse y perpetuarse, al final ha de acabar como carne, en el polvo de la tierra, del cual provino en primera instancia.

Esto mismo establece una ley espiritual, tan segura e inamovible como la ley de la gravedad física, enunciada por Newton hace muchos años. La misma se condensa en pocas palabras con decir que todo termina, al final de cuentas, en el lugar de su origen – lo terrenal, aquí en la tierra; lo celestial, allá en el cielo.

En cuanto a los *“ríos de agua viva”* del otro versículo de Juan que hemos citado, debemos notar lo sabio y exacto de la comparación elegida por el Señor.

Así como los ríos nacen en las alturas, a menudo cubiertas de blanquísima nieve que no ha sido hollada ni tocada por ningún mortal, estas aguas provienen de esas alturas celestiales, donde impera por doquier la blancura maravillosa de la santidad de Dios.

Asimismo, así como los ríos descienden en su curso y llegan a las partes más bajas y secas de la tierra – así, estas aguas invaden toda nuestra vida, llegando a lo más hondo de nuestro interior, para llenar nuestro vacío, y además irrigarlo y comunicarle esa vida que llevan en sí.

Notemos que Jesucristo no las llama aguas milagrosas, ni aguas de poder, ni de conversiones abundantes, si bien estas cosas pueden en alguna manera derivarse de ellas en la experiencia práctica. En cambio, las llama *aguas vivas*, precisamente por eso – porque llevan en sí la misma vida de Dios. Llama la atención el hecho de que, procediendo del singular de un solo Dios verdadero – revelado en tres personas desde luego – Jesús, al referirse a estas aguas empleó el plural – *ríos*. Nos hace pensar en cierto modo en ese principio en el Edén. De él salía un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos. (Génesis 2:10)

De todas formas, estos ríos de agua viva responden a la multiforme vida de Dios mismo, con su gran variedad de facetas. Enunciamos, sin comentarios, algunos de ellos: el río del amor de Dios, el de Su santidad, el de Su luz y verdad, el de Su gracia infinita, el de Su fe inquebrantable, el de Su paz perfecta, el de Su gozo inefable, el de Su gran bondad y misericordia, el de Su eternidad, etc. etc.

Al fluir en y desde nuestro interior, entre otras cosas estos ríos van forjando insensiblemente en nosotros día a día, gota a gota, la imagen del Ser Divino del cual proceden. Como sabemos, éste es el alto y sublime propósito original para el cual

hemos sido creados y redimidos, lo cual nos ayuda a comprender, de paso, la forma perfecta en que todo encaja, en armonía con el patrón divino de salvación y restauración plena.

Pero además, y en una progresión normal y natural, al convertirnos nosotros en conductos idóneos, esas aguas continúan fluyendo a través nuestro para llegar a otros sedientos y necesitados, que también han de beber de ellas.

Una vida así, irrigada y nutrida por las fuentes, manantiales y ríos divinos, en verdad que vale la pena vivirla. Es empezar a saborear y disfrutar del verdadero sentido de las palabras de Jesús, que tomamos como punto de partida en la introducción:

“...yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”
(Juan 10:10b)

Tierra de provisión y riquezas inagotables.-

*“...tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados, tierra de olivos, de aceite y de miel;”*_(Deuteronomio 8:8)

Una descripción maravillosa de la abundancia y riqueza de la provisión divina.

Sería demasiado extenso ocuparnos del sentido alegórico de cada una de las cosas que se consignan en este hermoso versículo. Solamente nos referiremos al aceite, que como bien sabemos, nos habla de la unción santa.

En Éxodo 30:22-32 se nos explica cómo debía confeccionarse. Se lo hacía a base de mirra excelente, canela aromática, cálamo aromático y casia, cada uno en cantidad precisa y exacta, y que debían mezclarse con un hin de aceite de olivas (más o menos 6 litros). Resultaba así un ungüento superior, *“según el arte del perfumador.”*

En esto tenemos una indicación clara de dos facetas importantes de la genuina unción santa. Por un lado, en la constancia precisa de la cantidad exacta de cada ingrediente, tenemos lo que podríamos llamar la parte científica, que nos señala la verdad inamovible de Dios y Sus caminos y principios, según los encontramos claramente enmarcados en las Sagradas Escrituras.

Por el otro, está lo que bien podemos definir como el arte o la expresión artística del genio divino, que siempre irradia creatividad, frescura, originalidad y fragancia.

Los ingredientes en sí contenían propiedades balsámicas y curativas, a la par que aromáticas, mientras que el aceite le procuraba la consistencia de un ungüento fluido. El beneficio no siempre es fácil de explicar o entenderse. Quizá nos ayude la comparación entre un engranaje que está bien aceitado y otro que no lo está. En aquél no hay fricción, recalentamiento ni ruido desagradable, pero en este último, sí.

Una diferencia, como decimos, difícil de definir claramente, pero quien tenga buen olfato y percepción espiritual, no tendrá dificultad en discernir cuándo está presente esa unción y cuándo no está.

Con la misma debían ser ungidos no sólo Aarón, el primer Sumo Sacerdote, y sus hijos, sino todo el tabernáculo con su mobiliario principal, así como debieran estar nuestras vidas en nuestros roles de sacerdotes y ministros, al igual que toda la actividad en que nos desenvolvemos.

También se puntualizan dos cosas muy importantes que nunca deben perderse de vista. La una es que *“sobre carne de hombre no será derramado”*, y la otra, que no debía hacerse otro semejante, según su composición, para uso personal y privado. Era algo absolutamente santo, y por santo se lo debía tener.

Agregamos de paso que hay una unción *no santa* y que es falsa, y de la cual debemos cuidarnos. Un ejemplo que podemos dar para ilustrarlo es el de un cierto

predicador en determinado lugar, del cual trascendió más tarde – fundadamente y con testigos – que tristemente había estado viviendo en adulterio.

Poco antes de descubrirse las cosas, unos hermanos notaban que estaba predicando con lo que parecía una gran sabiduría, incluso rica en aparentes “revelaciones”, que casi deslumbraban y maravillaban a los que lo oían.

Al comentarle esto más tarde y con mucha extrañeza a un siervo de Dios más experimentado, éste les pudo explicar que se trataba de eso – una unción no santa y falsa. La misma es por demás engañosa, presentando a veces cosas de “alto vuelo” que pueden dejar al auditorio boquiabierto y aun asombrado. Mientras tanto, el protagonista pasa a envanecerse de la “muchacha gracia” que piensa que reposa sobre él, estando tan engañado que le resta importancia al drama del pecado en que está viviendo.

Éste es un aspecto bastante delicado, pero que se da en algunas oportunidades. Muchas veces, hermanos incautos o inmaduros, encandilados por las apariencias de algo muy llamativo y atractivo, caen apresados en una red sutil y engañosa. Así, se abren a sí mismos y a sus iglesias ante cosas semejantes, para después cosechar resultados trágicos y muy dolorosos.

Por eso, volvemos a recalcarlo: **santo es, y por santo lo tendréis.**

Y de hecho, quienes andan carnalmente en sus vidas, rondando y dando vueltas por el mal lado del Jordán, poco y nada podrán saber, tener y a veces aun discernir, del *genuino* aceite de la santa unción.

Del hermoso relato de cómo David fue ungido por Samuel extraemos un par de comentarios más sobre este tema. Veamos primeramente el texto:

“Dijo Jehová a Samuel...Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto rey.”

“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David.” (1ª. Samuel 16: 1 y 13)

En primer lugar, debemos notar que Dios conocía bien el corazón de David, y su absoluta fidelidad en el cuidado del rebaño de su padre. Lo veía también como el hijo menor, el más pequeño de todos. A menudo los más pequeños son los que el Señor elige. Y por supuesto, la verdadera unción Él sólo la derrama sobre tierra preparada e idónea, que conoce de antemano.

En segundo lugar, debemos ver los resultados de esa unción derramada sobre David. Desde el día en que el Espíritu del Señor vino sobre él, comenzó a crecer y madurar, mostrando una serie de virtudes dignas del mayor encomio.

Entre otras señalamos su gran sabiduría y prudencia (1ª. Samuel 18:14-15) tanto más notable por ser todavía muy joven. También resalta su habilidad como arpista, que pronto comenzó a canalizarse maravillosamente a través de los admirables salmos que pasó a componer, cosa que continuó durante casi toda su vida, dejándonos así, como parte de las Escrituras, un legado preciosísimo.

Y además, pronto pasó a ser un guerrero realmente formidable, invencible en el campo de batalla, lo cual lo podemos ver adumbrado en el vaso – repleto – que contenía el aceite que le derramó Samuel – un cuerno - lo que figurativamente nos habla de un verdadero *toro de Miura*.

Todavía sobre el mismo tema, tenemos enseñanza sencilla pero muy importante en el Nuevo Testamento, a través de la pluma del venerable anciano Juan en su primera epístola.

“Pero vosotros tenéis la unción del Santo...”

“...así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.” (1ª. Juan 2:20 y 27)

Se nos puntualiza que es la *unción del Santo*, en un todo de acuerdo con lo que vimos figurativamente del pasaje de Éxodo 30 ya examinado. Pero además, se pone de relieve que, como no podía ser de otra manera, por proceder del *Espíritu de Verdad*, la unción nos enseña y guía en cuanto a todas las cosas por el camino de *la pura verdad*. En este sentido, lo que más sobresale es Su enseñarnos a permanecer en Él – en Cristo - que es la verdad personificada, suprema y eterna.

En días como éstos, en que afloran muchas tendencias y doctrinas novedosas, que no son trigo limpio ni cuadran con los parámetros que nos dan las Sagradas Escrituras, debemos como nunca caminar limpia y tiernamente en el Espíritu de Verdad. Y Él nos enseñará, con su testimonio interior, en un todo de acuerdo con lo que nos dice en la Biblia, de la cual es Autor, que desechemos todo lo que tienda a *que no nos aferremos a la Cabeza*.

Esto último, según vemos en Colosenses 2:16-23, es uno de los síntomas distintivos de lo que no viene de lo alto. Pasaba en Colosias en el primer siglo y sigue pasando hasta el día de hoy: uno de sus efectos más perjudiciales es el de desestabilizar a los creyentes, haciéndoles perder *el enfoque Cristo céntrico, que es sin duda el sello inconfundible de lo que verdaderamente viene de Dios*.

En el mismo pasaje de 1ª. de Juan, hemos notado seguramente las palabras *“la misma unción os enseña todas las cosas.”* Esto no lo hemos de interpretar en forma literal o al pie de la letra, lo que nos convertiría en unos sabelotodos, sino en cuanto a todo lo que necesitamos saber para conducirnos adecuada y correctamente en nuestra vida cristiana.

De esto, no cabe la menor duda que tanto por el contenido de las Escrituras, como por Su trato personal con cada uno, el Espíritu Santo no ha omitido ni omite nada que nos sea útil y necesario. Muy por el contrario, como el Consolador, Ayudador, Guía y Mensajero Celestial que es, se ha desbordado y se desborda, cuidando con el mayor celo que no nos falte absolutamente nada que nos sea necesario y de provecho, a fin de que podamos salir airoso en la lid.

¡Más abundancia!

“...tierra en la cual no comerás el pan con escasez, ni te faltará nada en ella...”

“y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado.” (Deuteronomio 8: 9-10)

Como vemos, siguen y siguen las promesas en cuanto a la abundancia. Y es que en la vida al otro lado del Jordán, por cierto que no se pasa hambre. Como bien lo señala el texto citado, el pan no escasea en ella.

Cristo, el pan de vida, se nos da generosamente en todas las variadas facetas de Su gracia, amor, luz y verdad. Viviendo en Él y para Él, quedamos a diario bien nutridos en nuestra vida interior, que se vuelve así cada vez más sana y robusta.

Y en todo lo demás – en el nivel emocional, físico, material y económico – la provisión celestial es plena y generosa. Así podemos testificar que por Su amor y gran fidelidad, nada nos falta; muy por el contrario, abundamos en todo, al punto que podemos incluso ayudar y bendecir a otros con liberalidad.

La consecuencia natural de esto es precisamente lo que dice el versículo 10. Al comer y saciarnos de veras y en todo, no podemos menos que alegrarnos y bendecir a nuestro Dios por sacarnos del desierto y la pobreza en que estábamos, y por darnos semejante buena tierra. Por ello, y tanto más que le debemos, le estaremos profunda y eternamente agradecidos.

Días como los del cielo sobre la tierra.-

“...para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos...como los días de los cielos sobre la tierra.” (11:21)

Primeramente una pequeña aclaración. Las palabras “*tan numerosos*” de la versión 1960, que en la traducción literal de Young se traducen “*se multipliquen*”, no se han de entender rígidamente en un sentido numérico, sino más bien en el de calidad de vida.

Y así, con toda propiedad podemos aplicarlo a lo nuestro, aunque como algo no experimentado desde luego en forma ininterrumpida, pues aún somos la iglesia militante, con sus dosis de luchas y de pruebas. No obstante, en muchas oportunidades, la bendición de lo alto es tan gloriosa y sublime – la presencia del Señor tan real y preciosa – que podemos afirmar que estamos viviendo verdaderos anticipos del cielo.

Esto no es sino la cristalización, en cuanto a nosotros mismos, de las palabras del Padre nuestro que nos enseñó Jesús:

“Venga tu reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Lucas 11:2)

¿Podrá pedirse o concebirse algo mejor que esto? Por supuesto que no.

Mi querido lector peregrino – no pienses que todo esto es una utopía - algo inalcanzable para ti. Persevera con firmeza y tesón. Despójate a diario de cualquier peso o pecado que te asedie. Sigue corriendo con paciencia la carrera que tienes por delante, con los ojos puestos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe.

Como verás en el capítulo final que sigue, Dios ha hecho una provisión completa, para asegurar que tú también heredes esta buena tierra de la vida en abundancia, y está totalmente comprometido a introducirte en ella. Amén.-

Oración.-

Mi Padre Celestial, te pido perdón por la incredulidad y la duda que a veces he albergado en mi corazón. Como la mayoría de los israelitas que salieron de Egipto, en más de una oportunidad he sentido temor por las dificultades a afrontar, y no he sabido valorar debidamente Tus promesas en cuanto a la buena tierra, y Tu gracia para fortalecerme para ir adelante y conquistarla.

Pero hoy tu palabra me ha vuelto a presentar un desafío, del cual ya no me puedo desentender más. Avergonzado del nivel tan mediocre de mi vida actual, y alentado por un deseo muy grande de entrar a poseer esas cosas tan hermosas que tú has prometido, me rindo a tus pies en mi impotencia y bancarrota espiritual.

Padre, te entrego mi vacío – mi incapacidad total – mi falta de fuerzas y recursos propios. Vengo a ti en este estado – cansado de mis muchos fracasos, y con un ansia muy grande de que tú me lleves a un lugar nuevo y distinto. Quiero de veras dejar atrás este desierto en que he estado rondando por años, y de una buena vez empezar a ser eso que yo sé que Tú quieres que sea – un hijo tuyo de verdad, que vive en Tu plena voluntad.

Ayúdame, Padre amado; aliéntame para que pueda cobrar nuevo ánimo; y extiende Tu gracia hacia mi pobre vida, para que lo que he llegado a pensar que es irrealizable para mí, pueda yo también alcanzarlo, como tantos otros lo han hecho.

Te lo pido desde lo más profundo de mi ser y en el Nombre de Jesucristo, Tu Hijo Amado. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO 14 – El gran triángulo decisivo

Aunque sin completar exhaustivamente el tema, hemos ido presentando escalonadamente las características de la vida más abundante, abarcando una amplia gama de sus aspectos y virtudes más destacados.

Confiamos en que esto servirá para dar una visión clara y correcta, y al mismo tiempo para infundir un vivo anhelo de entrar en esa tierra, que, en las palabras de Ezequiel 20: 6 *“es la más hermosas de todas las tierras.”*

Pero ahora, la pregunta que seguramente más de un lector se estará haciendo, es la siguiente:

“Y bien – pero ahora ¿cómo hago para entrar en ella?

Desde luego que nos encontramos aquí ante la imposibilidad de dar una fórmula rígida y fija, y mucho menos aun, una receta universal aplicable para todos.

Hemos de reconocer en primer lugar el trato distinto de Dios con cada uno.

En una buena cantidad de casos, podrá estar marcado por una experiencia crucial con el Señor, que traerá aparejado un nivel de vida muy superior. No obstante, aun después de esto siempre habrá lugar para un mayor crecimiento y maduración, y para un fruto más abundante y de mejor calidad.

En otros casos, se tratará de un crecimiento gradual, a veces casi imperceptible y sin grandes crisis, que a su tiempo los lleve a alcanzar ese nivel espiritual superior – a un vivir en el Canaán de la plena herencia en Cristo.

En realidad, la forma en que se llegue a ese lugar no es de importancia prioritaria. Lo que sí interesa fundamentalmente es que *positivamente se llegue, y uno pueda saber a ciencia cierta que ya no está morando más en el desierto, del mal lado del Jordán.*

Una aclaración que puede ser importante, es la de puntualizar que en todo esto no estamos pensando necesariamente en una experiencia particular de la plenitud, o el bautismo del Espíritu Santo, con la manifestación de dones espirituales. En algunas ocasiones esto podría ser el primer paso, pero en la práctica sabemos que muchos, aun después de años de haberlo experimentado, no se encuentran disfrutando de la vida en abundancia, tal cual la hemos estado delineando.

Abundando un poco más, tomamos un paralelo muy significativo del Cantar de los Cantares.

“¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático?” (Cantares 3:6)

No nos cabe duda que muchos, después de una experiencia de sequedad comparable a un desierto espiritual, pasan, por medio de una renovación espiritual, a un nivel de vida más fresco y avanzado, disfrutando de dones, unciones y nuevas bendiciones.

No obstante, en el último capítulo encontramos estas palabras:

“¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?” (8:5)

Esto nos da claramente a entender, que esa primer subida del desierto – valga la expresión – no resultó final y definitiva. Después de un tiempo, la novedad de la mirra, el incienso y todo polvo aromático perdió su frescor y el deleite inicial, y el corazón hambriento y sediento de algo más real y profundo, volvió a sentirse en el desierto, sin haber alcanzado esa meta más alta que tanto desea.

Ahora comienza a entender que la misma está en el Señor mismo, y en Él solamente, por encima de toda otra fuente o bendición. Éstas han servido de aliento en el camino, pero con el fin de encaminarlo hacia lo que en realidad es la cima y el sùmmum alcanzable en esta vida.

Y así, conducido por el trato sabio y fiel del Señor a través del Espíritu Santo, desilusionado y desengañado en cuanto a todo lo demás, se vuelca total, final e

irrevocablemente sobre Él, tanto en las buenas como en las malas, para encontrar así, en Él y sólo en Él, el fin definitivo del desierto, y el verdadero Canaán que tanto anhelaba.

Quiera el Señor interpretar al corazón del lector ávido de más de Dios, la profunda verdad de esta preciosa y muy importante analogía del libro de Cantares.

Ahora veamos lo del gran triángulo decisivo que hemos puesto como título de este capítulo final. El mismo tiene tres vértices que representan tres puntos fundamentales, totalmente encajados y complementados entre sí en lo que es el corazón del mensaje de este libro – el cruce del Jordán y la vida más abundante de la tierra prometida.

1) La solemne declaración y el testimonio divino aprobatorio.

“Has declarado solemnemente hoy que Jehová es tu Dios, y que andarás en sus caminos y guardarás sus estatutos, sus mandamientos y sus decretos, y que escucharás su voz.” (Deuteronomio 26:17)

No vamos a dar un nombre teológico a esto, pues podría complicar las cosas, o hasta traer confusión. En cambio, lo definimos señalando que se trata de una entrega incondicional y total de nuestra vida al Señor, Quien pasa así a ser nuestro Amo y Dueño absoluto. Esto se hace sin temor ni reservas, por saber que nuestra vida no podría nunca estar en mejores manos que las Suyas.

Además, a Él eso le corresponde por doble derecho: el de habernos creado y también redimido.

Más de uno podrá afirmar:

“Pero si esto yo ya lo he hecho muchas veces, y sin embargo mi vida sigue más o menos igual.”

El hecho de haber efectuado una consagración al Señor y que la misma no parezca haber traído mayor beneficio, puede deberse a las más diversas causas, pero no viene al caso tratar de analizarlas aquí, y por otra parte llevaría mucho tiempo y nos desviaría del tema central.

Sin embargo, al decirse que la misma cosa se ha hecho muchas veces, ya de por sí denota que no se la ha hecho en forma cumplida y cabal. La intención seguramente habrá sido buena, y Dios por cierto que no desprecia eso, pero, como en todas las cosas, las buenas intenciones no bastan.

La palabra *solemnemente* tiene aquí un alcance por demás significativo. Nos hace entender que es algo que brota de lo más íntimo y profundo del ser, con nuestra clara comprensión de todas sus consecuencias, y que se realiza con la mayor solemnidad, y delante mismo del Señor, como algo sagrado e irrevocable.

Es posible hacer actos de consagración o entrega al Señor durante nuestro peregrinaje con un buen grado de sinceridad, pero sin darnos cuenta, aun con nuestra mejor buena voluntad, que todavía no estamos “tocando fondo.”

Nuestro buen Padre celestial desde luego que no los desprecia ni mucho menos, pero sabe bien, sin embargo, que aun con todo nuestro celo y deseo, todavía no hemos llegado a lo que se ha puntualizado dos párrafos más arriba.

No obstante, si por nuestra parte perseveramos ante Él, llevados por Su Espíritu nos ha de conducir sabiamente hasta que lo alcancemos, logrado lo cual tendremos de Su parte lo que en el subtítulo hemos denominado *el testimonio divino aprobatorio*.

“Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos;”

“...para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho.”
(Deuteronomio 26:18-19)

Aquí tenemos pues, esto, que es un complemento imprescindible y que muchas veces se pasa por alto. Hemos de entender que no se trata de una declaración unilateral de parte nuestra, sino algo que, hecho en plena conciencia y en la forma cabal que ya hemos explicado, merece y recibe la contraparte aprobatoria del Espíritu Santo que mora en nosotros, que así lo sella plenamente.

Debido a esto último, algunos suelen llamarlo el sello del Espíritu, pero por nuestra parte – como ya dijimos – preferimos no darle un nombre teológico, sino solamente definir con claridad en qué consiste, para que se lo comprenda plenamente.

Reiterándolo entonces: estamos hablando de una declaración de que:

*El Señor es el Propietario y Amo Absoluto de nuestra vida,
la cual brota de la más hondo de nuestro hombre interior,
con el asentimiento cabal de nuestra conciencia.*

Además es algo que se hace

con toda solemnidad y en forma sagrada e irrevocable.

Evidentemente, necesitamos la ayuda del Espíritu Santo para alcanzar esto, pero si le buscamos con sinceridad y ahínco, Él con toda seguridad vendrá a nuestro lado para asistirnos. Y lo que es muy importante, una vez que lo hayamos alcanzado, Él de inmediato dará en nuestro espíritu Su testimonio aprobatorio.

Repetimos que esto último es totalmente imprescindible. Además, nos dará una clara confirmación del beneplácito divino, la cual nos infundirá una gran paz y confianza.

Habiendo puesto esta base firmemente, ahora podemos pasar al segundo vértice de nuestro triángulo.

2) *El dibujo de la cruz claramente visto desde el cielo.-*

Cuando por fin Israel cruzó el Jordán, sucedieron una serie de cosas consignadas en el relato bíblico, que nos hablan en un plano alegórico de forma por demás significativa.

Veamos las más importantes.

“...las aguas que venían de arriba se detuvieron como en un montón bien lejos de la ciudad de Adam, que está al lado del Saretán, y las que descendían al Mar del Arabá, al Mar Salado, se acabaron, y fueron divididas; y el pueblo pasó en dirección de Jericó.” (Josué 3:16)

Algún estudiante de la Biblia con espíritu observador habrá advertido seguramente que muchos de los 3:16 de las Escrituras contienen perlas preciosas, algunas de ellas realmente sobresalientes. Tales son por ejemplo las que se hallan en los evangelios de Juan y Lucas, en las epístolas de 1ª. Corintios, 1ª. y 2ª. Timoteo, 1ª. de Juan y el libro de Malaquías, entre otros. Todos éstos, en el versículo 16 del tercer capítulo nos presentan verdades cardinales, o bien de especial valor y contenido. Este 3:16 del libro del Josué es otro ejemplo en este sentido.

Veamos lo que podemos cosechar de él. Si bien el nombre de la ciudad de Adam citada en este versículo, en la versión castellana de 1960 no concuerda exactamente con el nombre de nuestro primer padre Adán, en otras versiones y traducciones la coincidencia es total. Además, resulta notable que es la única ocasión en toda la Biblia en que encontramos el nombre de una ciudad llamada Adam. Creemos que no estamos extralimitándonos en nuestra imaginación, al compararlo con el aspecto que Romanos 6:6 nos da sobre la obra del Calvario:

“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.”

En el mismo libro de Romanos, el pasaje del capítulo anterior que va del versículo 12 al 19, establece con claridad cómo la obra redentora y vivificante de Cristo nos emancipa de la muerte y la maldición derivadas de la caída de Adán. Aunque esto es un hecho consumado final y totalmente en el Gólgota, no cabe duda alguna de que quien continúa en la experiencia negativa del desierto, no está disfrutando en su vivencia práctica de sus beneficios en plenitud, ni mucho menos. Pero el cruce del Jordán para entrar en Canaán cambia las cosas fundamentalmente, y ese beneficio maravilloso de la obra del Crucificado pasa a ser nuestra bendita y gloriosa experiencia.

También debe tenerse muy en cuenta la “*coincidencia*” en cuanto al destino de las aguas que descendían al Mar del Arabá, el Mar Salado, y que se *acabaron*. Como bien sabemos, otro nombre del Mar Salado es *Mar Muerto*, por estar incomunicado con los océanos y con todos los demás mares. El paralelo es tan claro que nos exime de todo comentario.

Pero hay mucho más. Al cruzar el Jordán se formó un dibujo sencillísimo pero muy hermoso y particular. La línea transversal del Jordán que yacía desde siglos y siglos en su curso de Norte a Sur, de pronto se vio atravesada por la que empezaba a formar de Este a Oeste el pueblo que pasaba en seco para entrar en el Canaán. Y así se presentó, como decimos, un diagrama sencillísimo.

Los israelitas, preocupados por muchas cosas, como no dejar atrás ninguno de sus enseres, etc., seguramente que no lo advertían. Pero, desde lo alto, el Señor con toda seguridad lo estaba viendo y con absoluta claridad. Era el dibujo de una gran cruz, que señalaba la llave maestra que Él tenía preparada para la redención del género humano. Esta llave maestra no hemos de verla solamente en la función de redimirnos de nuestro pecado y procurarnos el perdón y la salvación, bien que esto en sí es algo verdaderamente maravilloso.

Por el contrario, como hemos señalado en un libro anterior, la obra redentora de Cristo en el Calvario tiene una proyección muchísimo mayor, que más que sumamente vasta, debemos calificarla como *infinita*. Y sin lugar a dudas la misma abarca este aspecto de sacarnos de la mediocridad y esterilidad del desierto, e introducimos en la vida en abundancia que Él nos ha prometido.

Ahora bien, en esa cruz de Cristo debemos ver y entender que el trazo horizontal del negativo – “*no podrás*” – “*no llegarás*” – etc. de nuestra carne, queda atravesado por el perpendicular del “*sí*” *podrás*” y “*sí llegarás*”, etc. de Dios, convirtiendo el signo menos (-) en el signo más (+), es decir, el negativo en positivo, y lo imposible en algo totalmente posible y viable.

¡Maravillosa cruz de Cristo que encierra los tesoros y las glorias más sublimes e insondables! Aquí tenemos una de esas glorias, increíblemente sencilla, pero que a muchos se les pasa desapercibida.

¿Qué es, al final de cuentas, una cruz?

Simplemente el diagrama más elemental que podamos concebir, consistente en dos trazos: el horizontal – de izquierda a derecha o vice-versa – y el vertical – de arriba hacia abajo.

¿Qué significa el horizontal?

O bien un signo menos, o el negativo, que muchas veces se expresa con señas, cuando se nos pregunta algo y contestamos, moviendo la mano o la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

¿Y el vertical?

Cuando nuestra respuesta es afirmativa, con o sin palabras, solemos inclinar la cabeza hacia abajo y en seguida volverla hacia arriba, quizá dos o tres veces, en señal de asentimiento o aprobación.

En definitiva, que el trazo horizontal representa claramente el no, y el vertical el sí.

Ahora bien: ahondando un poco, el *no* viene de Satanás y el *sí* proviene de Dios.

¿Cómo llegamos a esa conclusión?

Yendo al capítulo 3 de Génesis, el *no* lo hallamos con toda claridad contenido en esas palabras de la serpiente tan llenas de ponzoña infernal:

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis”,

“sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3: 4-5)

Era como decir: Dios no os ha dicho la verdad; os está engañando y no quiere el bien para vosotros, sino que os está privando de algo bueno y maravilloso que podréis tener con no obedecerle.

Como sabemos, primero Eva y después Adán, comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, haciendo caso de lo que les decía la serpiente. Y así se tragaron ese no diabólico, que en seguida se les introdujo en todo el organismo, y a través de ellos pasó a todo el género humano.

Veamos algunas de sus innumerables manifestaciones:

De ahí en más ya no habrían de vivir para siempre, sino que inexorablemente la muerte a su tiempo se enseñorearía sobre ellos. Tampoco podrían volver a vivir sin temor, ni dolor, ni agotamiento físico, como habían vivido al principio.

Y este no ha seguido multiplicándose en todas las esferas de la sociedad y del mundo, tanto a nivel individual como colectivo.

“No puedo vencer la tentación y vivir libre de la esclavitud del pecado.” “No puedo alcanzar el bienestar y la felicidad que anhelo.” “No puedo llenar el vacío que encuentro dentro de mi alma”, etc. no son sino algunas expresiones de ese no invencible para el hombre sin el auxilio de la gracia divina.

Además, muchísimos matrimonios no pueden sobrevivir amándose mutuamente y de verdad. Muchos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, no pueden vivir sin la droga, o libres del dominio del tabaco y del alcohol. Igualmente, la mayoría encuentra que no puede vivir sin que le azote la enfermedad, o bien la tristeza, o la depresión, o el rencor o la amargura o la frustración.

En el orden nacional e internacional, la inmensa mayoría de las naciones, sino todas, no encuentran la forma de superar sus múltiples problemas internos, y muchas, ni siquiera cómo equilibrar sus finanzas.

La humanidad, por más intentos de paz que se han hecho y se están haciendo, no puede vivir sin guerras, con sus horribles secuelas de masacre, destrucción y tragedia. En este sentido, baste decir que en el estudio de la historia, tanto antigua, como de la edad media, moderna y contemporánea, encontramos que la mayor parte se relaciona con las continuas guerras que han azotado a este mundo. Las naciones, por más que lo intenten, no pueden vivir en paz permanente.

Los muchísimos hospitales, clínicas y sanatorios del mundo entero tienen en sus camas millares y millares de enfermos, acostados en sus camas en la posición horizontal del no. Todas están diciendo, sin palabras, pero muy gráfica y elocuentemente:

“No puedo mantenerme en pie ante la enfermedad – me ha volteado y aquí yazgo como víctima suya.”

Finalmente, llegamos a los cementerios, donde en cada tumba yacen en la horizontal del no los restos de millones y billones de difuntos. Otra vez sin palabras, en el silencio del lugar, cada uno está testimoniando que no ha podido seguir en vida, ni resistir y vencer el poder de la muerte. Y que ha quedado sepultado en ese no final y definitivo, confirmando gráficamente, por esa horizontal de la tumba, el implacable no final, infernal y diabólico.

Pero bendito sea el Señor, mientras que indudablemente todo lo precedente es verdad, no lo es menos que Dios, por cierto que no se ha quedado de brazos cruzados y sin hacer nada. Su palabra nos dice expresamente:

“Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que entre vosotros ha sido predicado por nosotros, por mí, Silvano y Timoteo, no ha sido Sí y No, más ha sido SÍ en él; porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén...para la gloria de Dios.” (2ª. Corintios 1:19-20)

Y contrastando con el trazo horizontal del no satánico, veamos ahora el vertical del sí de Dios. Sin contar Sus muchas intervenciones enviando Su palabra o visitando desde lo alto a Su pueblo en el pasado, empecemos por la vertical de la venida de Cristo del cielo a esta tierra.

Su vida entera atraviesa frontal y totalmente el no del negativo diabólico, convirtiéndolo en el SÍ positivo de Dios – Él sí que puede vencer la tentación y vivir sin ser esclavo del pecado ni víctima del temor; sí que le es posible vivir plenamente en la voluntad de Dios y manteniéndose absolutamente puro de toda contaminación; sí que puede vivir con la frente bien en alto, con toda dignidad y honra, totalmente libre de depresiones, complejos, enfermedades, rencores, odio o amarguras.

Al final de Su vida terrenal, al ofrendarse en el Calvario, no muere en la horizontal de estar acostado en una cama vencido por la enfermedad. En cambio, lo hace en la vertical de Su posición como crucificado, con los brazos extendidos de par en par, denotando Su amor inquebrantable hacia la humanidad perdida. Y en esa posición queda gráficamente expresado que nada lo ha podido doblegar y hacer caer – hasta el postrer aliento y el latido final de Su corazón, se ha podido mantener incólume e intacto en toda Su hombría perfecta. Ni siquiera la muerte pudo jactarse de haberlo vencido, pues no murió como los demás seres humanos como consecuencia del pecado (“*el alma que pecare, ésa morirá*” - Ezequiel 18: 4) sino que depuso Su vida de por sí, en un todo de acuerdo con la voluntad del Padre, para así sellar la redención del género humano.

Y el trazo vertical, iniciado desde el cielo y llegado a este mundo, se prolonga ahora hasta las profundidades de la tierra, el *Hades* o lugar de los muertos. Como se ha dicho, allí no fue como víctima del pecado, pues, como es notorio, en toda Su trayectoria terrenal Él no conoció el pecado.

En cambio, llegó a ese lugar para estar en él por muy breve espacio de tiempo. Y ese primer Domingo de Pascua, antes de llegar el amanecer, inició otro tremendo trazo vertical, esta vez desde abajo hacia arriba. Con él, al vencer la muerte y levantarse en gloriosa resurrección, con plena posesión de las llaves de la muerte y el Hades, atravesó por segunda vez y en forma decisiva ese no satánico tan frustrante e infernal.

Este segundo trazo vertical se detuvo en tierra por cuarenta días, los necesarios para presentarse vivo y con pruebas indubitables ante numerosos testigos, y hablarles explícitamente acerca del reino de Dios. (Los Hechos 1:3) Y acabado lo cual, ese Jueves de la ascensión – tan gloriosa como Su resurrección – el trazo vertical de abajo hacia arriba se completó con Su regreso triunfal al trono de la

Majestad en las alturas, como prenda del destino maravilloso a que nos ha de llevar a todos los que somos Suyos de verdad.

Finalmente, como broche de oro, diez días más tarde se da desde lo alto un tercer trazo vertical, iniciado ese Domingo de Pentecostés, y que continúa verificándose a todo lo largo de la historia, desde entonces hasta el día de hoy.

En efecto: es el Espíritu de santidad, poder y gloria que baja de las alturas, y que ahora, merced a la obra expiatoria del Crucificado en el Calvario, puede morar permanentemente en las vidas de hombres y mujeres redimidos y regenerados.

Ese tercer trazo consuma de forma definitiva el Sí de Dios. El negativo se ha convertido en positivo, el signo menos en signo más, y lo que antes era imposible ahora se ha vuelto posible y realizable, por la virtud del bendito Espíritu de Dios que ha venido desde entonces a morar en nuestros corazones.

Así, estos trazos de la cruz de Cristo como centro de Su obra redentora, nos abren una puerta franca y maravillosa para la vida en abundancia que Él nos ha prometido. Una vida que no solamente deja atrás el desierto, sino que nos introduce en el Canaán espiritual de nuestra plenitud de herencia en Cristo, y nos ha de proyectar a inmensidades y grandezas indescriptibles en el glorioso y eterno porvenir que nos aguarda en Su presencia bendita.

3) El juramento de Dios.-

“...la tierra que juró a tus padres que te .” (Deuteronomio 7:13)

“...la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar...” (Deuteronomio 11:21)

En los anales de las Escrituras, en no pocas ocasiones encontramos que Dios se puso bajo juramento. Él siempre ha podido hacerlo con toda propiedad y fundamento, basado en Su perfecta sabiduría y justicia y Sus ilimitados recursos, que lo capacitan para cumplir cabal y totalmente Su palabra y Su juramento.

Por el contrario, a los hombres Jesús nos mandó que no juremos, puesto que no podemos hacer blanco o negro un solo cabello. En cambio nos dijo que nuestro hablar deber ser simplemente *sí, sí – no, no*, *“porque lo que es más de esto, de mal procede.”* (Mateo 5:33-37)

De todos los juramentos de Dios, creemos que uno de los que más se destacan es el que le hizo a Abraham en Génesis 22:16-18. El mismo fue ratificado a Isaac su hijo (Génesis 26:2-5) y a Jacob su nieto (Génesis 28:12-15) y constituye sin duda el juramento a que se refieren las dos citas que van más arriba, hecho a *“tus padres”* y a *“vuestros padres”*, es decir, a los tres patriarcas de Israel – Abraham, Isaac y Jacob.

Para comprender su alcance y aplicación presente a nosotros, debemos considerar una escritura clave del Nuevo Testamento. Como es algo extensa, sólo la consignamos en sus partes más pertinentes.

“Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo” (Hebreos 6:13)

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento;”

“para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.”

“La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo,”

“donde Jesús entró por nosotros como precursor...” (Hebreos 6:17-20)

Para algunos, nuestra hilación del juramento a Abraham, Isaac y Jacob con el ser introducidos en el Canaán espiritual de la vida en abundancia, podría aparecer como algo forzado y fuera de contexto. Es por eso que hemos consignado este pasaje de Hebreos que le da al juramento una relevancia neotestamentaria actual y presente.

En efecto: se nos dice claramente que al hacerle ese juramento a Abraham, había en el corazón de Dios el deseo de mostrar de una forma que no dejase ninguna duda, Su determinación inmutable de bendecir a su simiente, es decir a los que somos de la fe (ver Gálatas 3:7) y por consiguiente, los herederos de la promesa.

Esa bendición prometida, por supuesto que abarca e incluye la vida en abundancia que Jesús vino a darnos; pensar que no la abarca ni incluye sería una absurda contradicción.

Como muchas veces hemos señalado, el Antiguo Testamento nos habla a través de lo *material y externo*, de lo *espiritual y eterno* del Nuevo.

Así, tenemos el siguiente paralelo, según explicamos en los comienzos del libro:

ANTIGUO TESTAMENTO

- 1) Salida de Egipto y liberación de la esclavitud y de la tiranía de Faraón.
- 2) Peregrinación en el desierto. (primera generación)
- 3) Cruce del Jordán y entrada al Canaán prometido. (segunda generación)

NUEVO TESTAMENTO

- 1) Conversión, dejando el mundo atrás y siendo liberados de la esclavitud del pecado y del dominio de Satanás.
- 2) Vida en Cristo, pero incompleta y a veces efímera, si se vive en la carne.
- 3) Vida en abundancia, en la cual, con la primacía del nuevo hombre (segunda generación) se entra en plena bendición.

El hecho de que Dios ha querido mostrarnos a los herederos de la promesa la inmutabilidad de Su propósito de bendecirnos plenamente – y que para ello se ha puesto bajo juramento por sí mismo, no puede sino infundirnos la máxima fe y confianza.

En estas dos cosas - la promesa de Su palabra y la rúbrica del juramento - es imposible que Dios mienta, como bien nos dice el autor de Hebreos.

Y por lo tanto, es muy poco lo que hay que agregar. El tercer vértice del triángulo lo cierra y completa de forma cabal.

La cruz de Cristo, alegóricamente dibujada en el cruce del Jordán, nos da el fundamento y la provisión divina, atravesando todo lo negativo que nos sujeta y condena a la vida carnal del desierto, y como hemos visto, hace que lo imposible se haga perfectamente posible y alcanzable.

Y así, sobre la base de esa solemne declaración de nuestra parte que ya hemos visto, rubricada con el sello aprobatorio del Espíritu en nuestro corazón, nos colocamos en la posición ideal de ser firmes y seguros candidatos para entrar a poseer lo que la Escritura llama con toda razón *la más hermosa de todas las tierras* – el Canaán de la vida en abundancia que nos vino a dar Jesucristo.

Hace muchos siglos, previendo todo esto, nuestro Dios se anticipó en Su inquebrantable propósito, pronunciando el glorioso juramento que *así habría de ser*.

¿Puede pedirse más, para colmarnos de la mayor certeza y regocijo?

Y ahora, nos queda muy poco que agregar...

Tú, caro lector, que sabes que todavía te encuentras del mal lado del Jordán:- empéñate en llegar, desde lo hondo de tu ser, a esa solemne declaración que ha de provocar la rúbrica clara y definida del Espíritu Santo en tu corazón. Y sobre la base de la obra completa de Jesucristo en la cruz para posibilitarlo todo, y con el tremendo aliciente del juramento divino, ponte en marcha para dejar el desierto atrás para siempre, y cruzar de una buena vez el Jordán. Del otro lado al cual vas a entrar, te esperan de seguro unas buenas batallas que librar. Pero el que comenzó la buena obra en tu vida te habrá de fortalecer para que puedas ganarlas una tras otra., Y como Josué, como Caleb y como tantos otros desde entonces, podrás disfrutar de la plena porción que te corresponde, en la que es la más preciosa de todas las tierras.

Casi hemos concluido, pero nos falta agregar un par de párrafos para algunos que hace quizá un buen tiempo llegaron a hacer ese cruce definitivo, y que sin embargo, amilanados o tal vez heridos o agotados por el fragor de la lucha, se han estancado y no aciertan a levantar cabeza y seguir avanzando.

Ánimo, querido hermano o hermana; arriba esos corazones, que la victoria del Crucificado en el Gólgota y el juramento de Dios siguen plenamente en pie. Reincorpórate varón – levántate mujer, no dejándote desmoralizar porque hayas tenido un traspié, como los israelitas lo tuvieron en Ai. Ponte a cuentas con el Señor en lo que le puedes haber fallado. Y puesto otra vez de pie, reinicia la lucha por la conquista de tu herencia completa, *que para eso, y para nada menos, has sido redimido y llamado. Amén.*

Oración final.-

Bendito Padre Celestial, muchísimas gracias por la inmensa herencia que forma parte de Tu gran plan y programa para todos Tus verdaderos hijos.

Aunque me considero en verdad uno de los más pequeños, me anima mucho pensar y saber que para mí también tienes reservadas en esta vida todas estas cosas tan preciosas que he estado leyendo.

También me estimula muchísimo saber que en esa cruz del Calvario, Tu Hijo Jesucristo ha hecho una provisión completa para que todo sea alcanzable para mí; y saber además que Tú mismo te has puesto bajo juramento por Tu misma persona, de dar a cada auténtico hijo de Abraham por la fe, esa tierra del Canaán espiritual – en verdad, la más hermosa de todas las tierras.

Con gratitud temblorosa, y un profundo anhelo de mi corazón, te pido postrado a Tus pies, que Tu Espíritu me ayude. Quiero llegar a esa solemne declaración, con tu rúbrica aprobatoria en mi hombre interior, de que Tú eres el verdadero Amo y Dueño de mi vida - que soy exclusiva e incondicionalmente Tuyo – el resto de mi vida y por toda la eternidad.

Así se completará ese bendito triángulo decisivo, y tendrás plena libertad y campo de acción para introducirme de verdad en esa buena tierra, del otro lado del Jordán, y llevarme a conquistar en ella toda la buena porción que me tienes reservada.

Te doy gracias por anticipado que me has oído y así lo harás. Amén.

----- () -----